El imperialismo: acontecimientos, hechos, documentos

V. Bolshakov

Terrorismo de la extrema derecha norteamericana

33

EDITORIAL PROGRESO MOSCU

El imperialismo:
acontecimientos, hechos, documentos

Traducido del ruso por O. Razinkov

En el libro fueron empleados materiales
de la fotocrónica de TASS

Владимир Большаков
ТЕРРОРИЗМ ПО-АМЕРИКАНСКИ

На испанском языке

© Издательство «Международные отношения», 1983

© Traducción al español con modificaciones
Editorial Progreso, 1986

Impreso en la URSS

Б $\frac{1207000000—204}{014(01)—86}$ 164—86

INTRODUCCION

A fines de enero de 1981, en Washington se recibió solemnemente a los rehenes liberados. Se trataba de diplomáticos norteamericanos que durante más de un año fueron retenidos, al comienzo en la embajada de EE.UU. en Teherán, ocupada por estudiantes, y más tarde (después de que el 25 de abril de 1980 fracasara el intento de liberarlos con ayuda de "comandos" especialmente adiestrados por el Pentágono y la CIA) en distintas ciudades de Irán. Los rehenes fueron recibidos por J. Carter y R. Reagan que acababa de tomar posesión de la presidencia.

Se esperaban las palabras de Reagan y fueron las siguientes: "De ahora en adelante se castigará con rapidez y eficacia el terrorismo enfilado contra América".

Al comienzo, tanto en EE.UU. como en otros países se consideró esta frase como simple repetición de lo dicho por Carter respecto a la ocupación de la embajada de su país en Teherán (Carter también llamó a los ocupantes "terroristas" y, además, "bárbaros"). Sin embargo, se tuvo en cuenta algo distinto.

A. Haig, secretario de Estado, "explicó" que no se trataba de terroristas abstractos, sino del "terrorismo internacional", cuyas fuerzas supuestamente las "entrena, subvenciona y equipa" la Unión Soviética.[1] Sin aducir prueba alguna, Haig repitió en distintas variantes esta tesis en sus numerosos discursos y entrevistas.

De este modo la subida de la administración republicana a la presidencia de EE.UU., en 1981,

se marcó con una nueva campaña propagandística sobre la "participación de la Unión Soviética en el terrorismo internacional". En el fondo, esta amplia acción de EE.UU. en política exterior es una subversión ideológica concretamente orientada. Al proclamar su intención de "dar réplica" al mítico "terrorismo de Moscú", el Washington oficial proclamó en primer lugar la guerra contra los movimientos de liberación nacional y, al mismo tiempo, declaró que apoyaba por todos los medios a los regímenes que, con la participación de EE.UU., emplean métodos terroristas para aplastar la lucha liberadora de las masas populares.

La Unión Soviética caracterizó este afán de Washington de privar a los pueblos del derecho a luchar por su emancipación nacional, por la auténtica independencia y el progreso social, como manifestación del rumbo de los sectores imperialistas más agresivos y de su deseo de sacrificar, en aras de sus propios fines estrechamente egoístas, los intereses vitales de la Humanidad. Con absoluto desprecio a los derechos y anhelos de los pueblos, estos sectores quieren presentar la lucha liberadora de las masas populares como una manifestación de "terrorismo". Pero se proponen alcanzar lo inalcanzable: interponer una barrera en el camino de los cambios progresistas en el mundo y recuperar el papel de árbitros de los destinos de los pueblos.

La prensa mundial señaló el nexo de la nueva campaña ideológica de Washington con el viraje de la política exterior de EE.UU. de la distensión a la "guerra fría", con el endurecimiento de esta política y el aumento de su agresividad.

"El antiterrorismo (de Reagan. —*V.B.*) —escribió el investigador norteamericano S. Landau— no es sino la variante moderna del anticomunismo de los tiempos de la "guerra fría", orientada a preparar a los ciudadanos de EE.UU. para una nueva ronda de intervenciones y de aumento de los gastos militares".[2]

Incluso la prensa burguesa estadounidense confesaba que uno de los objetivos de la "lucha contra el terrorismo", desplegada por Reagan y Haig, consistía en desacreditar la política exterior de la Unión Soviética. No es casual que esta nueva campaña estuviese en la misma fila que la campaña "sobre la amenaza militar soviética". Tanto en el primer caso como en el segundo, las "acusaciones" que lanza Washington se edifican sobre arena y su objetivo es disimular la auténtica fuente tanto del terrorismo político como de la amenaza militar: el imperialismo estadounidense, que actúa junto con la reacción mundial.

Al poco tiempo, la actividad de la administración republicana confirmó la orientación general del rumbo de Washington en política exterior. Durante la presidencia de Carter los gastos militares para el período comprendido entre 1982 y 1987 se calculaban en cerca de 1,2 billones de dólares, mientras que durante la de Reagan el presupuesto del Pentágono para el mismo período se valoraba ya en dos billones de dólares. Eslabones de la misma cadena son los siguientes: la intervención de EE.UU. en los asuntos de El Salva-

dor, la ocupación de Granada, el apoyo abierto a la aventura de Inglaterra en las Islas Malvinas y a la agresión israelí al Líbano y la creación del denominado Mando Central de las Fuerzas Armadas de EE.UU. (CENTCOM), cuya misión es controlar extensos territorios en el Oriente Próximo y Medio y en la cuenca del Océano Indico como esfera de los "intereses vitales" de EE.UU.

La nueva campaña ideológica bajo el lema de "lucha contra el terrorismo" se preparó mucho antes de la llegada del nuevo Presidente a la Casa Blanca. Los fondos de Rockefeller, Carnegie y Ford, los importantes centros sovietológicos y los trusts cerebrales del imperialismo norteamericano, tales como el Instituto Hoover, el Consejo para Relaciones Exteriores y otros, formularon, a fines de los años 70, una serie de recomendaciones en política exterior, con una expresa orientación antisoviética y anticomunista, que pondrían en práctica las futuras administraciones. Se tenía puesta la mira en la intensificación de la lucha contra la URSS y otros países socialistas en todos los dominios —militar, político, económico e ideológico—, en el aplastamiento de los movimientos de liberación nacional y en la injerencia en los asuntos internos de los Estados liberados.

En 1979, con la activa participación del servicio de inteligencia y los centros sovietológicos de EE.UU., los departamentos de propaganda y de espionaje del sionismo internacional y los servicios especiales de varios países de la OTAN, se celebró en Jerusalén una "conferencia internacional sobre el terrorismo". Entre sus participantes figuraron G. Bush, ex director de la CIA, R. Pipes y otros políticos que en 1981 formaron parte de la administración Reagan. Al comentar los objetivos que perseguía la reunión de Jerusalén, la periodista norteamericana S. Weaver escribió en *The Wall Street Journal,* órgano de los círculos de negocios estadounidenses: "Si este intento (el de desencadenar una campaña "en torno a la participación de la URSS en el terrorismo internacional". —*V.B.*) se abre paso, la idea de la distensión en las relaciones de Occidente con la Unión Soviética, idea que ya ha sido objeto de invectivas, sufrirá un menoscabo aún mayor".[3] Aquí se advirtió con acierto el nexo directo existente entre la nueva campaña de Washington y su rumbo encaminado a torpedear la distensión y a restaurar la atmósfera de la "guerra fría".

La conferencia de Jerusalén calificó de terroristas a los movimientos de liberación nacional, en primer lugar, a representantes de sus pueblos, reconocidos por la ONU, tales como la Organización de la Liberación de Palestina (OLP), la SWAPO y otros.

En su sesión plenaria del 18 de diciembre de 1972, la Asamblea General de la ONU aprobó, por recomendación del Sexto Comité, la resolución 3034 (XXVII), titulada *Medidas para prevenir el terrorismo internacional, que pone en peligro la vida de los seres humanos inocentes o causa su muerte, o amenaza las libertades fundamentales, y para estudiar las causas principales de estas formas de terrorismo y actos de violen-*

cia que tienen su origen en la miseria, frustración, agravio y desesperación y que inducen a algunas personas a sacrificar vidas humanas, incluyendo la propia, en un intento de efectuar cambios radicales.

En la resolución se dice, entre otras cosas, que la Asamblea General "reafirma el inalienable derecho a la autodeterminación e independencia de todos los pueblos oprimidos por regímenes coloniales y racistas y otras formas de dominación extranjera y apoya la legitimidad de su lucha, en particular, la lucha de los movimientos de liberación nacional, de acuerdo con los propósitos y principios de la Carta y las resoluciones pertinentes de los órganos de las Naciones Unidas".[4]

EE.UU. y sus aliados más próximos, como se sabe, votaron en contra de esta resolución y también en contra de la Declaración sobre la inadmisibilidad de la intervención e injerencia en los asuntos de otras naciones, aprobada en conformidad con la resolución 36/103 (XXXVI) de la Asamblea General de la ONU, del 9 de diciembre de 1981. Votaron a favor 120 países, entre ellos la Unión Soviética y los demás países socialistas.

La Declaración hace constar que cada Estado está obligado a "abstenerse de usar la práctica terrorista como política estatal contra otro Estado o contra los pueblos que se encuentran bajo la dominación colonial, ocupación extranjera o regímenes racistas, y a impedir toda asistencia a grupos terroristas, saboteadores e individuos que realizan actos subversivos contra terceros países,

así como el uso de estos grupos, saboteadores e individuos o la tolerancia para con ellos".

La Declaración llama también a los países a "abstenerse de la intervención armada, subversión, ocupación militar o cualquier otra forma de intervención e injerencia, abierta o encubierta, militar, política o económica dirigida contra otro Estado o grupo de Estados, o cualquier acto de injerencia en los asuntos internos de otro Estado, incluyendo actos de represalia con el uso de la fuerza".

Dicho documento prohíbe emplear el territorio de los Estados para preparar y financiar a los mercenarios con el objeto de enviarlos a otros Estados y exhorta a "abstenerse de organizar, entrenar, financiar o suministrar armas a grupos políticos y étnicos en sus territorios o en los de otros Estados con el propósito de realizar subversiones y producir desórdenes o perturbaciones en otros países".[5]

En el tercer apartado de la Declaración se reafirma el derecho de los pueblos de luchar contra el racismo, el colonialismo, la ocupación extranjera y los regímenes racistas, el derecho de sostener la lucha tanto política como armada por la libertad e independencia.

EE.UU., al no asumir las obligaciones previstas por esta Declaración —uno de los pocos documentos del Derecho Internacional que definen jurídicamente el concepto de "terrorismo", los sujetos y los objetos de acciones terroristas y la responsabilidad jurídica de los países por semejantes acciones o concursos a ellas—, confirmó objetivamente su propósito de seguir impidiendo

por todos los medios, incluyendo el terrorismo, los movimientos de liberación nacional y renunció a reconocer el derecho de estos movimientos y de los países, que rechazan la imposición imperialista, a la autodefensa y a la defensa de su causa justa y de su soberanía.

Los terroristas de la CIA y de los servicios especiales israelíes, los cabecillas de los "escuadrones de la muerte" fascistas y los verdugos de la racista República Sudafricana (RSA) llaman terroristas a quienes se convirtieron en objeto de su terror y tienen el valor de replicarles. Se guían por su propia lógica, la de clase. Siguiéndola, las clases explotadoras han calificado invariablemente de "terroristas" y "asesinos" a los revolucionarios, a los luchadores contra la opresión social y nacional.

Después de la Gran Revolución Francesa, los sectores monárquicos de Europa denigraban como podían a los revolucionarios, identificando sus acciones sólo con el terror. En la nueva acepción, este término lo simbolizó la "Ley del Terror", promulgada por la Convención el 10 de junio de 1794 para endurecer las leyes punitivas de 1793. La reacción se empeñó en utilizar dicha ley para desacreditar a los revolucionarios ante la opinión pública de Francia y otros países europeos. En aquel entonces, precisamente, apareció el término "terrorista" que se aplicó a los revolucionarios burgueses. Despúes de la reacción empezó una verdadera caza de ellos.

He ahí cómo describe P. Kropotkin esta "orgía del terror reaccionario":

"La guillotina trabajó sin pararse en provecho de la reacción. Los miembros del Ejército de Oro ya no se ocultaban: vestían el abrigo gris de chuanes con solapas verdes o azules y mataban a quienes llamaban 'terroristas', es decir, a los republicanos. Se asesinaba tanto en masa como de uno en uno...

...En la provincia, sobre todo en el sur, las 'compañías de Jesús', las 'compañías del Sol' y otras organizaciones realistas mataban sin elección. En las cárceles de Lyon, Aix y Marsella, asesinaban a los partidarios y participantes de la revolución... En Lyon, cuando tropezaban con un revolucionario, al que habían condenado a muerte, lo mataban allí mismo, en la calle, y arrojaban su cadáver al Ródano. De la misma manera los realistas procedían en Tarascón...".[6]

El imperialismo prefiere no recordar la historia del término "terrorista". Las causas de ello las puso al desnudo V. I. Lenin en su conocida *Carta a los obreros norteamericanos,* la cual evitan mencionar los propagandistas burgueses. Veamos, un fragmento de aquella:

"...¡Oh, qué burguesía tan humana y tan justa! Sus criados nos acusan de terror... Los burgueses británicos han olvidado su 1649 y los franceses su 1793. El terror era justo y legítimo cuando la burguesía lo empleaba en su favor contra los señores feudales. ¡El terror se ha hecho monstruoso y criminal en cuanto los obreros y los campesinos pobres se han atrevido a emplearlo contra la burguesía! El terror era justo y legítimo cuando lo empleaban para reemplazar una mino-

ría explotadora por otra minoría explotadora. ¡El terror se ha hecho monstruoso y criminal cuando se aplica para derrocar a *toda* minoría explotadora en beneficio de la mayoría verdaderamente aplastante, en beneficio de los proletarios y semiproletarios, de la clase obrera y de los campesinos pobres!"[7]

Volveremos más adelante a las acusaciones de "terrorismo" que la burguesía lanzaba a los bolcheviques. Ahora sólo señalemos otra acepción del término "terror": aplastamiento del adversario de clase con medios punitivos. En dependencia de la clase que realiza este aplastamiento se habla de *terror blanco* (contrarrevolucionario) y *terror rojo* (revolucionario).

Como vemos en la mencionada carta de Lenin, la burguesía siempre consideró el terror rojo como "criminal", y su propio terror, blanco, como "legítimo". La burguesía caracterizó invariablemente como "terrorismo" el terror rojo tanto en el período de revoluciones como en el postrevolucionario, cuando el proletariado *se veía obligado* a contestar con su terror al terror blanco.

Los ideólogos modernos de la "cruzada" contra el "terrorismo internacional", igual que sus predecesores no se detienen en los matices.

Actuando en plena conformidad con métodos para preparar documentos falsos antibolcheviques de los años 20 y 30, la revista *US News and World Report* escribió el 4 de mayo de 1981: "El apoyo del terrorismo por Rusia puede ser seguido hasta Lenin quien recomendó éste como método eficaz para derrocar al gobierno. En 1905

aconsejó a sus adeptos adquirir 'fórmulas breves y sencillas para la fabricación de bombas' para luego 'matar a un confidente o volar una comisaría policíaca'. Los regímenes soviéticos seguían literalmente el consejo de Lenin, estimulando el terrorismo con el objeto de crear una inestabilidad política en otros países".

Al citar a Lenin (aunque inexactamente), la revista norteamericana no menciona cuándo, en qué condiciones y por qué él lo escribió ni tampoco analiza la actitud del Partido bolchevique y de Lenin personalmente hacia el terror.

Debemos analizarlo.

El el curso de la primera revolución rusa (1905), el zarismo sanguinario multiplicó sus crímenes, ensañándose contra los obreros, campesinos y estudiantes inermes. La marcha misma de la revolución y los métodos que empleó el zarismo para tomar represalias contra sus participantes plantearon urgentemente la necesidad de oponer una resistencia armada al zarismo. En su artículo *Las centurias negras y la organización de la insurrección,* Lenin, al plantear la cuestión de la legitimidad de la resistencia a las represalias del zarismo y a los desmanes de la "centuria negra" —variante rusa de la "compañía de Jesús"—, siguió las mejores tradiciones de los luchadores contra la tiranía, tradiciones fijadas, a propósito, en la Constitución de EE.UU., donde en un apartado de la Declaración de Independencia se afirma el derecho del pueblo a sublevarse contra los tiranos que pisotean los derechos democráticos de los ciudadanos.

En Rusia de 1905 ya no se justificaban las acciones de protesta no violentas contra la autocracia. "A uno —escribió Lenin en el antes citado artículo, caracterizando la situación de aquella época—, le golpean, mutilan y matan, pese a lo archipacífico y escrupulosamente legal de sus acciones".[8]

Tergiversando por todos los medios la verdad, los historiadores burgueses tratan de atribuir a los bolcheviques el que con su "terror" supuestamente hicieron fracasar el proceso de "democratización" de Rusia, iniciado, según afirman, después de la promulgación del "manifiesto" de Nicolás II. No hay nada que esté más lejos de la verdad histórica. "Simultáneamente con el manifiesto constitucional de la autocracia —escribió Lenin en su artículo *Se aproxima el desenlace*— comenzaron las medidas preventivas autocráticas contra la Constitución. La centurias negras se aplicaron al trabajo de un modo que Rusia jamás había visto. De todos los confines de Rusia llegan torrencialmente noticias sobre matanzas, pogromos y atrocidades inauditas. Domina el terror blanco...".[9]

Así las cosas, el Partido bolchevique planteó la necesidad de preparar una insurrección armada. La realidad de la situación revolucionaria era tal que no podía haber ya neutrales y los acontecimientos mismos obligaban a la gente a situarse "en un campamento armado u otro".[10]

En estas condiciones, apareció la carta de Lenin *Al comité de combate adjunto al Comité de San Petersburgo,* fechada el 16 de octubre de 1905.

Señalemos que Lenin estimó necesario advertir a sus destinatarios: "No impongo de ninguna manera mi punto de vista, pero me considero en el deber de emitir mi voto *consultivo*".[11] Al citar esta carta en 1981, la revista *US News and World Report* no mencionó esta reserva de Lenin. Pero esto no es lo más importante. Lo fundamental es que la revista hizo caso omiso por completo de la situación política existente en Rusia cuando fue escrita la carta.

A partir de comienzos de octubre de 1905, los cosacos y los gendarmes empezaron a aplicar contra los huelguistas métodos de extremo terror. Hasta la prensa extranjera escribía sobre la inaudita crueldad de las unidades punitivas que reprimían las acciones de los obreros en Moscú. Durante la huelga del 8 de octubre de 1905 fueron muertas 50 personas y heridas cerca de 600. Como dijo el periódico francés *Le Matin,* el 9 de octubre de 1905, cuando la huelga se hizo general, pasó a ser uno de los días más sangrientos de la historia de Rusia.

Para defenderse de estas atrocidades, Lenin aconsejó a los camaradas del comité de combate de San Petersburgo pasar de inmediato de las palabras a los hechos, armar a los obreros y enseñarles métodos para realizar acciones de combate: "Formen *en seguida* destacamentos de combate en todas partes entre los estudiantes y entre *los obreros especialmente*... Que se organicen inmediatamente destacamentos de tres hasta diez hombres, hasta treinta, etc. Que se armen en seguida ellos mismos, con lo que cada uno pueda, un revólver,

un cuchillo, un trapo impregnado de kerosén para provocar incendios, etc."[12]

A juicio de Lenin, el comité de combate tenía que "actuar mediante amplias instrucciones", recorriendo los círculos obreros y estudiantiles para organizar destacamentos armados. "Los instructores —señalaba— deben proporcionar a cada destacamento breves y muy sencillas fórmulas para la fabricación de bombas, deben explicarles de manera más elemental los tipos de trabajo a realizar, y después dejar que ellos mismos desplieguen su actividad. Los destacamentos deben comenzar *inmediatamente* la instrucción militar iniciando operaciones en seguida, sin esperar más. Ya ahora, unos pueden quitar de en medio a un confidente, volar una comisaría; otros, asaltar un banco para confiscar recursos para la insurrección; los de más allá, realizar maniobras o levantar planos, etc. Pero, obligatoriamente, hay que comenzar en seguida a aprender en la práctica: no teman esos ataques de prueba. Desde luego, pueden degenerar en actos extremistas, pero eso será un mal de mañana; hoy el mal reside en nuestra rutina, en nuestro doctrinarismo, en nuestra inmovilidad doctoral, en el temor senil a la iniciativa. Que cada destacamento aprenda aunque sea propinando palizas a los guardias municipales: unas decenas de bajas serán recompensadas con creces, porque darán centenares de combatientes expertos, que mañana sabrán conducir a cientos de miles".[13]

Premeditadamente cito con detalle esta carta, pues se utiliza a menudo en el mismo plano, en que la usó la revista *US News and World Report,* por

la prensa burguesa para intimidar a los pancistas con la "ferocidad de los comunistas". Sí, los bolcheviques contestaron con el *terror rojo* al *terror blanco* reinante en la Rusia zarista. Esto fue un derecho legítimo del pueblo insurrecto. Y aunque la revolución de 1905 fuese derrotada, ayudó a preparar centenares de combatientes expertos que, 12 años después, pudieron conducir a centenares de miles de hombres al asalto de la autocracia, vencer en dos revoluciones y liquidar el sistema de explotación del hombre por el hombre, que no deja de engendrar terror en aras del afianzamiento de los "derechos" de la minoría explotadora. En ello estriba la justeza histórica de los consejos que dio Lenin al comité de combate.

En su *Respuesta a las preguntas de un periodista norteamericano* Lenin escribió: "Después de la revolución del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917... ni pensábamos en el terror. Pusimos en libertad no sólo a muchos ministros de Kerenski, sino incluso a Krasnov, que había luchado contra nosotros. Sólo después de que los explotadores, es decir, los capitalistas, desplegaron su resistencia, empezamos a aplastarla sistemáticamente, llegando hasta el terror".[14]

La verdad histórica consiste en que la Gran Revolución de Octubre fue asombrosamente incruenta. Pero la burguesía rusa y mundial hicieron todo lo posible para hundirla en sangre. Es también una verdad histórica. Pero cuando el Poder soviético declaró la lucha a la contrarrevolución (cabe decir, que, al comienzo, actuaba con suavidad: incluso ponía en libertad a los conspiradores bajo

palabra de honor de no intervenir más contra la revolución), comenzaron a llover sobre él acusaciones de "terrorismo".

El 25 de junio de 1919, en la revista liberal norteamericana *The New Republic* apareció la carta de S. Chase, quien escribía con indignación que las potencias occidentales intervenían contra el Gobierno soviético, pretextando que "se mantiene en el terrorismo" y, con el mismo pretexto, apoyaban a los verdaderos terroristas como Mannerheim y Kolchak, cuyas manos estaban manchadas de sangre de los obreros. En su artículo *Cómo utiliza la burguesía a los renegados,* después de citar el artículo de S. Chase, Lenin escribió: "La burguesía mundial apoya a los Mannerheim y a los Kolchak, aspirando a ahogar el Poder soviético, presentándolo falsamente como un poder terrorista y antidemocrático".[15]

Qué gran parecido tiene esto con las actuales "acusaciones" que Washington, sin fundamento alguno, lanza contra la Unión Soviética, atribuyéndole el apoyo al "terrorismo" y proporcionando, al mismo tiempo, dinero y armas a manos llenas a los dictadores ultrarreaccionarios.

Es pertinente recordar los estereotipos propagandísticos de los años 20 también a la luz de la declaración de Reagan sobre el "afán de los comunistas de crear un Estado comunista mundial". Washington afirma que la Unión Soviética persigue este objetivo apoyando a los movimientos de liberación nacional, que Reagan llama "terroristas". Es imposible demostrarle a éste y a su equipo que el pueblo sólo toma las armas cuando no le

queda otro medio para defender sus derechos, comprendido el derecho a la vida, y que la ampliación de esta lucha es una ley objetiva del desarrollo histórico.

En 1927, E. Kellogg, a la sazón secretario de Estado de EE.UU., acusó a la URSS de realizar intentos para "establecer la hegemonía bolchevique" en América Latina y utilizar esta región "como base para su actividad subversiva contra Estados Unidos".[16] M. Litvínov, comisario del pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS, subrayando el carácter infundado de semejantes declaraciones, respondió: "No me extrañará que también los terremotos ocurridos en el Japón y las inundaciones en América se atribuyan a las intrigas de los bolcheviques".

Pasados más de 50 años, el Presidente Reagan se pertrechó con estos caducos estereotipos.

En medio del torrente general de declaraciones y pronunciamientos que desfiguran burdamente la esencia de la política exterior soviética, en EE.UU. de ordinario pasan desapercibidas publicaciones semejantes al artículo de B. Gwertzman, conocido comentarista burgués, quien escribió: "La afirmación de Reagan de que los líderes soviéticos aspiran a crear 'un solo Estado comunista mundial' es históricamente debatible. Esta idea la propugnaba Trotski, que predicaba la doctrina de la 'revolución permanente', pero desde su caída en 1926, los líderes soviéticos han expuesto variantes de lo que se llama ahora 'coexistencia pacífica' y negado que intentaran fomentar la revolución mundial".[17] Sin embargo, los contrincantes de

Gwertzman, cumpliendo la solicitud de los medios imperialistas, prefirieron silenciar los hechos históricos y empezaron a inculcar a ritmo rápido en la conciencia de los pueblos de Occidente estereotipos que, como hemos visto, no son nuevos.

Recordemos que varias acciones que se enmarcan en el concepto de "terrorismo internacional" están condenadas por los correspondientes acuerdos, convenciones y declaraciones, aprobados y firmados por la URSS, pero que EE.UU. no se adhiere a la mayoría de ellos. La Carta de la ONU también condena tales acciones.

Hasta 1949, cuando fueron aprobadas las Convenciones de Ginebra sobre la protección de las víctimas de guerra[18], se habían elaborado 13 convenciones que fijaron las normas fundamentales de conducción de la guerra. Entre ellas, las de mayor importancia son las Convenciones de la Haya de 1899 y 1907 sobre las leyes y normas de la guerra, aprobadas en la primera y la segunda Conferencias de Paz.[19]

El 10 de junio de 1977, en adición a las Convenciones de Ginebra de 1949, se aprobaron dos acuerdos: Protocolo adicional sobre la protección de las víctimas de conflictos armados internacionales (numero I) y el Protocolo adicional sobre la protección de las víctimas de conflictos armados de carácter no internacional (número II). El Protocolo I extendió los principios humanitarios de la conducción de la guerra a los participantes de las guerras anticoloniales y las guerras contra la ocupación extranjera y los regímenes racistas. El Protocolo II los extendió incluso a los participantes de las guerras civiles (la URSS ratificó las Convenciones de Ginebra y firmó ambos Protocolos).[20]

En relación con esto, se debe considerar como documentos básicos del Derecho Internacional la Convención de prevención y castigo del crimen de genocidio, aprobada el 9 de diciembre de 1948 (ratificada por más de 80 Estados, comprendida la URSS; EE.UU. se niega hasta la fecha a ratificarla)[21]; la Convención sobre la supresión de secuestros de naves aéreas, del 16 de diciembre de 1970[22]; la Convención sobre la supresión de actos ilícitos contra la seguridad de la aviación civil, del 23 de septiembre de 1971[23]; la Convención sobre la prevención y represión de delitos contra representantes diplomáticos y otras personas que tienen derecho a protección internacional, del 14 de diciembre de 1973.[24]

Varias cláusulas de la Convención internacional sobre la liquidación de todas las formas de discriminación racial[25] y de la Convención sobre la supresión y castigo del crimen de apartheid[26], así como las definiciones de la agresión contenidas en la resolución de la XXIX sesión de la Asamblea General de la ONU, del 14 de diciembre de 1974[27], también condenan las acciones que pueden considerarse terroristas. Hasta la fecha no existe un documento completo que caracterice al terrorismo internacional. Su proyecto se discutió por representantes de los países participantes en la Conferencia Europea, celebrada en Madrid, pero no fue aprobado. El autor del presente libro apoya su trabajo en los acuerdos ya aprobados por la

mayoría de los países. Veamos, a continuación, una síntesis de lo que puede considerarse como terrorismo internacional.

Los actos tales como la toma de rehenes, el secuestro de aviones, el asesinato y el secuestro de diplomáticos y otras personas oficiales, representantes de algún Estado u organización, cometidos por ciudadanos de otros Estados con el objeto de presentar al gobierno del país, de donde son sus víctimas, exigencias políticas, financieras y de otra índole o con el fin de intimidar a una organización correspondiente, son considerados terrorismo internacional, se definen así y se condenan por el Derecho Internacional. Mencionemos también las formas terroristas de conducción de la guerra. Estas son, en primer lugar, el terror contra la población civil pacífica y el empleo de medios bárbaros de exterminio de la fuerza viva del adversario (napalm, bombas de perdigones de acero, tóxicos, armas biológica, radiológica y atómica).

La comunidad mundial condena tales armas y métodos de conducción de la guerra. El más abominable de los crímenes militares es el genocidio, es decir, el exterminio de la población pacífica por motivos raciales, religiosos y otros, la creación de condiciones insoportables para la vida de unos u otros grupos raciales, incluyendo su traslado violento, etc.; este crimen se considera la forma superior de terrorismo. Para luchar contra los movimientos de liberación nacional y los países liberados, en el arsenal de EE.UU. y sus aliados de entre los regímenes reaccionarios existen todos los métodos y medios terroristas enumerados.

EL TERRORISMO ELEVADO A LA CATEGORIA DE POLITICA DE ESTADO

La esperanza que el imperialismo cifra en la fuerza bruta en su lucha contra el socialismo real, contra los países liberados y los movimientos de liberación se explica por la naturaleza de clase de él. Procurando no sólo mantener, sino ampliar la zona de su dominación y asegurar la estabilidad del sistema de explotación mundial a que son sometidos los países en vías de desarrollo, el imperialismo estadounidense emplea los resortes de la presión político-militar, económica e ideológica.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos asumió definitivamente el papel de explotador a nivel mundial. Este hecho lo testifica, en primer lugar, la envergadura de las operaciones de los monopolios norteamericanos en el extranjero. Sus activos en otros países se incrementaron de 54,4 mil millones de dólares en 1950 a 603,6 mil millones en 1980. Más del 80% de esta suma les corresponde a las inversiones privadas, de las cuales más del 50% son inversiones directas que aseguran a las firmas matrices el completo control sobre sus filiales extranjeras. Las operaciones de éstas pasan de un billón de dólares anuales; en sus empresas están ocupados ocho millones de personas; el volumen anual de las ganancias que se transfieren a EE.UU. constituye más de 40 mil millones de dólares.

Los consorcios trasnacionales, donde por lo ge-

neral domina el capital monopolista estadounidense, expolian las riquezas de los países en vías de desarrollo, aumentando así su atraso.

El explotador a nivel mundial debía ser, sin duda, el gendarme mundial. Los monopolios necesitan petróleo, uranio y metales no ferrosos, y EE.UU. proclama esfera de sus "intereses vitales" el Oriente Próximo, Africa y el Océano Indico. Sin duda, los estrategas de Washington querían involucrar en sus preparativos bélicos a decenas de países y envolver al mundo en la maraña de sus bases, aeródromos y depósitos de armamento.

Poco tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos creó un sistema global de bloques militares y de bases del Pentágono en el extranjero para defender el "derecho" de los monopolios a saquear los recursos naturales de los países en vías de desarrollo, para proteger el sistema —implantado por el capital— de superexplotación de los pueblos, lograr el libre acceso a las fuentes de materias primas estratégicas y reprimir todo intento de realizar cambios y revoluciones sociales. EE.UU. maniató con acuerdos militares bilaterales y multilaterales a muchas naciones en vías de desarrollo. Además de los bloques de la OTAN y la ANZUS, bajo la égida estadounidense actuó el bloque SEATO, integrado por EE.UU., Inglaterra, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Tailandia y Filipinas, así como Pakistán, y el bloque CENTO (Inglaterra, Irak, hasta 1958; Irán, Pakistán y Turquía). Los dos últimos bloques se desmoronaron en 1979 y 1977, respectivamente. Sin embargo, aumenta el número de acuerdos militares

bilaterales. EE.UU. está vinculado a través de distintos acuerdos de ese género con Turquía, Pakistán, Filipinas, Japón, Corea del Sur, Taiwán, Liberia, Somalia, Israel, Arabia Saudita, Omán, Egipto, Marruecos y Sudán. En América Latina, el Tratado interamericano de ayuda mutua y la Carta de la OEA ligan a Panamá, Brasil, Colombia, Ecuador, El Salvador, Haití, México, Perú, Uruguay, Barbados, Jamaica, Argentina, Bolivia, Costa Rica, República Dominicana, Guatemala, Paraguay, Trinidad y Tobago, Venezuela, Chile y las Islas Bahamas con Washington. En el marco de estos acuerdos, para efectuar acciones punitivas contra los movimientos de liberación nacional y realizar agresiones directas, EE.UU. puede encubrirse con la bandera de "fuerzas internacionales". Así ocurrió en el caso de las agresiones a Corea, Indochina, República Dominicana, el Líbano y Granada.

A fines de 1983, en 32 países había cerca de 1.500 bases militares estadounidenses. Entre ellas figuran la de Clark-Field, de las fuerzas aéreas, que ocupa más de 53.000 hectáreas del territorio filipino, o sea, más que el distrito de Columbia de EE.UU. En Clark-Field hay aviones norteamericanos con armas nucleares a bordo y depósitos de dichas armas. Además de este tipo de bases grandes, en muchos países en vías de desarrollo están emplazadas estaciones seguidoras, depósitos y otras instalaciones militares. En la isla Diego García, arrebatada a Mauricio, se creó una potente plaza de armas del Pentágono, donde hay submarinos atómicos, portaaviones, bombarderos estratégicos B-52 y destacamentos de la in-

fantería de marina y de las "fuerzas de despliegue rápido", dispuestos a atacar, en cualquier momento, a los países de la zona del golfo Pérsico y de la península Indostán. El Pentágono tiene además varias bases en Micronesia. Una de las más grandes se encuentra en la isla de Guam. A fines de 1982, en estas bases había 543.400 soldados y oficiales del Pentágono.

Tales bases, que sirven de puntos de apoyo a EE.UU. para organizar la agresión contra los países socialistas y los en vías de desarrollo, existen incluso en los Estados que exigen retirar de inmediato de su territorio estos focos de agresión y espionaje (por ejemplo, Guantánamo en Cuba). Pero a tales exigencias EE.UU. responde invariablemente con la amenaza de intervención armada, la "demostración de la bandera", la irrupción de sus tropas punitivas o de destacamentos de bandidos asalariados y con las conspiraciones que se traman para colocar en el poder a títeres dóciles que defiendan el "derecho" de EE.UU. de seguir campando por sus respetos en tierra ajena. Las acciones terroristas son práctica corriente tanto en el curso de intervenciones directas como durante los preparativos y realización de diversas "operaciones secretas" de los servicios de inteligencia para apoyar a los dictadores sanguinarios en los países ligados a EE.UU. por acuerdos militares.

Deseoso de imponer a la Humanidad sus órdenes, Estados Unidos exporta la contrarrevolución a todas partes donde procura desempeñar el papel de "defensor de la libertad y la democracia" en su variante burguesa. La contrarrevolución se acompaña del terror blanco. Sus atributos cotidianos son fusilamientos, torturas y asesinatos.

Encubriéndose con el mito de la "amenaza soviética", el imperialismo norteamericano se dedica a asesinatos, torturas, contrarrevolución, represalias masivas y terrorismo.

Como lo demuestra la historia de la preparación del golpe fascista en Chile, el terrorismo internacional de EE.UU. está subvencionado en primer lugar por los monopolios que, para conservar sus ganancias, no se detiene ante ningún crimen de lesa humanidad.

Confesándolo, J. Cabot, asistente del Secretario de Estado para asuntos interamericanos en el Gobierno de Eisenhower, declaró en 1954: "Nos critican a menudo porque en nuestras relaciones con América Latina rechazamos la democracia y favorecemos a los dictadores. Por otra parte, nos instan a proteger nuestras inversiones mostrándose amistosos sólo con aquellos gobiernos que mantienen el status quo... En años anteriores tratamos reiteradamente, con las mejores intenciones, de imponer la democracia a varios de nuestros vecinos".[1]

Para ilustrar las palabras de Cabot recordemos cómo se ha impuesto y se impone la "democracia a la norteamericana". Año 1900: EE.UU. invade a Puerto Rico. El mismo año, su infantería dè marina y unidades de su ejército aplastan cruelmente la rebelión de boxers en China. Años 1900-1902: EE.UU. invade a Cuba. En

1904 irrumpe en Guatemala. Años 1906-1909: nueva intervención de EE.UU. en Cuba. Año 1909: irrupción estadounidense en Honduras. Años 1911-1913: intervención de EE.UU. en Nicaragua. Washington envió sus tropas a este país en 1922-1924, de 1926 a 1933 y hasta la última hora de la dictadura de Somoza, derrocada en 1979 por la revolución, y apoyó por todos los medios al régimen antipopular somocista. En 1914, EE.UU. introdujo sus tropas en Haití, donde permanecieron hasta 1934. En el período comprendido entre 1916 y 1924, la infantería de marina norteamericana estuvo en la República Dominicana. Entre 1918 y 1920, los intervencionistas estadounidenses cometían desmanes en la Rusia Soviética, apoyando a los guardias blancos. En 1927 desembarcaron de nuevo en China. De 1950 a 1953, EE.UU. sostuvo una guerra contra el pueblo de Corea. Entre 1961 y 1975, Washington libró una guerra sucia en Indochina. En 1961, EE.UU. irrumpió en Cuba; en 1973, organizó el putsch fascista en Chile y, después, la agresión contra Afganistán, que empezó en 1979 y continúa hasta la fecha. Coparticipó en la agresión terrorista de Israel al Líbano, en el terror masivo de la junta salvadoreña (a comienzos de los años 80), y en la preparación de mercenarios para irrumpir en Nicaragua en 1983. También en 1983, EE.UU. agredió a Granada. Todos estos hechos forman parte del expediente criminal del imperialismo estadounidense.

Según cálculos del Instituto Brookings, desde 1946 hasta 1975, Estados Unidos recurrió 215 veces (según otros datos, 226 veces) "al uso de las fuerzas armadas para lograr sus fines políticos".[2] De acuerdo con datos de investigadores estadounidenses, entre 1944 y 1966 tuvieron lugar 368 incidentes de carácter conflictivo, en los que EE.UU. recurrió a la fuerza militar, valiéndose de uno de los siguientes métodos: apoyo militar pasivo; intervención y apoyo militares secretos no oficiales; utilización limitada del personal militar en las operaciones de combate conforme a las obligaciones contraídas; operaciones de combate y amplio uso de personal militar en las situaciones conflictivas. Esa fue reacción de la clase gobernante estadounidense cuando surgía la amenaza a sus "intereses vitales" o, en otras palabras, a la posibilidad de explotar implacablemente a otros pueblos y saquear sus riquezas naturales. En virtud de que el carácter de las fuerzas armadas de EE.UU. es represivo por su esencia misma, las acciones de éstas en numerosas operaciones fuera de las fronteras estadounidenses se convertían a cada paso en terror masivo contra la población pacífica y rayaban en el genocidio.

El general S. Butler, que en los años 30 fue comandante en jefe de la tristemente célebre infantería de marina norteamericana, que reiteradas veces se usó para agredir, entre otros, a países latinoamericanos, escribió con franqueza en sus comentarios: "Estuve treinta y tres años y cuatro meses en el servicio militar activo como miembro de la fuerza militar más ágil de nuestro país: la infantería de marina... La mayor parte de este tiempo serví de fuerza muscular para el

gran negocio de Wall Street y sus banqueros. En síntesis, serví de *racketeer* al capitalismo... Ayudaba a hacer de Haití y Cuba un lugar "decente" donde nuestros bancos nacionales pudiesen percibir rentas... Mirando retrospectivamente, considero que hubiese podido enseñar algo al propio Al Capone".[3]

Así describió Butler en forma sencilla la esencia y los métodos de la política exterior imperialista de EE.UU., encaminada a asegurar el dominio global de los monopolios norteamericanos y a reprimir los movimientos de liberación nacional.

EN NOMBRE DEL ANTICOMUNISMO

Los círculos gobernantes estadounidenses se inclinan a explicar con las "intrigas del comunismo" todos los cambios sociales progresistas que se producen en el mundo. La doctrina anticomunista parte de que el comunismo es el principal adversario de Estados Unidos, porque lanza un reto al status quo, es decir, al sistema de explotación del hombre por el hombre. Por eso, precisamente, los anticomunistas tanto en EE.UU. como fuera del país proclamaron que sus enemigos no son sólo el socialismo real y el movimiento comunista y obrero internacional, sino también todas las fuerzas progresistas que luchan por liquidar el régimen que engendra la injusticia social.

El anticomunismo en su forma extrema, militante y rayante en el oscurantismo medieval pasó a ser ideología dominante de la parte más reaccionaria de los círculos gobernantes de EE.UU. y de otras potencias imperialistas. La "cruzada" que iniciaron contra el comunismo y por restablecer el status quo existente antes de 1917 no se ha interrumpido prácticamente desde la Gran Revolución de Octubre. Esta campaña está enfilada no sólo contra el socialismo real, sino también contra los movimientos de liberación nacional. Por voluntad de los organizadores de esta campaña se ha dado muerte a varios líderes de estos movimientos, se han proclamado "procomunistas" y "marxistas" y se han derrocado los gobiernos de países en vías de desarrollo que, defendiendo la independencia nacional, lucharon contra la prepotencia de los monopolios estadounidenses.

Esta línea de política exterior respecto a los movimientos de liberación nacional y los países en vías de desarrollo se formó en los tiempos de J. F. Dulles, antiguo Secretario de Estado de EE.UU., y A. Dulles, que durante muchos años fue director de la CIA. El politólogo norteamericano R. Barnet en su libro *Los gigantes* afirma que J. F. Dulles creía en que el "bolchevismo es engendro del diablo y que algún día Dios dejará de tolerar a los bolcheviques". La estrategia de Dulles consistía en "presentar a la Unión Soviética como plasmación de una ideología viciosa... y amenazarle, justificando todo esto con el pretexto de que EE.UU. realiza una cruzada moral".[4]

BIBLIOTECA-FESSC

Con toda razón se puede llamar al Presidente Reagan sucesor ideológico y político de los hermanos Dulles por sus afirmaciones de que la Unión Soviética es el "foco del mal en el mundo moderno"[5] y, por tanto, como advirtió la prensa norteamericana, en tono de burla, "todas las desgracias de Estados Unidos", al parecer, "proceden de la Unión Soviética". A estas "desgracias" se refieren en particular los golpes que los movimientos de liberación nacional asestan a los testaferros de los monopolios norteamericanos, así como las enérgicas medidas que los gobiernos de los países liberados aplican para fortalecer su independencia.

La historia abunda en coincidencias. Así, en 1946, W. Churchill, ex primer ministro británico, en su discurso pronunciado en Fulton dio comienzo a la "guerra fría". En junio de 1982, el Presidente de EE.UU. Reagan pronunció en el Parlamento inglés un discurso bautizado como "declaración de la segunda guerra fría". Además, en Londres, llamó a emprender una nueva "cruzada" contra el comunismo.

El Presidente Reagan, al "tomar el relevo de Fulton", proclamó abiertamente el derecho de EE.UU. a inmiscuirse en los asuntos de los Estados y pueblos soberanos. En el período posbélico, casi todos los predecesores de Reagan adoptaron medidas en diferentes formas, aunque lo hicieron de una manera menos abierta.

Por el discurso londinense de Reagan, y aún antes, por las noticias de la prensa estadounidense, se supo que existe un programa "semigubernamental" encaminado a "fortalecer la democracia" en los países en vías de desarrollo y en los países comunistas donde sea posible. En el marco de este programa, titulado farisaicamente "programa de democracia y de diplomacia pública" y enfilado contra la comunidad socialista y los países que siguen el rumbo antimperialista, se realizó en 1982 una "investigación" especial. Lo financian fuentes privadas, comprendida la caja de la organización "social" denominada "fondo político americano", entre cuyos directores figuran los líderes de los comités nacionales de los partidos tanto republicano como democrático de EE.UU. El Congreso de ese país destinó para el programa 20 millones de dólares para el año fiscal 1983 y 65 millones para 1984.

En 1982-1983 se creó un sistema gubernamental para dirigir y coordinar las acciones subversivas contra los países socialistas, los de orientación socialista y otros que no son del agrado de EE.UU. y forman parte del movimiento de los no alineados. Las medidas adoptadas en 1982 y 1983 en el marco del "programa de democracia y de diplomacia pública" demuestran que se trata precisamente de la injerencia en los asuntos de otros Estados y pueblos.

En noviembre de 1982 se celebró en Washington una conferencia internacional organizada por el Departamento de Estado de EE.UU. con el objeto de trazar la estrategia para que los países con regímenes autoritarios pasaran a formas democráticas de gobierno. La agencia italiana ANSA denominó esta conferencia como una

BIBLIOTECA-FBSC

de las primeras medidas de la "cruzada por la libertad", proclamada por Reagan en sus discursos en la Cámara de los Comunes inglesa y el Bundestag germanoccidental, y señaló que en EE.UU. por regímenes autoritarios no se entienden, claro está, las juntas fascistas, sino los Estados socialistas y los de orientación socialista.

En febrero de 1983, explicando a los periodistas norteamericanos la esencia del "programa de democracia y de diplomacia pública", L. Eagleburger, subsecretario de Estado, y G. Helman, su adjunto, declararon su intención de refutar categóricamente cualesquiera afirmaciones en el sentido de que estos esfuerzos estaban enlazados de alguna manera con la CIA. Tales declaraciones no merecen ninguna confianza, pues desde hace mucho se sabe que la injerencia de EE.UU. en los asuntos de otros países no se realiza sin ayuda de la CIA.

Esto lo confirman, a su manera, las biografías de quienes dieron la "explicación". L. Eagleburger ingresó en el Departamento de Estado en 1957, y en la CIA, en 1959. El embajador G. Helman estuvo en el Departamento de Estado tan sólo un año y en 1957 pasó a la CIA. Es muy sintomático el hecho de que precisamente a ellos se les haya encomendado dar las "explicaciones" sobre la "no participación" de la CIA en el manido "programa" trazado de conformidad con la "cruzada" proclamada por Reagan.

Existe otra confirmación muy convincente de que la CIA interviene en la "promoción de la

democracia". En junio de 1983, un año después de su discurso en el Parlamento inglés, el Presidente Reagan llegó al cuartel general de la CIA para firmar el proyecto de ley sobre la no divulgación en la prensa de los nombres de agentes de los servicios especiales. Allí, el Presidente declaró que las personas que trabajan en la CIA son ojos y oídos del mundo libre, que EE.UU. debe llamar a todos los países a desplegar una cruzada por la libertad y una campaña global por los derechos humanos, que los colaboradores de la CIA encabezan esta lucha y deben estar en la primera fila de los luchadores por la libertad en las condiciones de la paz y de la guerra y en el mundo ilusorio que se encuentra entre ellas.

Así, el Presidente Reagan, medio año antes que Eagleburger y Helman trataran de desmentir la participación de la CIA en la "cruzada" contra el comunismo, confirmó que los terroristas y saboteadores de la CIA tendrían que desempeñar en ella el papel de destacamento de vanguardia.

Investigadores occidentales objetivos señalaron, en reiteradas ocasiones, que la causa cardinal de la descabellada política anticomunista de Washington consiste en el desinterés de los círculos gobernantes estadounidenses de comprender que el socialismo y los movimientos de liberación nacional no constituyen una "anomalía histórica", como afirmó alguna vez el Presidente Reagan, sino una regularidad. En este olvido premeditado de las regularidades del proceso histórico estriba la causa de todas las tentativas de Washington

de hacer retroceder la historia y tachar de ella el año 1917, que dio comienzo a la liberación de la Humanidad del poder del capital y de las trabas del colonialismo.

La psicosis de la fuerza, la violencia y el terrorismo, como la expresión directa y más abominable de éstas, se manifiestan en todas las acciones posbélicas de EE.UU., en su lucha contra la "amenaza comunista". A fines de los años 40 y a comienzos de los 50, con activa participación estadounidense, fueron aplastadas las fuerzas de izquierda en Italia, Grecia y Francia. La CIA liquidaba físicamente a comunistas con ayuda de las bandas terroristas que había formado. También en Asia, las ejecuciones en masa de comunistas y miembros de otros partidos de izquierda acompañaron la instauración de regímenes dictatoriales pronorteamericanos: en Vietnam del Sur, Corea del Sur, Taiwán. . . En todos los continentes se puede encontrar huellas sangrientas de los "americanos silenciosos" de la CIA y del servicio de inteligencia del Pentágono.

El informe de la CIA correspondiente a 1980 dice:

"En el período de 1968 a 1980 se registraron 6.714 manifestaciones de terrorismo internacional, de ellas 760 se produjeron el año pasado (1980. —*V.B.*). En el período de 1968 a 1979 tuvieron lugar tan sólo 3.336 incidentes de ese género, de ellos el mayor número —413— corresponde a 1976".[6]

En los últimos años, el terrorismo adquirió una envergadura sin precedentes por el número

de víctimas. En 1980 —comunica dicho informe—, como resultado de actos terroristas fueron heridas y asesinadas 1.720 personas; 35% de las víctimas fueron estadounidenses, en particular diplomáticos y hombres de negocios.[7]

¿Quiénes se ocupan de ese terrorismo? ¿A quiénes les conviene? La CIA sugiere una conclusión inequívoca: "Hoy, en 63 países operan 370 grupos terroristas, principalmente marxistas".[8] Así se introduce en la conciencia social de los occidentales el siguiente estereotipo: el "terrorismo internacional" es sinónimo de "comunismo internacional", por lo cual los "movimientos de liberación nacional", apoyados por el comunismo, son también "terrorismo internacional". Así que, se afirma, toda organización que proclama consignas marxistas y actúa con métodos terroristas, no importa si Moscú apoya oficialmente sus acciones o no, también es parte del "complot terrorista comunista internacional" (según Haig) que la Unión Soviética "subvenciona, equipa y anima". En el mismo espíritu, como advertimos por la observación de *US News and World Report* sobre el desinterés de Haig de distinguir entre los terroristas de ultraderecha y los de ultraizquierda, los autores de los estereotipos anticomunistas identifican todos los actos terroristas con los "intereses de Moscú" y con su "estrategia" orientada "a desestabilizar los sistemas democráticos" (léase burgueses). ¿Es un absurdo? ¡Claro que sí! Pero el sistema burgués empleado para crear estereotipos anticomunistas en el pensamiento de millones de personas no se basa so-

bre categorías lógicas sino, podemos decirlo, sobre el reflejo de Pávlov (la palabra "comunismo" debe provocar en los individuos con pensamiento así estereotipado —como un timbre antes de dar comida a los perros— el reflejo condicionado en forma de emociones negativas) y su objetivo no es desarrollar la capacidad mental. Pero los hechos refutan a cada paso a los "antiterroristas" de Washington. En 1981 hubo un atentado contra el Presidente Reagan. El autor fue J. Hinckley, hijo de un rico industrial petrolero y miembro del partido neonazi de EE.UU. Este terrorista de derecha eligió como blanco a Reagan, por considerarlo "muy poco derechista".

Algún tiempo después, en Roma, el terrorista fascista A. Agca por poco da muerte al Papa. Acto seguido, los fascistas organizaron una serie de explosiones de bombas en Europa Occidental, que se llevaron la vida de personas inocentes. Destacamentos terroristas de ultraderecha se han ensañado en El Salvador y en otros países de América Latina. En los resplandores de incendios provocados por explosiones efectuadas por los terroristas "ultras" se veía con claridad la hipocresía sin par del Washington oficial que trató de atribuir a los comunistas el apoyo al terrorismo internacional.

La disimulación premeditada de las diferencias existentes entre los comunistas y las organizaciones ultraizquierdistas, las cuales utilizan fraseología "revolucionaria" y hasta algunas consignas marxistas, facilita a la propaganda oficial de Washington cumplir su tarea fundamental en la

"campaña contra el terrorismo internacional": identificar los actos terroristas de los grupos izquierdizantes e incluso de los ultraderechistas con un tal "complot comunista mundial" y con los movimientos de liberación nacional. Sin entrar en el análisis teórico de las diferencias entre los ultraizquierdistas y los comunistas (quien se interese por ello puede leer la obra fundamental de Lenin *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo),* señalemos lo principal: las acciones terroristas de los ultraizquierdistas son completamente contrarias a los objetivos de los partidos comunistas y obreros, así como de los movimientos de liberación nacional. Es más, la prensa burguesa occidental incluso reconoce que el terrorismo de ultraizquierda entronca con el de ultraderecha. Los servicios especiales del imperialismo, en primer lugar la CIA, utilizan esta circunstancia en su lucha contra los partidos comunistas y obreros.

Señalemos que los terroristas neofascistas de entre los "ultras" norteamericanos tienen estrechos vínculos con los de Europa Occidental, Japón, América Latina y Asia, así como con los racistas fascistoides de la República Sudafricana (RSA). Muchas investigaciones sobre estos lazos dieron de alguna manera con la pista de la CIA. A comienzos de los años 70, la actuación de esta agencia fue reiteradas veces el objeto de la crítica en los órganos de prensa tanto de EE.UU. como de Europa Occidental. V. Marchetti, antiguo agente de la CIA, escribió que los "americanos silenciosos" prestan especial atención a Italia. La

CIA —señaló— tiene planes extraordinarios en caso de que el país se desvíe demasiado a la izquierda. Si los comunistas y los socialistas aumentan su influencia en Italia, sin duda, esa organización apoyará a los "coroneles negros".

Hacia 1972, cuando en Italia la influencia del Partido Comunista se manifestó visiblemente en las elecciones parlamentarias, la CIA, según todos los indicios, empezó a ejecutar su plan. Lo mismo que en varias ocasiones en el pasado, puso sus esperanzas a la vez en los ultraderechistas y los ultraizquierdistas. En 1972 se celebró en Munich un encuentro internacional de representantes de los grupos neofascistas, en el que participaron entre 600 y 1.000 extremistas de derecha procedentes de los países de Europa Occidental, así como observadores de EE.UU. y la RSA. Otro encuentro tuvo lugar en diciembre de 1974 en Lyon (Francia). La prensa occidental considera que precisamente en Munich se proyectó la organización del terror masivo en Italia.

Por lo visto, en Lyon se retocaban los detalles. Poco tiempo después, en Italia sonaron explosiones; a fines de 1975, en la plaza de la ciudad de Brescia; luego los neofascistas hicieron explotar una bomba en el tren expreso "Italicus", cerca de Bolonia. Como resultado de esta acción, perecieron y recibieron heridas centenares de personas. El "terror negro" continuó en los años posteriores. Los neofascistas volaban edificios públicos, en reiteradas ocasiones pusieron bombas en las sedes de las seccionales del Partido Comunista Italiano, asesinaban a sus activistas. Poco después, la ola de terror se extendió a la República Federal de Alemania (RFA).

A comienzos de 1981, el grupo fascista militarizado de Hoffmann organizó una explosión cerca del estadio en Munich. Como en Brescia y Bolonia, las víctimas fueron habitantes inocentes.

Tal como después de los acontecimientos de Brescia y Bolonia, los partidos de derecha se apresuraron a atribuir la explosión en Munich a los comunistas y a los ultraizquierdistas. Y al igual que en aquellas ocasiones, cuando se aclaró la verdad, ni siquiera se retractaron públicamente de sus palabras. Así pues, se trata de identificar artificialmente en la conciencia de los pancistas el terror ultraderechista y el ultraizquierdista, a los fascistas y los comunistas. En ello estriba la esperanza que la CIA pone en el terror: infundir al pancista que se necesita un "poder fuerte", "un hombre que ponga orden", y en la cresta de esta ola hacer subir al poder a los de extrema derecha y derrotar a las fuerzas de izquierda. La receta es conocida. Como se sabe, Hitler aplicó la misma táctica. Baste con recordar el incendio del Reichstag.

En su lucha contra el movimiento comunista y obrero, las fuerzas de liberación nacional y el socialismo real, el gran capital cuenta con terroristas de ultraderecha y los tiene bajo control permanente. En este aspecto es muy típico el Consejo Americano de Seguridad, organización del gran capital norteamericano integrada por representantes de 1.700 compañías, la cual coordina la actividad de todas las entidades ultraderechis-

tas y conservadoras de EE.UU. y, como testimonian algunos datos, también la actividad de la Liga Anticomunista Mundial.

Los más grandes monopolios de Estados Unidos: el trust General Electric, de Morgan; los consorcios militares Boeing Aircraft y Lockheed; los magnates petroleros de Texas; el más importante consorcio metalúrgico United States Stell, el trust General Motors, de Dupont: son tan sólo algunos protectores de los "ultras" en ese país. A estos últimos les apoyan influentes congresistas, militares y políticos, hacen propaganda de sus ideas centenares de radioemisoras, 7.000 programas de radio y televisión y 20 importantes periódicos y revistas con una tirada global de más de 10 millones de ejemplares.

En Estados Unidos, la alianza entre los consorcios y empresarios más poderosos, de una parte, y los ultraderechistas, de otra, es un hecho evidente. Los monopolios que aceptaron esta alianza están interesados en aumentar la histeria anticomunista. No temen que los "ultras" llamen a Eisenhower "agente comunista"; en fin de cuentas, la "causa" del incendio del Reichstag por los comunistas, fabricada por Hitler, tampoco sonó muy convincentemente. El fascismo moderno goza del apoyo de los monopolios norteamericanos por las mismas razones que Thyssen y Krupp apoyaron a Hitler. La potente ola del movimiento de liberación nacional, que invade los patrimonios vedados de los monopolios estadounidenses en América Latina, Asia y Africa, y la ampliación del movimiento de protesta antimonopolista

en EE.UU. engendran miedo no sólo entre los "ultras" estadounidenses corrientes, sino ante todo entre los dueños reales del país: los propietarios de grandes consorcios y bancos.

Los más grandes consorcios —United Fruit, ITT, Ford, General Motors y otros— son los primeros protectores de las juntas fascistas en América Latina, que elevaron el terror a la categoría de política nacional. Chile, El Salvador, Guatemala, Paraguay y Haití pasaron a ser símbolos de esta política aplicada, por indicación directa de los monopolios de EE.UU., por los superterroristas como Pinochet, Stroessner y Duvalier junior.

Puede pensarse que los ultraizquierdistas no se inscriben en este cuadro. No obstante, son de dominio público la frecuencia y el gusto con que la propaganda burguesa utiliza para sus fines a los ultraizquierdistas que reclutan a sus partidarios principalmente entre la burguesía no monopolista y los intelectuales, o sea, entre los pequeños propietarios y la pequeña burguesía.

Las vacilaciones del pequeño burgués, tanto del que se agarra todavía a su "pequeño negocio" como del que ya "se ha proletarizado", que se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, constituyen la base, el terreno en que, como en un estercolero, crecen setas venenosas tanto del fascismo como del radicalismo ultraizquierdista. La prensa burguesa advirtió este fenómeno desde comienzos de los años 80. "Ahora —escribió *The New York Times* en junio de 1981 sobre el terrorismo internacional— observamos el cambio de

la textura de este movimiento. Las nuevas tendencias en la actuación de los conspiradores pueden constituir el primer éxito real del terrorismo. En Europa, entre los extremistas de izquierda y los de derecha surgió algo parecido a una confabulación. Unos y otros contribuyen a la satisfacción de sus intereses mutuos, debilitando al gobierno, no importa si esta cooperación es bien meditada o casual, aunque en algunos casos parece ser bien meditada".[9]

The New York Times planteó la cuestión con suma cautela. Existen, sin embargo, testimonios de los propios ultraderechistas de que la alianza entre los "ultras" de derecha y los de izquierda ha sido formalizada orgánicamente. Este hecho tuvo lugar en verano de 1978 en Brasilia, donde se celebró una reunión de la "internacional negra" (algo parecido a lo que tuvo lugar en Munich en 1972 y luego en Lyon), en la que participaron 480 grupos de derecha de Europa Occidental, EE.UU. y Asia. En otoño se celebró una reunión complementaria en Barcelona, en la que, como escribió la revista *Europeo,* "se decidió prestar especial atención al desarrollo de la cooperación con los grupos de extrema izquierda que reconocieron algunos de los elementos de los programas aprobados por la "internacional negra".[10]

La misma revista publicó una curiosa conversación con el fascista español José Tolo Blasco, que habló en nombre de los grupos neonazis tales como el Círculo Español de Amigos de Europa, Fuerza Nueva y varias organizaciones franquistas. He aquí sus revelaciones:

"Quizá esto les sorprenda mucho, pero puedo decir que nosotros y los grupos de extrema izquierda hemos decidido seguir el mismo camino. En el fondo, ellos comparten nuestras ideas sobre muchos problemas.

Presenciamos —continuó Blasco— un fenómeno extraordinario que se produce en el mundo. El acercamiento entre la extrema derecha y la extrema izquierda es inconcebible e increíble hoy para el común de la gente y será difícil convencerla de que la una y la otra se entienden perfectamente. . .

Nuestras concepciones del mundo son iguales. Las pequeñas fricciones, que subsisten, no son graves y pueden eliminarse si se manifiesta la buena voluntad recíproca. Hoy existe tal voluntad.

Entre los representantes de la extrema izquierda, con los que nos hemos encontrado —dijo Blasco a continuación— había italianos. ¿Brigadas rojas? No puedo decirlo. Tal vez, puedo insinuarlo.

En la reunión celebrada en Brasilia y aquí, en Barcelona, subrayamos, entre otras cosas, la necesidad de crear un solo organismo mundial que imparta órdenes. Su poder debe ser decisivo y todos los grupos tienen que respetarlo. En Italia, lo mismo que en Francia y España, pueden existir diferentes organizaciones de derecha, mas las órdenes impartidas por este organismo serán válidas para todos, incluyendo la Vanguardia Nacional y Orden Nuevo, pero, por supuesto, no para el MSI (movimiento social neofascista

italiano. —*V.B.*), cuya directiva debe ser depurada por cuanto en ella hay personajes sospechosos. Desde luego, los representantes del MSI participaron en nuestras reuniones, mas lo hicieron por iniciativa personal, puede decirse que por vía no oficial. Ellos escucharon, hicieron uso de la palabra y expresaron sus opiniones. Pero no piensen que vinieron los dirigentes; no se los hubieran recibido bien. Cedieron el paso a los jóvenes. El mundo pertenece a la juventud. Todos los dictadores de los grupos de derecha ya se han comprometido. No los reconocemos más.

Nos empeñamos en entender a estos jóvenes y a darles los buenos consejos. Desearíamos que comprendieran que la derecha y la izquierda son prácticamente lo mismo, si se unen. Pero son muchos los que aprovechan estos movimientos en beneficio de sus intereses, los que combaten a los adversarios sin saber a menudo qué representa la bandera de un color o de otro. Un gran error que debe eliminarse a toda costa es la locura colectiva que se apoderó de estos jóvenes, quienes luchan con exasperación sin razón alguna. Se les debe explicar que la derecha y la izquierda buscan un objetivo común, idéntico... Por eso no será difícil lograr un acuerdo".[11]

¿Cuál es la razón de tal alianza? Leyendo y releyendo obras de los ideólogos ultraizquierdistas, así como de los trotskistas y maoístas, muy próximos a aquéllos, tropezamos no sólo con su deseo inconmovible de liquidar a los partidos comunistas existentes en los países capitalistas desarrollados y también en los en vías de desarrollo (a propósito, una prueba de ello fue la declaración hecha por el conocido Conh-Bendit el 13 de mayo de 1968, manifestando la esperanza de que su movimiento anarquista sabría "asestar un golpe mortal" al Partido Comunista Francés), sino asimismo con su odio patológico a la Unión Soviética y a otros países socialistas.

El anticomunismo y el antisovietismo constituyen un rasgo inalienable de todos los movimientos ultraizquierdistas de nuestra época.

Los "acuerdos" entre la ultraizquierda y la ultraderecha se consiguen en nuestros días no sólo al nivel mencionado por el fascista Blasco. En 1981, los traidores del pueblo campucheano, entre ellos, el ex primer ministro Son Sann, el príncipe Sihanuk y un representante de los seguidores de Pol Pot acordaron "acciones conjuntas" y hasta la formación de un "frente único". Exigieron celebrar "elecciones libres" en una "Campuchea democrática", constituyeron su gabinete de ministros y enviaron a sus representantes a la sesión ordinaria de la ONU, en la que en octubre de 1981 volvió a discutirse el "problema de Campuchea".

La alianza entre los ultraderechistas y los ultraizquierdistas, cementada por Pekín con ayuda del "liberal" Sihanuk, no es única en la historia. Algo semejante se observó en los años de la guerra civil en Rusia, cuando formaron parte del "gobierno" de Petliura simultáneamente los perseguidores de hebreos y los sionistas, cuando junto con "gobernantes supremos" de entre los guardias blancos se encontraban antiguos generales za-

ristas y socialistas revolucionarios, confidentes de la policía secreta zarista y mencheviques. Les unía el antisovietismo, religión común tanto de los ultraderechistas como de los ultraizquierdistas, que llevaba a éstos también al anticomunismo.

En aquellos días de octubre de 1981 —cuando los seguidores de Pol Pot conjuntamente con sus nuevos copartícipes del "frente único" representaron en la ONU, durante los debates sobre el "problema campucheano", la inexistente "Campuchea democrática"—, en la Campuchea real, en la provincia de Takeo, cerca de la pagoda Koh-Koh fueron descubiertos más de doscientos fosos con restos de personas que murieron a consecuencia de las torturas infligidas por los verdugos de Pol Pot. La agencia de información campucheana SPK comunicó: "Durante el gobierno del régimen sanguinario, esta pagoda fue convertida en el "Objeto-08", lugar de torturas y ejecuciones en masa, que se efectuaron en mayores cantidades a fines de 1977. Cada día, los verdugos polpotistas ejecutaban hasta 150 personas, recurriendo a diversos métodos: ahogaban, enterraban vivas, mataban con azadas; entre las víctimas había muchos niños, ancianos y mujeres".

Cerca de la pagoda, los polpotistas exterminaron a 90.000 personas. En total, durante los cuatro años de su tiranía en Campuchea, dieron muerte a más de 3.000.000 de personas.

Este es el terrible resultado de la subida al poder en Campuchea de los admiradores del "comunismo cuartelesco" ultraizquierdista, que batieron los "records" de crueldad establecidos por los hitlerianos.

Los ultraizquierdistas se asemejan al fascismo no sólo por los métodos de acción y por el pisoteo de todas las normas de legalidad y de moral, sino también por la fraseología, por el chamanismo político y por la hábil manipulación de consignas comprensibles y atrayentes para las masas a fin de esclavizarlas. Hace más de cuarenta años, en el VII Congreso de la Internacional Comunista, Jorge Dimitrov dijo lo siguiente sobre el particular:

"El fascismo logra atraer a las masas porque apela demagógicamente a sus *necesidades y demandas más urgentes*. El fascismo no sólo atiza los prejuicios arraigados profundamente en las masas, sino también especula con sus mejores sentimientos, con su sentido de justicia y a veces hasta con sus tradiciones revolucionarias. ¿Por qué se presentan ante las masas como 'socialistas' los fascistas alemanes, esos lacayos de la gran burguesía y enemigos mortales del socialismo, y pintan como 'revolución' su subida al poder? Porque aspiran a explotar la fe en la revolución y la atracción hacia el socialismo, que viven en los corazones de las grandes masas trabajadoras de Alemania...

El fascismo procura explotar del modo más desenfrenado a las masas, pero se vale de una hábil demagogia anticapitalista, sacando provecho del profundo odio que sienten los trabajadores hacia la burguesía rapaz, los bancos, los trusts y los magnates financieros y lanzando las consignas

que para las masas políticamente inmaduras son las más seductoras en el momento actual...

El fascismo somete al pueblo a la arbitrariedad de los elementos más corruptos y venales, pero presenta las exigencias de un 'poder honesto e insobornable'...

Superando con su cinismo y falsedad a las demás variedades de la reacción burguesa, el *fascismo ajusta* su demagogia a las *peculiaridades* nacionales de cada país y hasta a las de los distintos sectores sociales en un mismo país".[12]

En nuestros días, el fascismo emplea los mismos métodos. En ello le ayudan de buena gana los ultraizquierdistas.

En efecto, la historia avanza en espiral, pero, como ésta es ascendente, envuelve con cada nueva vuelta a masas cada vez más grandes de personas y a un número cada vez mayor de fenómenos. Mientras tanto, el eje de la espiral queda inmutable.

En la doctrina marxista-leninista y en el movimiento comunista, a pesar de que cada día crece la esfera de su influencia, y a pesar de las enmiendas causadas por el tiempo, que toman en consideración los partidos comunistas al realizar sus actividades cotidianas, permanece invariable esta verdad:

"El anticomunismo, independientemente de si se viste ropa de color negro, castaño o rojo encendido, siempre conduce a la escisión de la clase obrera y de las fuerzas democráticas y socialistas y de este modo sirve directamente a los fines de los explotadores".[13]

Los auténticos revolucionarios, entre ellos Ho Chi Minh, Gramsci, Dimitrov, cuyos nombres utilizan los ultraizquierdistas con *sus* fines y para *sus* consignas, siempre lo comprendieron y replicaron enérgicamente a toda tentativa de los amantes de la frase "de izquierda" de denigrar a los partidos comunistas y a la Unión Soviética.

Es preciso que recuerden las palabras de Fidel Castro, que se citan a continuación, quienes siguieron a los ultraizquierdistas y afirman que el "poder nace de la boca del fusil" y no existe ninguna vía de cambios revolucionarios que no sea la de lucha armada, y quienes, en virtud de ello, no escatiman palabras injuriosas para los que se niegan a apoyar las aventuras de los ultraizquierdistas. He ahí lo que dijo Fidel Castro en 1970 sobre los "ultras" de izquierda, seguidores de numerosas personas que negaban la validez de la doctrina de Lenin y que se multiplicaron después de la Revolución de Octubre: "Hoy, como se sabe, hay superrevolucionarios teóricos, superizquierdistas, verdaderos "supermen", si se quiere —para darles un término—, capaces de destripar al imperialismo en dos segundos con la lengua; muchos superrevolucionarios que no tienen ni noción de lo que es la realidad y los problemas y las dificultades de una revolución, alentados por ese sentimiento bien alimentado por el imperialismo, llevan un odio feroz. Es como si no quisieran perdonar que la Unión Soviética existiera, y esto desde posiciones de izquierda. Quisieran una Unión Soviética modelada a su imagen peregrina, a sus idealizaciones ridículas; porque

un país es antes que nada una realidad, y una realidad que tiene que hacerse de otras muchas realidades...

Se olvidan de los problemas de Cuba, de Vietnam, del mundo árabe. Es decir, dondequiera que el imperialismo está allí llevando a cabo sus zarpazos, se encuentran un país, un Estado que envía las armas en las cantidades necesarias para que los pueblos puedan defenderse contra ese imperialismo...

Se conmemora lo de Girón en estos días. Y bien recordamos antiaéreas, tanques, cañones, armas, morteros, con los cuales pudimos pulverizar a los mercenarios. Es decir que la existencia del Estado soviético es objetivamente uno de los más extraordinarios privilegios del movimiento revolucionario".[14]

El cifrar esperanzas en el anticomunismo y en el antisovietismo llevó a los ultraizquierdistas a iniciar la lucha contra los partidos comunistas y obreros, y luego, a hacer un bloque con los neonazis y los servicios de inteligencia imperialistas.

Después del atentado contra el Papa, Ives Moreau escribió sobre ello con gran exactitud en su artículo *¿Quiénes son los terroristas?*:

"El atentado contra el Papa suscitó con justa razón el rechazo mundial. Mas no es suficiente indignarse. Lo importante es descubrir las causas del acto criminal...

¿Quién disparó contra el Papa, sino un fascista turco? A propósito de este último atentado, convendría recordarles a los que invocan los valores de Occidente, que ellos mismos hicieron de

Turquía uno de los pilares esenciales de la estrategia atlántica, sin preocuparse lo más mínimo de los atentados a la democracia que se perpetran en ese país desde hace decenios.

¿Quién cometió el atentado contra la 'fiesta de octubre' en Munich (1981. —*V.B.*)? Allí también se apresuraron a incriminar a la OLP. La investigación demostró, por el contrario, que el autor fue un neonazi, que mantuvo contactos con los falangistas libaneses.

¿Quién atacó la sinagoga en la calle Copérnico (en París. —*V. B.*)?

Y, en general, ¿quiénes son los terroristas en todo el mundo? ¿Quién bombardea el Líbano del Sur? ¿Quién apoya al racismo sudafricano? ¿Quién recibe con gran pompa en Washington al dictador de Seúl? ¿Quién mantiene en el poder a la junta salvadoreña? ¿Quién siembra el terror y la muerte en Guatemala, Uruguay, Chile?...

El atentado contra Juan Pablo II pudo ser cometido por un desequilibrado mental. Pero este hecho plantea el problema del terrorismo. Mas en todas partes, el terrorismo no es obra 'de la mano de Moscú' o de los pueblos que aspiran a su liberación, sino del imperialismo".[15]

De la misma manera, las acciones terroristas cometidas contra los países socialistas con la ayuda tanto de agentes de los servicios de inteligencia occidentales como de miembros de las organizaciones contrarrevolucionarias de índole terrorista integradas por emigrados, no se limitaron a los primeros años posteriores a Octubre, sino que son realidad en nuestros días. Después de la

Segunda Guerra Mundial ingresaron en el servicio de la CIA nacionalistas pequeñoburgueses ucranios y traidores de la Patria que se escaparon de la justicia soviética, miembros de bandas nacionalistas de tipo fascista que se fugaron de Bielorrusia y las repúblicas soviéticas del Báltico, así como numerosas organizaciones nacionalistas burguesas, compuestas por personas provenientes de Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, Albania y Bulgaria.

La actividad de estas bandas continuó cierto tiempo después de la guerra, incluso en el territorio de la URSS, pero esta vez bajo la dirección inmediata de los servicios especiales occidentales, en primer término norteamericanos.

En Lituania, los nacionalistas locales a sueldo de la CIA y otros servicios de inteligencia occidentales exterminaron a casi 4.000 comunistas. En las regiones del Báltico, en Ucrania Occidental, en Polonia y en Yugoslavia actuaron decenas de bandas anticomunistas, que aterrorizaban a la población durante varios años después de terminada la Segunda Guerra Mundial.

A comienzos de los años 50, la CIA extendió su actividad a los gobiernos vulnerables e inestables del "tercer mundo". Según los datos de la comisión senatorial especial para servicios de inteligencia (comisión de Church), en 48 países se efectuaron importantes operaciones secretas, que incluían propaganda, así como acciones paramilitares y políticas según el "programa americano habitual de influir sobre los gobiernos y emplear en secreto la fuerza". Desde 1961 hasta 1971, la CIA

realizó cerca de 800 operaciones secretas de gran magnitud, que constituyeron menos de la quinta parte de las operaciones que, como demostró la comisión senatorial, fueron emprendidas en ese período.

He aquí algunas de estas operaciones, en las que participó —y esto queda demostrado— esa agencia norteamericana: el derrocamiento en Guatemala del Gobierno de J. Arbenz (1954); la conspiración para asesinar a G. Nasser, Presidente de Egipto (1958); el asesinato en 1959 de S. Bandaranaike, primer ministro de Ceilán (actualmente, Sri Lanka); la conspiración contra J. Nehru, primer ministro de la India; el asesinato de P. Lumumba, primer ministro de la República de Congo (hoy, Zaire); el golpe de Estado en la República Dominicana (1961); el asesinato en 1969 de E. Mondlane, Presidente del Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO); el asesinato en 1973 de A. Cabral, Secretario General del Partido Africano por la Independencia de Guinea y Cabo Verde; el derrocamiento del Gobierno de Unidad Popular en Chile y el asesinato del Presidente S. Allende (1973); el asesinato en 1975 de M. Rahman, primer Presidente de la República Popular de Bangladesh; el asesinato en 1977 de M. Ngouabi, Presidente de la República Popular de Congo; el asesinato en 1981 de O. Torrijos, jefe del Gobierno de Panamá.

En 1981, durante la administración Reagan, la CIA organizó un nuevo atentado contra F. Castro. En febrero del mismo año, se gestaba el asesinato de S. Machel, Presidente de Mozam-

bique. Poco después, el comité especial para servicios de inteligencia de la Cámara de Representantes aprobó el plan presentado por W. Casey, director de la CIA, para destituir de manera violenta a Muammar Kaddafi, dirigente de la Jamahiria Libia. Luego aparecieron varias noticias confirmando que la mencionada agencia intentó eliminarlo físicamente.

Así, al proclamar una campaña contra el "terrorismo internacional", la administración Reagan, en realidad, dejó a la CIA las manos libres para organizar nuevas acciones terroristas. No existen justificaciones para semejantes crímenes, y a propósito, los círculos gobernantes de EE.UU. no las buscan. A. Dulles, jefe de la CIA, preparó en 1953 el derrocamiento en Irán del Gobierno del "comunista" Mossadegh, quien "se había atrevido" a nacionalizar la Compañía Petrolera Anglo-Iraní, decía que EE.UU. en la lucha contra el comunismo no podía limitarse a actuar sólo en los casos en que un gobierno le "invitaba" a hacerlo. Con carácter categórico propio de los gobernantes norteamericanos, proclamó que su país debe resolver cómo y dónde tiene que actuar. En estas palabras estriba la quintaesencia de la ideología de la *Pax Americana,* imperio global estructurado con arreglo al modelo estadounidense.

Todos los presidentes norteamericanos del período postbélico han proclamado fidelidad a dicha ideología.

H. Truman (1945): La victoria alcanzada por EE.UU. hizo recaer sobre el pueblo norteamericano el peso de la responsabilidad por la dirección posterior del mundo. (Señalemos que la apropiación por Estados Unidos de todos los frutos del triunfo sobre el fascismo, la cual contradice de manera tan radical la verdad histórica, es un modelo típico del pensamiento hegemonista de todos los dueños de la Casa Blanca.)

D. Eisenhower (1953): El destino impuso a EE.UU. la responsabilidad de dirigir el mundo libre.

J. Kennedy (1961): El destino de EE.UU. consiste en dirigir el mundo.

Independientemente de las diferencias en la fraseología, estas pretensiones hegemonistas de Washington las repitieron L. Johnson, R. Nixon, G. Ford, J. Carter y R. Reagan que extendió oficialmente el concepto de "intereses vitales de EE.UU." poco menos que a todo el mundo. Los gobernantes de Estados Unidos nunca han abandonado la idea de la "dirección global". Washington considera un obstáculo natural para la realización de estos designios la existencia misma de la Unión Soviética y de otros países de la comunidad socialista, su gran potencial económico y militar y su creciente prestigio internacional.

En su estrategia de política exterior, los círculos gobernantes de EE.UU. siempre han considerado que el mundo del socialismo real debe ser destruido tarde o temprano. Testimonio de ello son no sólo la carrera permanente de armamentos, enfilada a lograr la superioridad militar de EE.UU. sobre la URSS, sino también las directrices presidenciales y recomendaciones del Conse-

jo de Seguridad Nacional, en correspondencia con las cuales se elaboraron —en el marco de la doctrina de la "seguridad nacional", adoptada en 1947 durante la presidencia de Truman— diversas concepciones sobre la aplicación concreta del terrorismo contra otros Estados y movimientos de liberación nacional. Esa doctrina se relaciona con los principios que determinan la elección de medios y métodos para el aseguramiento global de los intereses estadounidenses en condiciones de paz y de guerra y racionaliza la política imperialista de EE.UU. mediante una retórica demogógica sobre la preocupación por dichos intereses.

En virtud de su destino, la doctrina de la "seguridad nacional" tiene relación estrecha con la militar que contiene los principios de organización y utilización de las fuerzas armadas. En conjunto, constituye un eslabón de enlace entre las doctrinas de política exterior y las militares. El lugar y el papel que le corresponden a la doctrina de la "seguridad nacional" se determinan por su función de plataforma teórico-ideológica de un peculiar sistema de "seguridad nacional" —formado en el marco de Estados Unidos—, plataforma con cuya ayuda se planifican y adoptan las resoluciones gubernamentales más importantes en la esfera de política exterior y de empleo de las fuerzas armadas.

Los círculos gobernantes estadounidenses siempre tratan de justificar, con la necesidad de defender la "seguridad nacional", los crímenes más monstruosos cometidos o bien directamente por las fuerzas armadas y los servicios especiales de

EE.UU. o bien con manos ajenas, pero con aprobación y apoyo directo de Washington.

En este sentido es muy típica la "doctrina Johnson".

...En el hotel Hilton, de Washington, donde los líderes de la asociación sindical AFL-CIO celebraban una reunión, apareció inesperadamente el Presidente Johnson y pronunció, también de manera inesperada, un discurso que la prensa estadounidense en seguida calificó de histórico. He aquí sus palabras: "No nos proponemos permanecer aquí sentados con las manos cruzadas en nuestras mecedoras y dejar que los comunistas establezcan su gobierno en cualquier país del Hemisferio Occidental".[10] Así el 6 de mayo de 1965 el Presidente trató de justificar la intervención armada de EE.UU. en la República Dominicana. A renglón seguido añadió que su preocupación por la "penetración comunista" se extendía en igual medida al Hemisferio Oriental.

La prensa norteamericana calificó de histórico este discurso por dos causas. En primer lugar, Johnson se separó, aunque en forma disimulada, de la política de Kennedy. De otra parte, fue demasiado evidente la alusión a la mecedora, en la que le gustaba descansar a éste, y al fracaso de la irrupción en la bahía de Cochinos (operación preparada por la CIA en 1961 para desembarcar en Cuba bandas contrarrevolucionarias de emigrados). En segundo lugar, en esa ocasión Johnson proclamó públicamente por primera vez la doctrina de política exterior de EE.UU. bautizada luego con su nombre.

Al comienzo, algunos comentaristas políticos trataron de hacer pasar la "doctrina Johnson" por una variante modificada de la tan manida "doctrina Monroe". Se sabe que para EE.UU. no es nada nuevo el papel de gendarme internacional. Lo nuevo de la "doctrina Johnson" era su alcance: todo Estado soberano del "tercer mundo" constituía un objeto potencial donde irrumpir.

La "doctrina Johnson" no nació en el vacío. En ella se sintetizaron las doctrinas de política exterior más reaccionarias: la "doctrina Truman" ("de la contención"), conforme a la cual EE.UU. aplastaba a las fuerzas de izquierda en Grecia, Turquía, Italia y varios países de Asia en 1947 y 1948, la "doctrina Eisenhower" y otras.

Truman fue el primer presidente norteamericano en hacer la exhortación, repetida posteriormente por Johnson, "a la movilización mundial contra el comunismo". Precisamente durante la presidencia de Truman los dogmas de la "guerra fría" se constituyeron en parte integrante de la política exterior de EE.UU., basada en distintos períodos bien en la "doctrina de la contención", bien en la de "rechazo al comunismo". Su realización conducía al reforzamiento del rumbo militarista de la Casa Blanca y a la intensificación de la carrera armamentista.

J. Gavin, ex general y embajador de EE.UU. en Francia, dijo con acierto que, al proclamarse la "doctrina de la contención", la política exterior de EE.UU. se hizo rígida, el país perdió la capacidad de reaccionar a los acontecimientos y tomar en consideración los cambios, lo cual condujo a EE.UU. a la guerra en Vietnam. (Debemos recordar que la "doctrina de la contención" primero condujo a EE.UU. a agredir a Corea.)

Poco tiempo después del fracaso de la triple agresión de Israel, Inglaterra y Francia contra Egipto en 1956, EE.UU. intentó "llenar el vacío", producido en el Oriente Próximo después de haber sido evacuadas gradualmente las tropas inglesas y francesas. En enero de 1957, el Presidente Eisenhower pidió la autorización del Congreso para cooperar en el Oriente Próximo en la esfera de desarrollo económico y ayuda militar con todo país que lo deseara y exigió además el derecho de utilizar las fuerzas armadas de EE.UU. para defender a los países del Oriente Próximo contra la agresión armada por parte de cualquier país controlado por el comunismo internacional. Así nació la mencionada "doctrina Eisenhower". Para convencer más a los congresistas, a principios de 1957 la CIA inspiró un complot contra Hussein, rey de Jordania, presentando de esta manera al Gobierno y al Congreso de EE.UU. las "pruebas" de la existencia de un "complot comunista" que amenazaba a Jordania y a Siria.

En marzo de 1957, ambas cámaras del Congreso aprobaron la "doctrina Eisenhower", dejando las manos libres a la soldadesca norteamericana en el Oriente Próximo: en 1958 la infantería de marina de EE.UU. irrumpió en el Líbano.

Otro paso en el despliegue de la ofensiva contra el socialismo y los movimientos de liberación nacional fue la doctrina de "rechazo al comunismo". De conformidad con ella se realizaban los planes anticomunistas de la CIA y del Pentágono desde la época de la presidencia de D. Eisenhower, se inspiraron las acciones de las fuerzas antisocialistas en la República Democrática Alemana (RDA) en 1953 y en Hungría en 1956; se organizaron las provocaciones armadas contra la República Popular China (RPCh), la República Popular Democrática de Corea (RPDC) y la República Democrática de Vietnam (RDV).

La "doctrina Johnson" incluía las teorías militares más modernas, comenzando por la "reacción flexible" y las "guerras contraguerrillas" y terminando por la "escalada". Según confesión de McNamara, ex secretario de Defensa de EE.UU., dicha doctrina estuvo enfilada contra los movimientos revolucionarios en los países coloniales y en los en vías de desarrollo de Asia, Africa y América Latina, y no sólo contra el movimiento comunista y obrero mundial. La idea de la *Pax Americana* unió en un todo las doctrinas y teorías de política exterior viejas y nuevas.

Al parecer, después de la subida al poder en 1969 del Gobierno republicano encabezado por Nixon, empezó la revisión de la doctrina de política exterior de EE.UU. Haciendo publicidad al nuevo curso del Presidente, los comentaristas escribían sobre "los tiempos del retorno al aislacionismo". Pero los acontecimientos de Camboya demostraron que los círculos gobernantes necesitaron el camuflaje aislacionista sólo por cierto tiempo para tranquilizar a la opinión pública estadounidense y extranjera. Nixon confirmó palmariamente su retorno a la concepción de la fuerza policíaca en EE.UU. y en otros países al declarar en la conferencia de prensa, celebrada el 10 de diciembre de 1970, que los aviones de EE.UU. bombardearían la RDV "con el objeto de intimidarla".

Es evidente que bajo la presidencia de Nixon tampoco se renunció a la "doctrina Johnson", según la cual EE.UU. tiene la misión de dominar en el mundo. Dicha doctrina sólo fue ligeramente modificada. Como se sabe, ella es fruto de esfuerzos realizados durante muchos años por los planificadores de la política exterior de EE.UU., quienes trataron de elaborar un programa unificado de acciones del Presidente en el mundo contemporáneo, desgarrado por las contradicciones y conmovido por los cataclismos de las batallas entre las clases y de las guerras de liberación nacional, un mundo en el que la aspiración de los pueblos a la libertad resulta con frecuencia más fuerte que los medios más modernos de conducción de la guerra.

En los tiempos de Nixon, la política "desde posiciones de fuerza" siguió dominando en las acciones que EE.UU. realizaba en los países en vías de desarrollo, a pesar de las numerosas declaraciones del Presidente sobre la "aspiración a la paz". Lo confirmaron con particular evidencia

los bárbaros bombardeos de Camboya y la RDV, que se efectuaron por órdenes de Nixon y Ford entre 1970 y 1975. Recordemos también cómo se preparaban los belicistas norteamericanos para invadir a Jordania durante el conflicto entre guerrilleros palestinos y el ejército jordano.

Durante la crisis jordana —señaló la prensa de EE.UU.—, la diplomacia nueva se convirtió de súbito en diplomacia vieja. El Presidente y sus estrategas retornaron a las recetas de Dulles actuando según el plan escrito en plena "guerra fría".

Tales planes fueron elaborados en diversas variantes para cada situación concreta y para cada conflicto, con los que pudiera tropezar la administración de Washington en distintos sectores del frente de política exterior. Según las circunstancias, estos planes se ponen en marcha, y la máquina político-militar de EE.UU. empieza a funcionar como una computadora de acuerdo con su programa. La "doctrina Johnson" determina los principios generales del uso de estos planes preelaborados. Veamos cómo se imaginaban estos principios los autores de dicha concepción de política exterior.

En aquellos países en vías de desarrollo donde existe una relativa estabilidad política, pero puede producirse una explosión revolucionaria, EE.UU. proyecta paralizar, mediante la ayuda militar y económica a los gobiernos pronorteamericanos, el naciente movimiento revolucionario y privar a las fuerzas de izquierda de cualquier apoyo por parte de la población.

Según los autores de la doctrina, las reformas paulatinas impuestas desde arriba, simultáneamente con la propaganda anticomunista y la publicidad del modo de vida norteamericano, deben frenar el proceso revolucionario en dichos países y abonar el terreno para una amplia penetración de los monopolios estadounidenses en su economía.

A este respecto es típico el programa *Alianza para el Progreso,* iniciado durante la presidencia de Kennedy y continuado por Johnson, quien introdujo varias adiciones sustanciales, una de las cuales es muy curiosa. A la par de conceder la ayuda económica y militar a los regímenes pronorteamericanos, Washington realiza, a través de los agentes de la CIA en América Latina, investigaciones de espionaje, cuyo objetivo es esclarecer en qué fase se encuentra el movimiento revolucionario en uno u otro país y qué actitud mantiene el pueblo hacia la penetración de los monopolios norteamericanos en la economía nacional y, en general, hacia EE.UU.

En aquellos países donde existe el movimiento revolucionario y los gobiernos pronorteamericanos se sienten inseguros y pueden perder el poder en cualquier momento, EE.UU., según la "doctrina Johnson", incrementará por etapas su ayuda militar y económica y en casos especiales puede recurrir a la intervención directa.

La estrategia de la salvación de los putrefactos regímenes pronorteamericanos está definida con suficiente precisión. Los destacamentos de vanguardia del ejército estadounidense para la

lucha contra el comunismo están emplazados en más de 45 países. Son grupos consultivos para prestar ayuda militar (MAAG) y misiones militares. Constituyen la vanguardia del mando unificado que proporciona los equipos y medios técnicos necesarios, dirige la actividad de dichos grupos y misiones y controla algunas instituciones estatales en los países donde se encuentran ellos. Esta actividad tiene el carácter más diverso, desde la instrucción impartida a las tropas locales sobre el manejo del material de guerra norteamericano hasta la participación activa en las operaciones contra los rebeldes.

Adjuntos al mando unificado, funcionan también grupos de destino especial (SAF). Si en un país surge una situación en la que es necesario aumentar el número de asesores militares que se encuentran allí, se reforzará con todo el grupo SAF o con algunas de sus subdivisiones.

Además de los métodos mencionados, en el arsenal del ejército estadounidense existe otro medio: el aumento de las fuerzas locales con ayuda del envío de nutridos contingentes de tropas regulares.

El proceso de desarrollo de la agresión norteamericana en Vietnam y Camboya coincidió exactamente con este esquema.

W. Bundy, asistente del Secretario de Estado de EE.UU. para las cuestiones de Asia Oriental y de la zona del Océano Pacífico y uno de los autores de la "doctrina Johnson", declaró sin ambages en 1967 que las acciones de su país en Vietnam debían demostrar que las guerras populares o de liberación nacional no tendrían éxito. En ello estriba la explicación de la tenacidad casi fanática con que los círculos gobernantes de EE.UU. incrementaban la escalada en Vietnam.

La esencia de la política respecto a los países no alineados del "tercer mundo" fue determinada, en consonancia con la doctrina del trigésimo sexto Presidente de EE.UU., muy brevemente: "hacerlos adherirse", o sea, reducirlos hasta la condición de satélites dóciles sometidos a la voluntad de Washington. De ordinario, la receta de semejantes operaciones es la misma: la CIA organiza un golpe de Estado, y un gobierno neutral se sustituye por uno pronorteamericano. Así ocurrió en Guatemala, Panamá, Brasil, Guayana Británica, Ghana y Camboya. Todos estos golpes, organizados o apoyados por EE.UU., fueron realizados bajo la consigna de "lucha contra el comunismo."

Al asumir el poder el nuevo Presidente, la esencia de la doctrina de política exterior de Washington cambió poco. Un testimonio de ello fue el intento de derrocar al Gobierno legítimo de la República de Guinea en noviembre de 1970.

La "tutela" de la CIA amenaza a todo régimen progresista que aplica una política independiente y, en primer término, a los gobiernos de los países que nacionalizan las propiedades de los monopolios norteamericanos o insisten en una participación más justa en sus ganancias. Washington no siempre se atreve a inmiscuirse de manera abierta en los asuntos de los países que se niegan a sometérsele y para ello utiliza a los

adversarios del régimen progresista de tal o cual país caído "en desgracia" o, en caso extremo, a las tropas de satélites estadounidenses, vecinos de este país.

El desmoronamiento de los bloques tales como la CENTO y la SEATO y la crisis de la política de bloques obligaron a EE.UU. a fiarse más en los tratados bilaterales que en los multilaterales. Washington procuraba, en las "zonas de vital importancia" para él, adquirir a agentes seguros, dispuestos a desempeñar a la primera orden las funciones de gendarme. La quintaesencia de esta política se expresa en la denominada "doctrina de Guam", de Nixon, y se reduce a hacer recaer el peso de las operaciones punitivas contra los movimientos de liberación nacional a las espaldas de los regímenes locales de títeres, aunque esto no descarta la participación de las tropas estadounidenses en el aplastamiento de las fuerzas nacional-liberadoras.

Como demuestra el análisis de los acontecimientos ocurridos en los últimos años, el papel de agentes de EE.UU. en Asia les corresponde a Israel, Corea del Sur, Australia y Japón; en América Latina, a Chile, Guatemala y Honduras, y en Africa, a la República Sudafricana (RSA).

El fracaso de EE.UU. en Vietnam mostró que, a pesar del poderío de su máquina militar, los movimientos de liberación nacional, apoyados por las fuerzas progresistas del mundo, pueden tener y tendrán éxito. Sin embargo, los culpables de la sangrienta aventura en Indochina aún no se tranquilizan por completo. Los llamamientos a un "nuevo aislacionismo" se conjugaban poco a poco con la preparación de la opinión pública para que se resigne a la activación del papel de Washington en calidad de gendarme mundial.

No es casual que los gobernantes de EE.UU. eligiesen al Presidente Carter para que realizara la "campaña global en defensa de los derechos humanos", bajo cuya cobertura se hicieron intentos de intervenir en los asuntos internos de los países socialistas y los que están en vías de desarrollo, en primer lugar los de orientación socialista. La administración Carter tenía que echar los cimientos de una nueva política aventurera de EE.UU. encaminada a la confrontación con los países socialistas y con todas las fuerzas que actúan desde posiciones antimperialistas. Es característico que precisamente durante ese período presidencial se elaborara una nueva estrategia militar estadounidense que preveía librar "guerras limitadas", incluidas las con empleo del arma nuclear, en las zonas del mundo proclamadas de "vital importancia" para Estados Unidos.

La doctrina de la "defensa de los intereses vitales" de EE.UU. data de noviembre de 1979. Carter apeló a ella para justificar el incremento de la presencia militar estadounidense en la zona del golfo Pérsico y la operación terrorista del Pentágono y de la CIA que tenía por objeto liberar a los rehenes norteamericanos, así como para obligar a los aliados en la OTAN a incorporarse más activamente a la estrategia que el imperialismo norteamericano aplicaba en el Orien-

te Próximo. Ahora bien, el entonces presidente no inventó la pólvora. Su doctrina se encuadró por completo en el marco de la doctrina de la "seguridad nacional" de EE.UU., a la que los gobernantes de este país, a pesar de las afirmaciones de su propaganda, no se proponían renunciar incluso después de la derrota en Vietnam. La "defensa de los intereses vitales", al igual que la "doctrina Johnson", suponía una abierta injerencia en los asuntos de las naciones y pueblos soberanos utilizando tanto las fuerzas armadas estadounidenses, unidades especiales de terroristas y saboteadores, agentes de los servicios especiales, etc., como contingentes militares de los "regímenes amigos" (en ese caso, Carter seguía la conocida "doctrina de Guam", de Nixon, y en el Oriente Próximo, la "doctrina Eisenhower").

Como se sabe, Carter y sus acólitos explicaron el retorno a una política más agresiva aduciendo los acontecimientos de Afganistán y la entrada en este país, a petición de su Gobierno legítimo y en conformidad con la Carta de la ONU, de un contingente limitado de tropas soviéticas. Pero esos acontecimientos sólo sirvieron de pretexto, ya que, como se ha dicho, la doctrina de la "defensa de los intereses vitales" ya había aparecido. Y "una persona inteligente —escribió el ensayista germanoccidental K. Bredhauer— no puede dejar de advertir que Afganistán, el derrocamiento del Gobierno de Amin y la presencia de las tropas soviéticas no se encuentran, ni mucho menos, en el centro de las discusiones iniciadas por Carter, sino que desempeñan el papel de un pretexto completamente sustituible".[17]

La presurosa conversión de Carter en predicador de la vieja política norteamericana del "gran garrote" se produjo bajo la influencia directa de la revolución antimperialista en Irán, que liquidó el régimen del sha, bastión de EE.UU. en el golfo Pérsico. La CIA aceleró la aprobación de la doctrina, habiendo elaborado un extenso informe, según el cual las reservas de petróleo en la URSS supuestamente disminuían, y esta circunstancia conduciría, en un futuro próximo, al aumento de la agresividad de su política exterior, orientada a apoderarse de los países productores de petróleo de la zona del golfo Pérsico. Irán se mencionaba como víctima potencial número uno. Más tarde, la CIA confesó que "se había equivocado", al minimizar las reservas soviéticas de petróleo, pero esta estadística falsificada ya había desempeñado su papel. A fines de 1979, la Casa Blanca formuló varias directrices presidenciales, en conformidad con las cuales se determinó el marco de las acciones de las fuerzas armadas estadounidenses en caso de conflicto con la URSS en la zona del golfo Pérsico. Se incluía el memorándum 101, que preveía el uso del arma nuclear para defender el libre acceso de EE.UU. al petróleo de la región. Empezaron a formarse a ritmos acelerados las "fuerzas de despliegue rápido" y se intensificó la modernización de la base en Diego García. Los buques de guerra norteamericanos prácticamente no abandonaban el golfo Pérsico. Se sentaban las ba-

ses para efectuar el rearme de la OTAN y aumentar la ayuda militar a los aliados de Washington en los países en vías de desarrollo, se diseñaban nuevos tipos de armas y se adiestraban unidades de terroristas y saboteadores. Esta "herencia" fue transmitida al Presidente Reagan junto con la insistente campaña sobre la "amenaza soviética" a los "intereses vitales" de EE.UU. y de Occidente.

Reagan no formuló oficialmente su doctrina, pero se conoce su esencia: Occidente debe impedir por todos los medios y, en caso de necesidad, por la fuerza, la alteración del orden establecido por el imperialismo internacional, ante todo el estadounidense, imponer a los pueblos de los países socialistas y los en vías de desarrollo el modelo de organización social y política elaborado en Washington y exportar la contrarrevolución adonde sea posible.

Reagan y sus seguidores proclaman públicamente que no existen medios prohibidos para lograr estos fines. La revista progresista *Afrique-Asie* escribió lo siguiente sobre los planes de Washington en política exterior: "No se puede menos que temer los efectos aventureros que tiene para la Humanidad esta política de navaja entre los dientes, este terrorismo con bomba nuclear".[18]

Los fundamentos para semejantes valoraciones no son pocos. Durante la presidencia de Carter se formuló una serie de directrices y memorándums nucleares, en particular el 101, que suponía el uso del arma nuclear en el Oriente Próximo, y la directriz 59 sobre la "guerra nuclear limitada". Proyectos nucleares análogos han sido preparados para casi todas las zonas del mundo donde supuestamente los "intereses vitales" de EE.UU. se ven amenazados por algo.

Durante la presidencia de Reagan se reforzó el rumbo militarista, se aceleraron la formación de las "fuerzas de despliegue rápido", iniciada en el tiempo de Carter, y el ritmo de incremento del potencial militar con el objeto de lograr la superioridad frente a la URSS y continuó cumpliéndose el programa de construcción de bases de avanzada para las "fuerzas de despliegue rápido" en Europa Occidental, el Oriente Próximo, el Sudoeste de Asia y el Extremo Oriente. Al mismo tiempo, EE.UU. renunció al Tratado SALT-2, se preparaba a ritmo acelerado y se realizaba el emplazamiento de cohetes de alcance medio en Europa Occidental y se modernizaban los armamentos de EE.UU. y otros países de la OTAN en el teatro europeo de operaciones militares.

Tanto Reagan como otros miembros de su administración hicieron varias declaraciones públicas afirmando que era posible el empleo del arma nuclear en cualquier zona donde surgiera la amenaza a los intereses vitales de su país. ¿Cuáles son estas zonas?

En el documento del Pentágono sobre la estrategia militar de EE.UU. para 1984-1988 se dice que la defensa de Norteamérica, comprendidas las islas Hawai, Alaska y la cuenca del Caribe, y luego la zona de la OTAN y de las líneas de comunicación entre ellas, será la tarea

número uno. En segundo lugar, se estipula la tarea de asegurar el acceso a las fuentes de petróleo en los Estados del Oriente Próximo y defender los países de la zona del Océano Pacífico y otros países amigos en América Latina y en Africa.[19]

En el documento del Pentágono no se dice nada sobre si la población de poco menos de la mitad del mundo necesita semejante tutela. Si en la "doctrina Eisenhower" la intervención armada de EE.UU. en los asuntos de distintos países del Oriente Próximo se condicionaba, aunque de modo formal, por la petición del correspondiente gobierno, en el documento del Pentágono se dice que la "estrategia para el Sudoeste de Asia, incluyendo el golfo Pérsico, prescribe a las fuerzas americanas estar dispuestas, en caso de necesidad, a ocupar por su propia iniciativa posiciones en esta zona, *sin esperar la invitación del gobierno amigo* (subrayado es mío. —*V.B.*)".[20]

A comienzos de 1983, EE.UU. proclamó la creación del Mando Central (CENTCOM), en cuya esfera de acción fueron incluidos hasta los países que no pidieron defensa al Gobierno estadounidense, entre ellos Afganistán, India, Irak e Irán. Comentando las tareas de ese organismo, la prensa occidental señalaba que la Casa Blanca y el Pentágono se proponen desplegar las fuerzas armadas de su país y de sus aliados en los accesos más próximos al golfo Pérsico y en la cuenca del Océano Indico, apoyándose en sus bases, particularmente en Diego García, en los objetos y bases que les conceden distintos países (Egipto, Marruecos, Kenia) y en los Estados amigos "estratégicamente importantes", entre los cuales figuran Israel, Arabia Saudita, Omán, Turquía, Tailandia, Filipinas, Corea del Sur, Japón y otros.

Acelerando, además, la formación de las "fuerzas de despliegue rápido", Washington quiere mostrar que está dispuesto a inmiscuirse en todas partes donde, a su juicio, pueden verse amenazados los "intereses" de EE.UU. o de Occidente en general. Y todo intento de cualquier pueblo de acabar con el neocolonialismo y la dominación del imperialismo se considerará fuente de la amenaza.

Así se fue transformando la doctrina de la "seguridad nacional" estadounidense, en particular la de la "defensa de los intereses vitales" de EE.UU., durante la presidencia de Reagan, quien completó el anticomunismo con la "fundamentación" ideológica de la lucha contra el "terrorismo internacional", teniendo en cuenta la lucha contra las fuerzas de liberación nacional y social en el mundo en vías de desarrollo.

El fanatismo de los anticomunistas de la Casa Blanca, cuyo odio al progreso social y al comunismo prevalece evidentemente sobre el sentido común, preocupa de modo especial en los últimos años a la Humanidad.

En nuestro tiempo, EE.UU., que desempeña el papel de gendarme internacional, posee un gigantesco arsenal nuclear que, según estimaciones del Club de Roma, ya en 1974 era equivalente a 615.835 bombas lanzadas sobre Hiroshima. Es decir, tiene la capacidad para exterminar 12 ve-

ces la población del globo. Desde entonces, este arcenal ha crecido, y ahora ya no se menciona la cifra 12, sino la 16. Semejante poderío militar, si no tuviera un contrapeso a él la Unión Soviética, permitiría a Estados Unidos imponer su voluntad a todo el género humano y, ante todo, a los países que no tienen arma nuclear.

Sólo los ingenuos pueden creer que EE.UU. se abstiene de usar este arma en virtud de su "moderación" y "fidelidad al proceso de arreglo político" como dicen los representantes del Departamento de Estado. Así, D. Ellsberg, conocido por la denuncia de documentos falsos del Pentágono utilizados para la escalada de la guerra en Vietnam, en abril de 1982 concedió una interviú a la revista *Inquiry*. Se le preguntó, en particular: "¿Se decidirá algún presidente estadounidense a considerar seriamente el uso del arma nuclear contra un país que no la posee?" Su respuesta fue: "Primero, ya la usó Harry Truman en agosto de 1945 (se tiene en cuenta el bombardeo atómico de Hiroshima y Nagasaki. — *V.B.*). Segundo, esto es menos peligroso que usarla contra los Soviets. Tercero, cada presidente, comenzando por Truman (con la excepción de Ford) ha tenido la ocasión, en medio de una aguda crisis, de dirigir serios preparativos para la posible e inminente iniciación por EE.UU. de operaciones militares nucleares tácticas, preparativos de los que en cada caso se enteraba el enemigo como resultado de la "fuga de información" y los que en ocasiones se acompañaron de amenazas oficiales explícitas".

La prensa norteamericana destaca en especial los siguientes casos de advertencias nucleares, dirigidas a la URSS, y de preparativos abiertos: la crisis berlinesa (1961), la crisis coheteril cubana (1962) y la crisis iraní (1979). Pero más a menudo, como señala Ellsberg, tales amenazas o preparativos estaban dirigidos contra adversarios no nucleares a quienes, sin embargo, apoyaba la Unión Soviética. En diciembre de 1950 Truman advirtió que EE.UU. estudiaba la posibilidad de usar el arma nuclear contra China. Lo declaró después de que los voluntarios chinos cercaron a las unidades de marines norteamericanos en Corea.

Otros casos se mantenían en rigurosísimo secreto, pero ahora se conocen por memorias y documentos cuyo carácter ha dejado de ser secreto. A ellos se refiere la amenaza de Eisenhower a la República Popular China de que arrojaría bombas nucleares sobre el territorio de ésta si no aceptara sus condiciones en las negociaciones de Panmunjon en la primavera de 1953. En 1954, J. Dulles ofreció al primer ministro francés G. Bidault tres bombas nucleares tácticas para la defensa de Dienbienphu en Indochina. En 1958, Eisenhower ordenó al comité de jefes de los Estados Mayores trazar planes para emplear el arma nuclear táctica contra las baterías de artillería costera china, que bloquearon la isla Kuemoi, en caso de que los chinos hubiesen intentado invadir esa isla o continuado su bloqueo. En 1968, dicho comité recomendó a Johnson estudiar la posibilidad de usar el arma nuclear en caso de

que se hubiese asestado el golpe decisivo a la infantería de marina cercada en Khesan en Vietnam del Sur, si las condiciones meteorológicas resultasen desfavorables para el apoyo desde el aire.

En 1968 y más tarde, como escribió en sus memorias (y lo confirmaron otros funcionarios) Haldeman, asistente de Nixon, el Presidente estaba firmemente decidido a ganar la guerra en Vietnam tal como Eisenhower se proponía terminar la guerra en Corea. A partir de 1969, Nixon empezó a amenazar de manera secreta pero inequívoca al Gobierno de la RDV, dándole a entender que desde noviembre de ese año él emprendería una seria escalada de la guerra, comprendido el posible empleo del arma nuclear, en caso de que Hanói no aceptara las condiciones que el Presidente llama en sus memorias "ultimátum de noviembre". R. Morris, colaborador del Consejo de Seguridad Nacional, que trabajó sobre este plan de escalada de la guerra en la época de H. Kissinger, comunicó a la revista *Inquiry* que él mismo había visto carpetas con dicho plan, incluyendo las fotografías con los blancos recomendados a Nixon para asestar golpes nucleares. Se proyectaba, en particular, bombardear el empalme ferroviario en la RDV, cerca de la frontera con China.

Por lo visto, los guiones mencionados aún no han sido archivados.

LA CIA, FOCO DEL TERRORISMO INTERNACIONAL

Según *The New York Times Magazine,* el presupuesto de la CIA para el año 1983 fue aumentado en el 25% y excedió a 1,5 mil millones de dólares. El organismo cuenta con más de 16.000 colaboradores y su número sigue creciendo. "La CIA —escribió la revista— está indiscutiblemente en auge... Sus operaciones en el extranjero, incluidas las acciones secretas, se han expandido, y el Presidente Reagan la autorizó para actuar en Estados Unidos".[21]

A juzgar por las declaraciones belicosas de los "gavilanes" norteamericanos, que recaban nuevas y nuevas asignaciones para efectuar las operaciones secretas de la CIA, acciones más enérgicas contra los movimientos de liberación nacional y una intensa injerencia en los asuntos internos de los Estados socialistas y los países que siguen la orientación socialista, los saboteadores y terroristas entrenados por esa agencia aparecerán más de una vez en los puntos calientes de nuestro planeta.

El 9 de octubre de 1981, en EE.UU. se hicieron públicos datos sobre el nuevo (tercero) proyecto de decreto ejecutivo del Presidente Reagan acerca de la CIA. En opinión unánime de la prensa norteamericana, su esencia se reducía a liquidar incluso las insignificantes limitaciones impuestas a las acciones de la agencia como resultado de las denuncias escandalosas de sus crímenes, hechas por el Congreso en 1975*.

* Tomando en consideración este escándalo, el Presidente Carter dió en enero de 1978 una serie de direc-

Al subir al poder la administración Reagan, la CIA recibió carta blanca y, al mismo tiempo, se promulgaron varias leyes que endurecían el castigo por desenmascarar en la prensa las acciones de este departamento de espionaje. El decreto presidencial abolió todas las limitaciones para que la CIA realice "acciones especiales" u "operaciones ocultas" (y esto, como se sabe, en la jerga de la CIA también significa asesinatos) dentro de Estados Unidos y vigile a los ciudadanos estadounidenses en el exterior. Aunque el decreto de Reagan mantuvo la prohibición de cometer asesinatos políticos, esta fue sólo una formalidad.

El 24 de septiembre de 1981, I. Malmierca, ministro de Relaciones Exteriores de la República de Cuba, al hacer uso de la palabra en la XXXVI sesión de la Asamblea General de la ONU habló sobre los monstruosos crímenes cometidos por la CIA contra su país.

En 1981, en Cuba perecieron 156 personas, entre ellas 99 niños, víctimas de la epidemia de la

trices que prohibían la actividad de la CIA dentro del país, en particular, el reclutamiento de periodistas y sacerdotes estadounidenses, los asesinatos políticos de ciudadanos extranjeros, etc. Cabe sañalar que estas prohibiciones revestían un carácter formal y se proclamaron exclusivamente bajo presión de la opinión pública estadounidense indignada. Sin embargo, varias fueron anuladas por el propio Carter al final de su presidencia. El almirante Turner, ex director de la CIA, declaró que los representantes de la "prensa libre" pueden, como antes, desempeñar libremente funciones de espías. Se debilitó en medida considerable el control por parte del Congreso de EE. UU. sobre la CIA.

fiebre hemorrágica "denge". Esta epidemia estalló simultáneamente en varias zonas del país. Cabe decir que no se registraron ningunos datos sobre los casos de esta enfermedad en otros Estados de la región. En esa Isla, en menos de tres años, serias epidemias afectaron en cinco ocasiones al ganado y los cultivos agrícolas: primero fue la peste de los cerdos; luego, el "moho azul", que atacó a las plantaciones de tabaco, y la "roya" en las plantaciones de caña de azúcar. Después, entre la población estallaron la fiebre hemorrágica "denge" y la conjuntivitis hemorrágica.

Cuba acusó al Gobierno de Estados Unidos de haber empleado contra ella el arma biológica. Las investigaciones de especialistas cubanos y extranjeros establecieron que el virus "denge-2" había sido difundido en Cuba artificialmente. El análisis sistemático e integral de la información, obtenida mediante distintas fuentes, confirmó que en ningún país de Africa o de Sudeste de Asia, que mantiene relaciones con Cuba, se registraron estallidos de esa epidemia. Tampoco se registraron estallidos en otros países de América Latina y del Caribe. Entre tanto, se sabe que a dicho virus conceden particular atención los centros de investigación estadounidenses dedicados al desarrollo del arma biológica.

I. Malmierca dijo que los cubanos estaban firmemente convencidos de que Estados Unidos acababa de agregar el uso del arma biológica a la larga lista de sus acciones agresivas de todo género —militares, económicas, políticas— que

en el curso de 22 años cometían contra el pueblo de Cuba los gobiernos republicanos y democráticos, los cuales se sustituían unos a otros en el poder.

La administración Reagan dejó sin respuesta esta acusación. A propósito, no podía contestar nada. La acusación se confirmaba tanto por los hechos ocurridos en los últimos tiempos como por toda la historia de la guerra secreta que la CIA libra contra Cuba.

En 1961, bajo el código de "Mangosta", la CIA organizó contra la Cuba revolucionaria un ataque a través de emigrados cubanos, atrincherados en EE.UU. Se sabe muy bien que esta acción de sabotaje y terrorista fue aprobada por la Casa Blanca. En el memorándum sobre la operación "Mangosta" el Presidente Kennedy escribió que su finalidad consistía en utilizar todos los medios disponibles para ayudar a Cuba a derribar el régimen comunista.

Existen documentos, los cuales demuestran que fue la CIA, la que dio en abril de 1961 la señal para la irrupción. Los hechos que se hicieron públicos al aparecer, en 1981, el libro de los periodistas W. Hinkle y W. Turner *El pez es rojo,* atestiguan que la "guerra no declarada" contra Cuba la ha librado un "gobierno invisible", o sea la CIA, no por su iniciativa propia, como trató de afirmar durante algún tiempo la prensa de EE.UU., sino bajo el control directo y la dirección de los presidentes norteamericanos desde Kennedy hasta Reagan. Es una guerra auténticamente terrorista.

Respecto a Cuba el Presidente Kennedy, según escriben los autores de este libro, empleó la táctica de la "tierra quemada". A su vez, el Presidente Nixon añadió el uso de medios tan monstruosos como la guerra biológica y meteorológica. En 1969 y 1970, aviones estadounidenses volaban sobre la isla y con ayuda de cristales especiales pulverizados reunían nubes que provocaban aguaceros funestos para la economía nacional. En marzo de 1970, el servicio norteamericano de inteligencia llevó a Cuba el bacilo de peste porcina, que produjo grandes pérdidas en la ganadería.

Todos esos actos se efectuaron por orden de quienes fabrican metódicamente documentos falsos sobre la "participación" de Cuba en el "terrorismo internacional". Uno de ellos es A. Haig, ex Secretario de Estado. "Si la guerra que Estados Unidos libró en Vietnam es para Ronald Reagan una "noble causa" —escribió la revista *Afrique-Asie*—, no cabe la menor duda de que para Haig fue un combate glorioso. Fue él precisamente quien, estando directamente ligado a Nixon y Kissinger, coordinó la invasión de Camboya en mayo de 1970, el bombardeo de los puertos de Vietnam del Norte en mayo de 1972 y de Hanói en diciembre del mismo año. Partidario declarado de la permanente confrontación con la Unión Soviética desde que, trabajando para el Pentágono como especialista en análisis político, se ocupó, entre otros, de los problemas de Cuba y Santo Domingo, Haig estaba convencido de que precisamente el 'tercer mundo' de-

be pasar a ser el verdadero campo de batalla. Estados Unidos, afirmaba entre 1975 y 1979, cuando estaba al mando de las fuerzas de la OTAN, debe ser capaz de crear las 'fuerzas militares regionales' que puedan quitar a quienquiera el deseo de modificar el orden establecido y que puedan reprimir toda tentativa revolucionaria en cualquier parte".[22] Haig fue uno de los iniciadores de la puesta bajo la protección de la CIA de las bandas anticomunistas de emigrados cubanos, del tipo de "Omega", culpables de numerosas acciones terroristas contra Cuba.

En su cargo de comandante en jefe de las fuerzas armadas de la OTAN, Haig insistió en que el comité de jefes de los Estados Mayores del Pentágono obligara a los militares a actuar para impedir la revolución en Irán. Decía que, si los militares no empezaran a actuar antes del regreso de Khomeini a Irán, después "sería demasiado tarde". La mencionada revista confirma que hasta el último momento tanto la Casa Blanca como el Pentágono insistieron en un golpe militar.[23] En 1981, al hacerse Secretario de Estado, Haig empezó a hablar de ciertos centros cerebrales del terrorismo internacional, olvidando que hacía un año él mismo llamó a realizar acciones terroristas en Irán contra el pueblo que había derrocado al testaferro de EE.UU. La falta de memoria en esos casos es típica del Washington oficial que organiza y subvenciona el terrorismo internacional.*

* El 4 de junio de 1983, según informó la AP, la radio israelí confirmó que Haig había apoyado a los terroristas de Tel-Aviv hasta los últimos días de su estancia en el puesto de Secretario de Estado (se retiró a principios de 1982).

Durante su entrevista con Sharon, verdugo de Beirut, dos semanas antes del comienzo de la operación "Paz para Galilea", Haig le dijo: "Nosotros comprendemos sus fines... Como aliados suyos, no podemos decirles: no se preocupen de sus intereses ni los protejan. Espero que ustedes tengan en cuenta la reacción en la arena internacional... Se debe encontrar el modo para solucionar este problema..."

Actualmente, en el marco de una nueva "campaña contra el comunismo", se preparan espías, saboteadores y especialistas en guerra psicológica para luchar contra las fuerzas que Washington proclama "comunistas" o "terroristas". En ambas categorías enmarcan la Casa Blanca y la CIA a los movimientos de liberación nacional. Por eso, precisamente, la administración Reagan, que arribó al poder con el propósito de aumentar en medida considerable las posibilidades de la CIA en cuanto a la labor subversiva para cambiar en favor suyo el desarrollo de ciertos acontecimientos en el extranjero, intensificó notablemente los intentos de desestabilizar a los Estados soberanos indeseables para Washington. Se cifra especial esperanza en las operaciones secretas a las que siente singular afición W. Casey, que se hizo jefe de la CIA durante la presidencia de Reagan.

¿Qué significan "operaciones secretas" en la jerga de la CIA? Son actos de sabotaje, propaganda, soborno a personalidades políticas, guerra económica, extorsión, secuestros, irrupción con

ayuda de unidades paramilitares, empleo de mercenarios en operaciones punitivas, asesinatos y numerosas acciones de otro género que se suelen considerar criminales.

Estas operaciones las realiza, principalmente, la sección de operaciones secretas de la CIA, que es la más grande y goza de la mayor atención en la agencia. Aunque su actuación permaneció oculta durante cierto tiempo del Congreso y del pueblo norteamericano el gobierno la conocía perfectamente y la justificaba con la conducción de la "guerra fría".

La comisión para los asuntos de los órganos de inteligencia de la Cámara de Representantes estudió los principales programas de operaciones secretas de la CIA desde 1965 hasta 1975 y descubrió que su mayoría abrumadora contradecía directamente la "defensa de los derechos humanos" en el extranjero. Unos programas estaban enfilados contra la celebración de elecciones democráticas y su objetivo era torpedearlas; otros incluían manipulaciones con la "prensa libre" a fin de publicar materiales propagandísticos y falsos; los terceros pretendían utilizar las organizaciones sociales, infiltrando en ellas "agentes de influencia", y por último, los cuartos estipulaban la exportación directa de la violencia, las operaciones de las fuerzas paramilitares y de los mercenarios y los suministros de armas y municiones. El ya mencionado R. Morris concluyó que "es inútil buscar confirmaciones de que la CIA haya intervenido en alguna parte durante dos decenios en defensa de los derechos humanos".

Y no olvidemos que el Presidente Carter en sus discursos electorales en 1976 y al comienzo de su gobierno decía que sería el primero que, al enterarse de los trucos de la CIA y de su infracción de los derechos humanos en EE.UU. o en el exterior, convocaría una conferencia de prensa y denunciaría a los "caballeros de capa y espada" que iban demasiado lejos en sus acciones. Pero en Irán, en Afganistán y en América Latina, Carter recurrió precisamente a la táctica de la CIA.

"La administración Reagan, que sustituyó al equipo Carter, —escribe *The New York Times Magazine*— considera las operaciones secretas un instrumento habitual de política exterior. El señor Casey cree que la incapacidad... de actuar en apoyo de gobiernos amigos que se ven amenazados con la desestabilización o insurrección... o la incapacidad de prevenir la destrucción de organizaciones que defienden intereses o valores americanos, causa daño a nuestra seguridad y liderato".[24] Las operaciones de la CIA contribuyeron reiteradas veces al aumento de la represión y al surgimiento de regímenes dictatoriales en el extranjero. Los regímenes represivos en Irán, Guatemala, Zaire, Chile son engendro de las operaciones secretas de esa agencia.

Hasta cuando lo oculto deja de serlo, los gobernantes de EE.UU. no suspenden la sucia actividad de la CIA y la justifican afirmando que los "caballeros de capa y espada" actúan en defensa de la democracia.

Como escribió el periódico mexicano *El Ex-*

celsior, son bastante conocidos los métodos que utiliza la CIA, la cual es hasta la fecha la principal organizadora del terrorismo internacional. Ahora señalemos lo principal: la CIA sigue siendo un importante instrumento mediante el cual EE.UU. aplica su política en el marco de la doctrina de la "seguridad nacional". El hecho de que esta agencia realiza en escala cada vez más amplia acciones terroristas, aprobadas por el Gobierno y el Congreso de EE.UU., testimonia que en este país el terrorismo se ha elevado a la categoría de política estatal.

ADIESTRAMIENTO DE FUERZAS PUNITIVAS

Huelga decir que la CIA no es el único órgano gubernamental estadounidense que practica y dirige el terrorismo internacional. En 1982 se conocieron un memorándum de C. Weinberger, secretario de Defensa de EE.UU., y una directriz gubernamental, en la esfera de la defensa, confeccionada sobre la base de aquél. En conformidad con esta directriz, como se informaba, EE.UU. se proponía "resucitar y robustecer" las fuerzas especiales para demostrar su poderío militar cuando fuese "prematuro, inconveniente o imposible" usar las fuerzas corrientes.

¿Qué interpretación se les debe dar a esos hechos a nivel mundial? —se preguntaron los periódicos norteamericanos—. ¿Se debe considerar que un país que genera el descontento de Washington o se encuentra en el camino de sus intereses,

como éste los entiende, se someterá a la misma "desestabilización" de que fueron objeto Guatemala hace 30 años, Chile hace 10, o Nicaragua hoy día?

La pregunta es lógica. Pero es preciso señalar que los propios periódicos norteamericanos escribieron con inspiración más de una vez sobre la misión de las unidades y fuerzas especiales del Pentágono, evitando usar definiciones tales como "saboteadores" y "terroristas". Estos son precisamente los que integran las "unidades especiales" del Pentágono, de las que se trataba en la directriz sobre la defensa (fueron creadas poco después de la Segunda Guerra Mundial). En la época del Presidente Kennedy fue ampliada la red de escuelas para adiestrar a estos destacamentos terroristas selectos, proclamados por el mismo Presidente, quien más tarde murió a manos de terroristas, "útiles para aplicar la política estatal de EE.UU. en tiempo de paz". Entre enero de 1961 y junio de 1964, las tropas "especiales" aumentaron ocho veces; más de 100.000 oficiales y soldados aprendieron los métodos para efectuar operaciones de guerra especiales. Durante la presidencia de Johnson, este personal fue utilizado para formar "equipos de bomberos", destinados a un rápido transporte por puentes aéreos a las zonas en crisis (más tarde, la concepción de los "equipos de bomberos" constituyó la base de las "fuerzas de despliegue rápido").

Desde 1954, el Pentágono, conjuntamente con la CIA, empezó a realizar un amplio programa para "instruir, organizar y armar las fuerzas que

garantizan la seguridad" de varios "regímenes amigos", entre los cuales figuraban Corea del Sur, Indonesia y Brasil. Ese mismo año, en Indonesia se instaló la primera "misión para garantizar la seguridad del Estado". Poco después, una misión análoga llegó a Saigón. Para 1962, esta operación se efectuó en 39 países. Bajo Kennedy, para coordinar estas actividades se instituyó la Agencia de Seguridad del Estado (ASE) con un presupuesto anual de 50 millones de dólares.

La ASE proporcionaba medios financieros a los servicios policíacos de los Estados "atendidos", instruía a los cadetes, provenientes de esos países, en la academia policíaca internacional de Washington y en otros "centros de enseñanza superior" de esta índole y organizaba cursillos de instrucción militar en dichos Estados. En el marco de la ASE actuaron también asesores militares con cuya ayuda EE.UU. inició la aventura militar en Vietnam. En 1975, la ASE fue liquidada. El resultado de su actividad es éste: se suministraron armas y medios técnicos policiales por 200 millones de dólares; cerca de 10.000 policías extranjeros recibieron instrucción en EE.UU., y casi un millón, en otros países.

La finalidad oficial de este programa —escribía la prensa italiana— consistía en fortalecer y perfeccionar las fuerzas policíacas de otros Estados para mantener el orden y hacer observar la ley. Pero, en realidad, fue instrumento de la contrarrevolución, con cuya ayuda Estados Unidos luchaba contra las fuerzas radicales y rebeldes en el mundo entero. No es casual que la mayor

parte de la ayuda financiera la recibieran los países donde a la sazón el movimiento revolucionario era más amenazador: Vietnam, Tailandia, Filipinas, Guatemala, Uruguay y Brasil. Pero más tarde, algo se detuvo en ese gigantesco mecanismo: algunos militares hicieron declaraciones denunciando los fusilamientos y torturas cometidos en Vietnam; de Uruguay llegó la noticia sobre el "escuadrón de la muerte"; el Congreso se enteró de decenas de crímenes cometidos por asesores norteamericanos en Guatemala y la República Dominicana.

En 1975 fue cuando "algo se detuvo"; ese año marcó el completo fracaso de la aventura vietnamita de Washington. Los norteamericanos quedaron estupefactos ante la derrota que le infligió a EE.UU. un país cuyo poderío fue mucho menor. Además, muchos de ellos experimentaron una profunda vergüenza por su país: EE.UU. "democrático" se manchó con monstruosos crímenes comparables tal vez sólo con las atrocidades de los hitlerianos.

La ASE fue liquidada ante la indignación universal tan sólo en apariencia, pero de hecho simplemente sustituyeron un nombre por otro, detrás del cual se continuaban realizando las mismas acciones sucias. El "programa internacional para el control de drogas" pasó a ser una cobertura para ellas. Lo utilizaron para adiestrar las fuerzas policíacas de los "regímenes amigos" de los tiempos de florecimiento de la ASE. Desde 1971, el Departamento de Estado gastó 150 millones de dólares para suministrar armas a los "equi-

pos de lucha contra el tráfico de drogas" en los países del "tercer mundo", en primer lugar en Tailandia, México, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia. A menudo —escribía la prensa italiana—, la lucha contra el tráfico de drogas sólo se menciona en el nombre de estos equipos. A los ciudadanos extranjeros, a los que la Agencia para la Lucha contra Drogas instruye en los "campamentos de enseñanza móviles", instalados en otros países, y en los establecimientos de enseñanza estadounidenses, se les dan a conocer no sólo los métodos que emplean los narcotraficantes sino también el manejo de armas de combate. Uno de tales establecimientos de enseñanza es aquella misma academia policíaca internacional de Washington, que existía en los tiempos de la Agencia de Seguridad del Estado, pues, como es lógico, su equipamiento militar no fue desmontado. Además, la Agencia para la Lucha contra Drogas confesó que sus colaboradores actúan en estrecho contacto con la CIA y el FBI.

Estos nexos se realizaban, en primer lugar, sobre la base de la academia policíaca internacional. En su programa figuraban, en particular, seminarios sobre los métodos más modernos para dispersar a los manifestantes, así como a los huelguistas. No lejos de esta "academia" funcionó una escuela especial de la CIA, que se ocultaba bajo el nombre de "Servicios Policiales Internacionales". En el mismo centro también recibían instrucción, por algún tiempo, especialistas en "lucha contra motines" del ejército estadounidense, destinados a Vietnam del Sur. El Pentágono tenía también una escuela de "guerra psicológica" y "lucha contra guerrillas", ubicada en Fort Bragg.

Además, en el marco del programa de ayuda militar, EE.UU. subvenciona a las fuerzas armadas de otros países, las que apoyan a la policía local, por ejemplo, durante las huelgas, manifestaciones y otros disturbios civiles.

A fines de los años 50 y comienzos de los 60, con participación directa de la CIA, el FBI y el Pentágono, en EE.UU. se formaron unidades de tropas especiales (en particular, las "boinas verdes" tristemente célebres por sus operaciones punitivas en Vietnam del Sur) para aplastar los movimientos de liberación nacional. En las escuelas y academias militares estadounidenses se introdujo un curso especial: "lucha contra motines". Los diplomáticos norteamericanos y los agentes de la CIA recibían una preparación análoga en otros países.

Durante la guerra en Vietnam, las unidades especiales del Pentágono realizaban simultáneamente las funciones punitivas y la misión de saboteadores y terroristas. De los métodos que emplearon podemos juzgar por fragmentos de los artículos casi publicitarios que aparecían, por entonces, en los periódicos y revistas norteamericanos: "Conocen 32 métodos para asesinar a mano limpia"; "Aprenden el arte de sabotaje, espionaje, infiltración a través del orden de combate del adversario y creación del pánico", "Se les enseñan métodos de asesinato silencioso: cómo degollar a un centinela, cómo organizar una

emboscada y cómo incursionar en una aldea".

Estos fragmentos están tomados de los artículos publicados en 1961. Veinte años después, en enero de 1981, *The San Francisco Chronicle* describió los ejercicios de las tropas de choque que forman parte de la vanguardia de las fuerzas especiales del cuerpo "de despliegue rápido", integrado por unidades del ejército, la marina, las fuerzas aéreas y la infantería de marina de EE.UU. Esta vez no se les prepara para realizar operaciones en jungla, sino "en cierta parte de la zona del golfo Pérsico". Los veteranos de las guerras sucias se desviven por entrar de nuevo en combate. Ahora enseñan a la juventud no sólo "distintos métodos para asesinar a mano limpia", sino también para realizar operaciones punitivas con el uso de modernísimo material de guerra. Según la agencia AP, en 1981 el Pentágono elaboró numerosos planes para actuar en diversas zonas geográficas, y ahora los destacamentos "de lucha contra el terrorismo" los ponen en práctica. Las direcciones, así como los métodos de estos "antiterroristas", son las mismas que las de las unidades especiales de los años 60: Fort Bragg, Fort Lee, Miami...

En enero de 1982, Weinberger mencionó en su informe anual al Congreso las operaciones especiales. Ahora bien, en la directriz sobre la defensa, que firmó en marzo, se señalaba concretamente que EE.UU. necesita fuerzas capaces de cumplir todo el conjunto de operaciones especiales en situaciones conflictivas.

¿Quiénes integran dichas fuerzas?

Fuerzas especiales del ejército, o "boinas verdes" (con el Estado Mayor ubicado en Fort Bragg). "Se cubrieron de gloria" en la guerra vietnamita, efectuando operaciones para aplastar motines, o sea, realizando acciones terroristas. Su tarea primordial consiste en "organizar la actividad rebelde", en particular, estableciendo contactos con los oposicionistas en la retaguardia del adversario y enseñándoles los métodos para realizar acciones guerrilleras, de sabotaje y terroristas. ¿Qué significa esto? En verano de 1982, *The New York Times Magazine* publicó el artículo de Ph. Taubman, titulado *El mundo secreto de un "boina verde"*, que produjo el efecto de la explosión de una bomba. Se incluía el relato de L. Thomson, ex "boina verde", sobre cómo "el gobierno dirige en el extranjero operaciones sospechosas, incluyendo asesinatos"[25] y sobre quiénes las realizan. La "confesión" de Thomson vierte luz sobre muchos detalles antes desconocidos de las operaciones efectuadas por las fuerzas especiales.

El mando del ejército de EE.UU. organizó las unidades de "boinas verdes" en 1952. A fines de los años 50, cuando la CIA empezó a recurrir a la ayuda de las fuerzas especiales, se necesitaron hombres para desplegar operaciones secretas en las zonas más diversas del mundo. Según funcionarios del Departamento de Defensa, las relaciones entre la CIA y los "boinas verdes" se consolidaron particularmente en el Sudeste de Asia en los años 60 y 70, cuando centenares de miembros de las fuerzas especiales participaron

en las operaciones dirigidas por la CIA. Los "boinas verdes" actuaron conjuntamente con esa agencia en el curso de la conocida operación terrorista "Fénix", durante la cual, como testimonia W. Colby, antiguo jefe de la CIA, fueron arrestadas 29.000 personas y muertas 20.500, con el agregado de que el 87% fueron exterminadas por unidades regulares y militarizadas.

Los "boinas verdes" participaron asimismo en el asesinato del Che Guevara, en la irrupción en la República Dominicana en 1965 y en las incursiones en Vietnam, Laos (1972-1975), Campuchea y otros países. Semejante "colaboración", según representantes de los órganos de inteligencia, se continúa prácticando. En 1980, antes del fracasado intento de poner en libertad a los rehenes norteamericanos en Irán un grupo de "boinas verdes", pertenecientes a las unidades norteamericanas emplazadas en Alemania Occidental, llegó a Teherán, aparentando ser comerciantes alemanes, con el objeto de ayudar a preparar la operación para liberar a los rehenes. Esas mismas unidades prepararon la irrupción de los somocistas en Nicaragua en 1983.

Algunas palabras sobre otras unidades especiales.

"Rangers" norteamericanos, o "boinas negras". Se los prepara para prestar apoyo a las fuerzas armadas de EE.UU. Entre sus posibles tareas figuran ataques a los Estados Mayores o centros de comunicación para desestabilizar las operaciones del adversario mientras las unidades regulares despliegan la ofensiva en el frente.

Unidades especiales de las fuerzas aéreas con el Estado Mayor ubicado en la base aérea Aglin (Florida). Vuelan en aviones negros sin ningún signo de identificación, transportan cargas para las tropas terrestres especiales o sus aliados, lanzan en paracaídas a agentes secretos y saboteadores, o sacan a norteamericanos o sus aliados de la retaguardia enemiga. Los hombres de este contingente especial también realizan vuelos en helicópteros en apoyo de operaciones terrestres especiales. Precisamente a este contingente pertenecían helicópteros armados incluidos en el equipo de saboteadores, enviado por Carter a Irán en 1980.

Unidades especiales de la marina de guerra (destacamentos SEAL) o destacamentos marítimos, aéreos y terrestres, emplazados en las costas oriental y occidental de EE.UU.: las integran, en particular, submarinistas que son espías y saboteadores. Se les enseña llegar a nado hasta los puertos o zonas cercanas a ellos y colocar explosivos para echar a pique buques, paralizar el trabajo en los puertos y, a veces, también para llegar a tierra y destruir objetos enemigos. A los hombres de los SEAL se les entrena también para el desembarco aéreo a fin de que después de lanzarse en paracaídas y cumplir la misión en la tierra huyan por mar.

En abril de 1983, alegando a los informes de los círculos informados del Pentágono y del Congreso, la compañía de televisión CBS comunicó que en EE.UU. se había formado una unidad especial auxiliar de inteligencia del ejército (ISA)

para realizar operaciones secretas en el extranjero. Esta unidad supersecreta de las tropas de destino especial se creó por indicación de Carter en 1980, cuando el Pentágono y la CIA preparaban la aventura armada contra Irán. Desde aquel entonces, su personal, cuyo número se mantiene en rigurosísimo secreto, ha pasado un intenso entrenamiento en un campamento del ejército. Sin embargo, no se trataba sólo de entrenamientos. Según la CBS, los saboteadores de esta unidad, portando documentos falsos, fabricados por la CIA, desde 1982 se introducen con regularidad en otros Estados para cumplir misiones de espionaje.

Washington no oculta que precisamente estas fuerzas especiales han de desempeñar el papel de destacamento de choque en la campaña "de lucha contra el terrorismo", proclamada por Reagan, es decir, contra los movimientos de liberación nacional, así como en la "cruzada" contra el comunismo, en los actos de sabotaje contra los países socialistas y los que siguen la orientación socialista.

La nueva doctrina de "lucha contra insurrecciones", elaborada por los republicanos, repitiendo en gran medida la doctrina de la "guerra contra guerrillas (limitada)", de Kennedy, la endurece en grado considerable.

La prensa mundial destaca varios elementos fundamentales de esa nueva doctrina de Reagan, que permiten imaginársela en acción:

— Empleo de "medios profilácticos", o sea, medidas militares, orientadas a "impedir que los

rebeldes se hagan más activos y se organicen". Estas medidas incluyen la vigilancia con ayuda de medios técnicos modernos y los arrestos preventivos y asesinatos de presuntos líderes de los rebeldes.

— Lucha contra insurrecciones urbanas: operaciones punitivas contra los rebeldes en las ciudades de los países en desarrollo, donde están concentradas inmensas masas de desdichados, así como en zonas urbanas de algunos países capitalistas industrializados.

— Intervención rápida, envío de nutridos contingentes de tropas punitivas ("fuerzas de despliegue rápido") para "acabar con todo brote de insurrección antes de que reciba apoyo de la población local".

— Aumento de la potencia de fuego; empleo concentrado de armas para un rápido exterminio de los rebeldes.

La última medida, a juzgar por los francos enunciados de colaboradores del Pentágono, prevé incluso el empleo del arma nuclear táctica. Lo confirma también el informe solicitado por el ejército y preparado por el centro de estudios estratégicos e internacionales, adjunto a la Universidad de Georgetown. Dicho informe contiene las últimas orientaciones emitidas por el Pentágono. Al ejército, —dice—, se le encomienda asegurar a EE.UU. el acceso a las fuentes de materias primas y a las más importantes vías de comunicación marítima y aérea y defender las bases militares y los "sistemas de seguridad nacional" estadounidenses en todo el mundo. Las tropas deben

estar preparadas para actuar en una guerra nuclear, subraya el informe, y con este fin EE.UU. no debe renunciar al derecho de ser el primero en usar el arma nuclear.

Al ejército de EE.UU. lo orientan directamente para que participe de manera activa en los conflictos armados en el Oriente Próximo, América Latina y Africa, donde se le concede un importante papel en el aplastamiento de los movimientos de liberación nacional. Se atribuye especial importancia a las fuerzas intervencionistas "de despliegue rápido", que incluyen divisiones de ejército ligeras y altamente móviles, dotadas de novísimas armas y potentes medios para transporte rápido por aire y mar. En el informe se recomienda asimismo aumentar los efectivos de las tropas de destino especial.

LA INDUSTRIA DEL TERRORISMO

En la actualidad, los terroristas de la CIA y de las unidades especiales del Pentágono perpetran sus crímenes con ayuda de medios técnicos mucho más perfectos que las bombas de plástico descritas en la conocida novela de G. Greene *Un americano impasible*. La industria del terrorismo pasó a ser parte integrante del complejo militar-industrial y le reporta ingresos considerables provenientes de los pedidos de los departamentos gubernamentales.

La CIA sigue siendo uno de los principales compradores y, a la vez, productores de los medios técnicos modernos de sabotaje y terrorismo.

En la sección de técnica operativa —con un presupuesto de más de 120 millones de dólares anuales— de esta agencia funciona la denominada oficina de suministro, que tiene sus propias capacidades de producción, un instituto de investigación científica, polígonos y hasta hombres para experimentos de entre los presos norteamericanos. La oficina fabrica equipos e instrumentos para diversas operaciones secretas por su cuenta o los recibe de las firmas que cumplen los pedidos de la CIA. En los años 60 se prestó especial atención al perfeccionamiento de la técnica de "asesinatos silenciosos". Con estos fines, la oficina había preparado una novísima arma que utilizaron los agentes de la unidad supersecreta de la CIA: ZR—RIFLE. Entre las funciones de esta unidad figuraban la preparación de potenciales agentes ejecutores y la elaboración de la técnica de asesinatos.

He aquí algunos modelos de armas descritos por la prensa norteamericana: pistola de tiro rápido para disparar balas envenenadas; pistola eléctrica con balas magnéticas; bomba diminuta, cuyo tamaño no supera el del cartucho de calibre de 11,4 milímetros, y la cual al explotar dispersa perdigones de acero cubiertos de veneno; detonadores muy pequeños; minas *gravel* del tamaño de un paquete de té, que pueden hacerse en forma de juguetes infantiles, pelotas de tenis, etc.; balas explosivas diminutas; tóxicos tipo LSD (alucinógeno), gas que paraliza la voluntad, venenos que penetran en la sangre a través de los poros de la piel, etc.

En EE.UU. se concede especial atención a la producción de medios técnicos para aniquilar los destacamentos guerrilleros. Estos medios comenzaron a fabricarse en serie a principios de los años 60, debido a la escalada de la agresión estadounidense en Vietnam.

La circular destinada al ejército de EE.UU., titulada *Empleo de medios para reprimir motines, medios lanzallamas, fumígenos y antivegetales, así como detectores de personas en operaciones contra guerrillas*[26], permite hacerse una idea de algunos modelos de dichos medios técnicos. Contiene instrucciones detalladas, provistas de fotografías y diagramas, sobre el empleo de bárbaros métodos de exterminio de hombres. Tanques, helicópteros y aviones se proveen de lanzallamas, granadas de mano con el gas CS, bombas, contenedores llenos de botes con dicho gas, minas de fósforo y pulverizadores especiales de tóxicos. Con la soltura propia de viajantes de comercio, los autores de esta circular proclaman: "Las instrucciones ofrecidas en la presente circular están orientadas hacia el medio ambiente y las condiciones de combate, existentes en el Sudeste de Asia (la circular se redactó en los años de guerra en Vietnam. —*V.B.*), pero también son aplicables sin modificaciones tanto en la guerra nuclear como en la no nuclear".

¿Para qué se destina el gas CS? En la circular se enumeran cerca de una decena de casos de su empleo, en particular para "hacer salir de túneles" al adversario (es decir, a los guerrilleros y a los habitantes pacíficos. —*V.B.)* y para

"impedir que se escapen las fuerzas enemigas". Pero su principal objetivo consiste en exterminar a los hombres. Oficialmente, el CS es un gas lacrimógeno, pero en grandes concentraciones puede matar. Con la exactitud de hasta un segundo se indican en la circular sus dosis necesarias para este fin y se calcula por minutos el tiempo más eficaz de su acción sobre "personas no defendidas con caretas antigás y otros medios protectores". Se prevén incluso "situaciones que envuelven a la población mixta" (léase: habitantes pacíficos). "Las municiones con el gas CS pueden ser empleadas *en este caso como el arma más eficaz* (la cursiva es mía. —*V.B.*) contra los blancos en las áreas cuya población sea amistoso-hostil o neutral-hostil". La circular explica que el gas CS en estado pulverizado, como aerosol, conserva su efecto durante 14 días. En túneles y locales "ni la careta antigás protegerá" contra él. Las cámaras de gas se crean con ayuda del CS en condiciones naturales, no se necesitan gastos adicionales para la construcción. ¡La última palabra de la técnica norteamericana!

Un apartado especial se titula *Medios antivegetales*. En otras palabras, defoliantes. Estos polvos se pulverizan desde aviones y helicópteros o a mano. Es "un arma muy eficaz en la guerra contra guerrillas". ¿Para qué se destinan? La circular dice sin ambages: "El empleo militar de medios antivegetales persigue el objetivo de privar al adversario de alimentos y abrigo".

Los documentos publicados en 1983 por la prensa norteamericana demuestran que la com-

pañía Dow Chemical, fabricante del *agent orange,* (reactivo anaranjado), sabía los efectos nocivos, que su empleo producía en la salud, desde mucho antes que esa substancia química fuese empleada en Vietnam. Lo sabía, pero lo ocultaba de la opinión pública. ¿Estaban enteradas de dichos efectos las altas esferas del poder estadounidenses? Suponemos que sí, pero se sabe de una manera cierta lo principal: que el Pentágono adoptó los métodos terroristas de conducción de la guerra precisamente para demostrar que las guerras de liberación nacional no tendrían éxito. Por eso, al no poder imponer su voluntad al pueblo de Vietnam ni con ayuda de las fuerzas punitivas del régimen de Saigón ni con operaciones terroristas tipo "Fenix", efectuadas por la CIA, los círculos gobernantes de EE.UU. autorizaron el genocidio de los vietnamitas.

En el simposio internacional sobre los efectos de la guerra química, celebrado en enero de 1983 en la ciudad de Ho Chi Minh, se leyeron varios informes de científicos norteamericanos, vietnamitas, canadienses, australianos y otros. La síntesis de los datos es la siguiente:

En 1961, el Gobierno de EE.UU. desplegó en Vietnam del Sur una amplia guerra química. Desde 1961 hasta 1971, sobre todo entre 1967 y 1970, el ejército estadounidense realizó en vasta escala la pulverización de substancias químicas denominadas defoliantes; luego, en escala menos amplia, la efectuó el ejército de Saigón hasta 1975.

Los biólogos norteamericanos adujeron las siguientes cifras: se pulverizaron 44.300 metros cúbicos, es decir, 57 millones de kilógramos del *agent orange*. Estas cifras significan que sobre Vietnam del Sur se arrojaron 170 kilógramos de dioxina, substancia tan tóxica, que varias decenas de gramos de ella serían suficientes para exterminar a toda la población de Nueva York o Londres.

Son de dominio público los graves efectos de esta guerra química para la flora. Sin embargo, no es lo más horrible. El profesor vietnamita Ton That Tung prestó atención a la influencia mutagenética que ejerce la dioxina sobre los cromosomas y a sus propiedades cancerígenas y planteó la hipótesis de la conexión entre la guerra química y el aumento en Vietnam del número de personas que enfermaban del cáncer primario del hígado. Entre las personas que vivían en las zonas afectadas se registraron casos de aberración cromosómica. Los efectos ecológicos los estudiaron, en particular, los biólogos norteamericanos Westhing y Pfeiffer. Señalaron que los bruscos cambios en las condiciones de la biocenosis influyen sobre el suelo y los factores climáticos, lo cual, a su vez, produce cambios en la fauna, la flora y las condiciones de vida del hombre. No se puede predecir las consecuencias de esta reacción en cadena.

Las cifras aducidas en la conferencia de Ho Chi Minh hablan por sí mismas. Por ejemplo, en el hospital Tai Min, ubicado en la zona más contagiada con el *agent orange,* el número de niños que nacieron muertos se duplicó en 1964,

cuando la operación de "defoliación" estaba en su momento culminante. Los médicos del hospital infantil en Saigón revelaron que, en ese mismo año, se triplicó el número de niños afectados por la enfermedad de la columna vertebral, que causaba la parálisis. Esos efectos funestos se debían al *agent orange*.

No sólo los vietnamitas fueron afectados por el *agent orange*. A fines de 1981, cerca de 17.000 veteranos norteamericanos, casi 4.000 australianos y más de 1.700 neocelandeses y surcoreanos, que servían en el cuerpo de expedición del Pentágono durante la guerra sucia en Vietnam, formaron una organización, cuyo objetivo era proceder judicialmente contra las compañías productoras de defoliantes. No sólo los mismos soldados antiguos resultaron perjudicados por los defoliantes. Según el dictamen médico, las graves deficiencias físicas de 40.000 niños nacidos después de la guerra son el resultado directo de la contaminación de sus padres por esos tóxicos.[27]

Los gastos del Gobierno de EE.UU. en la elaboración de medios para las guerras química y bacteriológica aumentaron entre 1961 y 1969 de 60 millones hasta 375 millones de dólares anuales. No es casual que esta escalada de gastos en medios para la realización del genocidio coincidiese con la escalada de la guerra en Vietnam.

¿Ha obligado el "síndrome postvietnamita" al Gobierno de EE.UU. a detener esta máquina de muerte química? ¡No, en absoluto! Entre 1978 y 1981, la administración Carter aumentó las asignaciones para los programas en la esfera

de armamentos químicos de 111 millones a 239 millones de dólares. En 1982 se destinaron para estos fines 532 millones y en 1983, 705 millones de dólares. La administración Reagan prevé gastar en los próximos cinco años cerca de seis mil millones de dólares para el programa de armamentos químicos.

Analizando las causas que movieron a Reagan a ampliar en medida tan considerable la producción de armas químicas, los autores de varios libros señalan que éstas encuadran perfectamente en la doctrina de la "guerra limitada", predicada por Washington.

En 1982, el Gobierno de Reagan propuso al Congreso empezar a producir el arma química binaria, es decir el arma compuesta de dos substancias químicas que por separado son inofensivas, pero en conjunto forman un gas mortífero de acción neuro-paralizante. Se recomendó destinar para este fin 54 millones de dólares. En otoño de 1983, el Congreso de EE.UU. aprobó por mayoría de votos la producción del arma química binaria.

La doctrina del Gobierno en lo relativo a las guerras química y bacteriológica se expuso en la directriz sobre la defensa, prevista para cinco años y firmada por el secretario de Defensa, Weinberger. En ella se dice: "La política de EE.UU. estriba en impedir que el adversario sea el primero que use las armas químicas y biológicas contra nuestro país y los aliados y en poner fin al empleo de estas armas bajo condiciones favorables para EE.UU., a un nivel bajo al máximo, en

caso de que el factor de contención no cumpla su papel". La contención, dice más adelante el documento, debe ser lograda "creando un potencial destinado tanto a asestar un adecuado golpe de respuesta al adversario, en caso de que sea el primero en usar el arma química, como a realizar operaciones militares en las áreas contaminadas".[28]

Así "se fundamentó", alegando como siempre a la "amenaza soviética", la escalada ordinaria de los gastos en la producción del arma química de nuevo tipo.

En el Congreso estadounidense todavía proseguían enconados debates acerca de la conveniencia de destinar medios para producir el arma binaria, mientras que ésta ya se fabricaba. Lo demuestran las granadas con el gas neuro-paralizante, con las que EE.UU. armaba a los contrarrevolucionarios afganos. Israel usó la misma arma en el Líbano. En EE.UU. producen el arma química los "monopolios de la muerte" más grandes: Dupont du Nemours, Union Carbide, Dow Chemical, Allied Chemical, American Cianamide y otros.

En el arsenal de los cuerpos punitivos de EE.UU. y de los títeres de Washington, la bomba de balines se hizo uno de los medios más bárbaros de exterminio de la población pacífica. Al explotar en el aire o, en caso de que sea una bomba de tiempo, en la tierra, centenares de balines vuelan a todos lados, acribillando a todo lo vivo. Por lo común, los heridos por esta arma no sobreviven.

Dichas bombas son producidas por la compañía estadounidense Honeywell Inc., que encabezan representantes de la élite gobernante del país y los de grandes consorcios y bancos que se lucran comerciando con la muerte. J. Binger, presidente de la compañía, es miembro de la junta directiva de la corporación bancaria Northwest y miembro de la logia masónica "orden de Caifás". Es un fuerte accionista del consorcio productor de paquetes de bombas el Bankers Trust, de Wall Street, entre cuyos directores se encuentran las grandes figuras del business norteamericano tales como Th. Watson, presidente de la International Business Machine, y un miembro de la junta directiva de la corporación Time, que edita las revistas *Time* y *Newsweek*. A las acusaciones de los norteamericanos honestos de que la firma Honeywell coparticipa en el genocidio, los dirigentes de la corporación responden: "Consideramos que la producción de estas bombas es completamente legítima y se corresponde con la exigencia de ser un buen ciudadano de EE.UU.".

Ser "buen ciudadano estadounidense" significa en el lenguaje de los comerciantes de la muerte no atormentarse con remordimientos, cuando en aras de la prosperidad del imperio del dólar matan a la población pacífica e inocente.

En su libro *Los que se lucran con la guerra en Vietnam,* el economista norteamericano V. Perlo afirma que las principales ocupaciones de las fuerzas aéreas estadounidenses (50.000 hombres) en Vietnam del Sur consistían en des-

truir sistemáticamente desde el aire chozas campesinas y sampanes, exterminar los animales domésticos y las plantas y, por último, a las personas. Las principales ocupaciones de las fuerzas terrestres eran incursionar en las localidades rurales, hacer prisioneros a ciudadanos para torturarlos, ejecutarlos y encarcelarlos, destruir refugios antiaéreos y quemar aldeas enteras. Todo eso se realizaba con el apoyo de altos funcionarios de EE.UU.

Lucrándose con la sangre y los sufrimientos de los pueblos de Indochina, los consorcios estadounidenses, que producen armas para el Pentágono, sólo entre 1964 y 1966 aumentaron sus ganancias de dos a seis veces (en dependencia del valor de los pedidos)[29].

Sin tener inconveniente en hacerse propaganda, 45 businessmen "patriotas" publicaron el 9 de septiembre de 1966 en *The New York Times* un anuncio pagado en el que apoyaban la guerra sucia en Vietnam. Entre los firmantes figuraban representantes de los clanes financiero-industriales más importantes del país: los Rockefeller, los Morgan, los Kuhn, los Loeb, los Mayer y otros. Ellos son quienes gobiernan a Estados Unidos, bendicen y financian los crímenes perpetrados "en nombre del pueblo americano". Actuaron y actúan en estricta consonancia con las "normas morales" del capitalismo, advertidas con gran acierto por Marx en *El Capital;* no hay un crimen que no cometa el capital en aras de la superganancia.[30]

El terrorismo estatal de EE.UU. cuenta también con un amplio sistema de apoyo propagandístico. Las decisiones sobre la desinformación de la opinión pública en cuanto a la auténtica esencia de las acciones terroristas, que realiza el país, se toman en las instancias gubernamentales superiores: en la Casa Blanca y en el marco del Consejo de Seguridad Nacional, al que pertenecen tanto el director de la CIA como el director de la Agencia de Información de EE.UU. (USIA). Esta difunde en todo el mundo documentos falsos proporcionados por la CIA y el aparato propagandístico de la Casa Blanca. Lo hace, en particular, en el marco del proyecto *Verdad,* en correspondencia con el cual las embajadas norteamericanas reciben por teletipo boletines diarios con la versión conveniente a EE.UU. de los acontecimientos en los que están mezclados los terroristas de la CIA y del Pentágono. Colabora en este campo La Voz de América, seccional de la USIA, y las radioemisoras controladas por la CIA: Libertad, Europa Libre, Cuba Libre, Afganistán Libre, Irán Libre, etc. Además de cumplir tareas propagandísticas, estas radioemisoras se emplean para dirigir a los terroristas adiestrados por la CIA, que actúan en los países que no mantienen buenas relaciones con EE.UU.

En su actividad propagandística, la CIA usa ampliamente sus nexos con periodistas y editoriales. Así, desde 1957 hasta 1967, publicó, organizó y financió la edición de más de mil libros. La agencia realiza constantes operaciones para desinformar a la opinión pública, colabo-

rando con 50 periódicos, revistas y compañías de televisión de EE.UU.[31]

Como en el pasado, la mentira se utiliza por los círculos gobernantes estadounidenses con el único fin de ocultar la injerencia no mítica sino real de EE.UU. —que organiza y financia el terrorismo internacional— en los asuntos de las naciones en vías de desarrollo y de los pueblos que luchan.

APOYO EN LA REACCION

En el último período de la presidencia de Carter y desde los primeros días de la administración Reagan se proclamó como principal manifestación del terrorismo internacional no los secuestros de aviones, asesinatos de diplomáticos, políticos y personalidades sociales, ni la captura de rehenes, sino los movimientos de liberación nacional y las acciones de los pueblos contra la política neocolonialista del imperialismo y la reacción interior, comprendidas las acciones contra los regímenes dictatoriales que constituyen el sostén del imperialismo estadounidense en el mundo en vías de desarrollo.

Los organizadores de la nueva campaña sobre "la participación de la URSS en el terrorismo internacional" la han coordinado con la campaña de Carter "en defensa de los derechos humanos". Pero los hechos testimonian que no es la URSS, sino EE.UU. el que apoya en los países en vías de desarrollo a los regímenes que afianzan su dominio valiéndose de métodos terroristas. Además, EE.UU., la mayoría de las veces utilizando a la contrarrevolución local, lucha contra los gobiernos legítimos.

Estados Unidos recurre sin ceremonia a la injerencia en los asuntos de otras naciones, imponiéndoles su modo de vida y de hecho procura lograr el dominio sobre todo el mundo. Esta es la auténtica raíz del mal que afecta al planeta

y que amenaza la existencia misma de la Humanidad. La administración Reagan fue más lejos que los autores de la "doctrina Truman" ("contención del comunismo") y de la "doctrina Dulles" ("rechazo al comunismo"). Puso sus miras en la injerencia total y, en el fondo, en la reestructuración del mapa político del mundo según los nuevos planes de EE.UU. de dominar el mundo.

Actualmente se sabe a grandes rasgos cuáles son estos planes. Sobre ello dan una idea varios documentos aprobados por la administración Reagan como guía de acción para las embajadas estadounidenses, así como algunas directrices del Consejo de Seguridad Nacional, el Departamento de Defensa y la CIA.

En enero de 1983, la prensa india publicó el documento "para uso limitado de servicio", enviado a los embajadores estadounidenses y las seccionales de la CIA en el extranjero. Este fue el resultado de casi cinco meses de trabajo sobre el proyecto de dirección de las operaciones políticas y secretas que las instituciones gubernamentales de EE.UU. realizan dentro y fuera del país. El proyecto se aprobó a fines de 1981 como una guía de acción. Según el diario indio *Patriot,* la autora de este documento fue Jean Kirkpatrick, representante permanente de EE.UU. ante la ONU y una de los principales ideólogos de la "cruzada" de Reagan contra los países en vías de desarrollo que aplican una política independiente y no desean someterse a la imposición estadounidense.

En el documento se dice: "EE.UU. debe establecer la dominación política sobre las zonas estratégicas clave como son el Caribe, el Mediterráneo, Africa del Sur, los Océanos Indico y Pacífico, incluyendo el golfo Pérsico y el mar Rojo, y también sobre las regiones productoras de materias primas esenciales".[1]

¿Cómo lograr estos fines? El documento señala que "para ello deben realizarse acciones múltiples, incluidas operaciones especiales para apoderarse de las fuentes de materias primas esenciales en caso de presión externa o interna que cree la amenaza del cese de su producción o suministro. Por eso, debe ser asegurada la presencia militar permanente en tales áreas".[2] Se señala la necesidad para Estados Unidos de influir de manera decisiva en las "regiones del tercer mundo, donde los gobiernos aplican una política antiamericana abierta o encubierta". ¿Dónde concretamente? Entre los objetos de las operaciones subversivas estadounidenses figuran 12 países que "deben ser aislados o azuzados unos contra otros": India, Cuba, Nicaragua, Vietnam, Irán, Libia, Yemen del Sur, Etiopía, Angola, Mozambique, Argelia y Madagascar.

Con el objeto de "aislar y contener" a estos países, el documento recomienda conseguir el apoyo de los "países amigos" tales como Egipto, la República Sudafricana, Zaire, Marruecos, Kenia, Arabia Saudita, Pakistán y las naciones miembros de la ASEAN.[3] Según el "documento de Kirkpatrick", a las "fuerzas de despliegue rápido" les corresponde un papel especial en la rea-

lización de este complot global de Washington contra los países de orientación socialista y otros Estados que forman parte del movimiento de los no alineados.

En el documento de Kirkpatrick se formulan abiertamente las tareas de tales fuerzas: ". . .las fuerzas de despliegue rápido deben tomar las medidas inmediatas en caso de que se establezca el embargo sobre el suministro de petróleo, se produzcan rebeliones o revoluciones en los países productores de esa materia prima o surjan conflictos entre ellos, lo cual puede afectar los suministros a EE.UU. y a sus aliados". Por lo tanto, se recomienda seguir incrementando la presencia militar estadounidense en el Océano Indico, utilizar las unidades de las "fuerzas de despliegue rápido" para la intervención militar directa en los asuntos internos de los Estados de la región del Océano Indico. Un papel activo le corresponde a la CIA que debe "provocar rebeliones" que sirvan de motivo para enviar tropas norteamericanas al país objeto de intervención. De otra parte "se autoriza" a esa agencia para recurrir más a menudo a los métodos terroristas. "El Presidente de EE.UU. —dice el documento— estima necesario restaurar la confianza en los servicios de inteligencia. Recomienda dar un enfoque audaz y activo a los fines de los servicios de inteligencia y a la realización de operaciones especiales, sobre todo en el tercer mundo".[4] El documento sobrentiende por operaciones especiales la eliminación física de políticos inconvenientes, la instigación a conflictos armados locales y la organización de conflictos étnicos, religiosos y raciales, el sabotaje económico y los golpes políticos.

Al hacerse público este documento, en EE.UU. se apresuraron a desmentirlo, y como respuesta, la prensa india reprodujo la fotocopia. Se tuvo que retirar la mentís, tanto más cuando Casey, director de la CIA, confirmó que el "documento de Kirkpatrick" es la guía de acción para el servicio de inteligencia y la diplomacia estadounidenses.

A comienzos de marzo de 1983, en un encuentro de oficiales retirados de las fuerzas armadas estadounidenses, al que asistieron también veteranos de la CIA, Casey dijo que la agencia intensificó su labor en los países clave, a los que amenazaba la inestabilidad económica y política. Entre otros, mencionó a Egipto, Arabia Saudita, Pakistán y México, afirmando además, que en el último tiempo aumentó considerablemente el número de los colaboradores de la CIA en estos países. Según datos de *The New York Times Magazine,* la CIA cuenta con una "lista negra" sui generis de los países adonde están orientados los esfuerzos de los agentes de los servicios especiales estadounidenses. Entre ellos figuran prácticamente todos los países socialistas, en primer lugar la Unión Soviética, así como las principales regiones de América Central y del Sur, el Oriente Próximo y Asia.

Así pues, la actual administración de EE.UU. prepara el advenimiento del "siglo americano" poco menos que para toda la Hu-

manidad, lo cual fue proclamado en voz alta desde antes que Reagan llegara al poder.

En el documento *Nueva política interamericana para los años 80,* redactado por el "Comité de Santa Fe" que preparó para Reagan el programa electoral en cuanto a política exterior, se decía: "En los asuntos internacionales, la norma determinante (para EE.UU. —*V.B.*) no es la paz, sino la guerra... Para EE.UU. es imposible el aislacionismo... Contener a la URSS es una medida insuficiente... La distensión ha muerto... Para sobrevivir, Estados Unidos debe aplicar una política exterior nueva y o bien tomar la iniciativa o bien perecer... Estamos casi en el umbral de la tercera guerra mundial. O *Pax Soviética* o *Pax Americana*".

La puesta en práctica de las recomendaciones del "Comité de Santa Fe" tendría consecuencias particularmente peligrosas para América Latina. Bajo la cobertura de las frases sobre la unidad del Hemisferio Occidental, todo el continente se proclama esfera inmemorial y muy importante de influencia estadounidense. Quienes manifiesten desacuerdo con semejantes recomendaciones y se opongan al expansionismo de EE.UU., serán estigmatizados de inmediato como terroristas que deben ser exterminados.

Los únicos amigos de Washington en América Latina son los regímenes dictatoriales, por lo cual el "Comité de Santa Fe" aconseja con insistencia apoyarlos por todos los medios posibles: militares, políticos y otros.

Las acciones de EE.UU. en América Latina

y en otras regiones del mundo en vías de desarrollo atestiguan que la represión salvaje contra las "fuerzas subversivas", —en otras palabras, contra los movimientos de liberación nacional—, pasó a ser principio de su política exterior.

El primero en visitar a Reagan, al posesionarse éste como Presidente, fue Chon Du Hwan, sangriento dictador de Corea del Sur. Le siguió Zia-ul-Haq, Presidente de Pakistán, cuyo régimen es acusado incluso por el Departamento de Estado norteamericano de infringir en masa los derechos humanos. Visitaron EE.UU. altos militares de la República Sudafricana. Emisarios de la Casa Blanca estuvieron en Chile y Haití y expresaron reiteradas veces sentimientos de amistad a los cabecillas de la junta salvadoreña. Hoy, en Washington no ocultan, sino, por el contrario, hacen ostentación de los vínculos con verdugos y asesinos.

El apoyo que se presta a las juntas fascistas caracteriza, a su manera, la esterilidad de las tentativas del imperialismo estadounidense de obligar a los pueblos latinoamericanos a aceptar voluntariamente la democracia a la norteamericana. No es la primera vez que la burguesía mundial utiliza el fascismo, como forma extrema de anticomunismo, para reprimir amplios movimientos democráticos. Ni es la primera vez que la burguesía reaccionaria, que engendra el fascismo, cierra los ojos ante el hecho de que los fascistas, en la lucha contra sus adversarios, recurren en primer lugar al terrorismo.

La política de los herederos ideológicos de Hitler en nuestros días arranca de la misma tarea máxima: dominar el mundo, acabando con todos los heterodoxos. Permiten afirmarlo las acciones de los regímenes profascistas, en extremo reaccionarios, que existen en varios países de América Latina y Asia. El ejemplo más monstruoso es Guatemala. El destino de este país muestra cuán horribles son las tragedias humanas a que conduce el anticomunismo de Washington que no desprecia los métodos terroristas.

DIRECTORES DE ESCENA DE LA TRAGEDIA DE GUATEMALA

En el verano de 1954, la CIA organizó un golpe de Estado en Guatemala, que derrocó al Gobierno del coronel J. Arbenz. El programa de transformaciones democráticas, cuyo cumplimiento apenas había empezado Arbenz, provocó un gran descontento en Washington. El "coronel rojo", como lo llamaron en la CIA y el Departamento de Estado de EE.UU., se atrevió a atentar contra el sanctasanctórum de la sociedad burguesa: la propiedad privada. Nacionalizó, por una pequeña compensación, las plantaciones sin cultivar pertenecientes al "pulpo bananero" estadounidense United Fruit y las entregó a los indios carentes de tierra. Esto fue suficiente para que la Casa Blanca calificase de "comunista" a Arbenz. A instancias de J. Dulles, en la orden del día de la X Conferencia Interamericana (Caracas, 1954) se incluyó un punto sobre la "amenaza comunista"

al Hemisferio Occidental. La resolución de la Conferencia, —que prohibía a los comunistas el acceso al poder en América Latina—, constituyó la base de otra doctrina anticomunista, la de Caracas, elaborada en estricta correspondencia con los dogmas del maccarthismo, doctrina que sirvió de fundamentación política e ideológica para la intervención norteamericana, sin la cual habría sido inconcebible el derrocamiento de Arbenz.

En 1979, el conocido político estadounidense S. Schlesinger publicó en la revista *Nation* un artículo incluyendo documentos del Departamento de Estado, los cuales testimoniaban que el golpe en Guatemala fue proyectado al más alto nivel y se realizó en estrecho contacto con la United Fruit y la CIA bajo la dirección de J. Dulles, Secretario de Estado, y A. Dulles, jefe de la CIA. El Presidente Eisenhower sancionó personalmente el golpe.

Eisenhower movilizó a todos los embajadores de EE.UU. en los países del Caribe, solicitó a la CIA que buscase un buen jefe para la intervención y llamó a adherirse al asedio de Guatemala a todos los dictadores de la región, comprendidos Trujillo de la República Dominicana, Batista de Cuba, Somoza de Nicaragua, Jiménez de Venezuela y los "caudillos" locales de Honduras y El Salvador.

En diciembre de 1953, el embajador Peurifoy, designado por el Departamento de Estado en octubre del mismo año para las negociaciones con Arbenz, envió al Secretario de Estado, J. Dulles, un telegrama en el cual decía que, tomando

en consideración la insuficiencia de las medidas diplomáticas normales para resolver la situación, EE.UU. no tenía más remedio que emprender los pasos para impedir la existencia del régimen de Arbenz en Guatemala.

Los agentes de la CIA eligieron a Castillo Armas para el papel de dictador. En 1950, por participar en una conspiración antigubernamental, fue condenado al fusilamiento, pero se fugó. El fue quien encabezó la irrupción en junio de 1954, realizada por la CIA desde el territorio de Honduras. El representante de la URSS en el Consejo de Seguridad de la ONU denunció de inmediato la intervención como complot de EE.UU. y exigió enviar a Guatemala las fuerzas de la ONU para mantener la paz. Francia y Gran Bretaña decidieron al comienzo apoyar las propuestas soviéticas, pero luego, presionadas por EE.UU., cambiaron su posición.

Mientras tanto, los aviones F-47, pilotados por mercenarios norteamericanos, bombardeaban sin dificultades a Guatemala. (Arbenz no disponía de fuerzas aéreas capaces de combatir.) Como asevera T. McCann en su libro *Una compañía americana*, dedicado a la United Fruit, los aviones de la CIA lanzaban sobre territorio guatemalteco armas soviéticas en paracaídas para que más tarde los norteamericanos pudiesen afirmar que la Unión Soviética suministraba armas a Arbenz, intentando crear en ese país una plaza de armas. Los agentes de la CIA realizaban actos subversivos en los ferrocarriles y hacían explotar buques. Sin poseer medios necesarios para repeler la agresión, Arbenz abandonó el país.

Era lo que esperaba Dulles. Apenas Armas subió a la presidencia, el Secretario de Estado norteamericano exigió a Peurifoy que lo "obligara a limpiar el país de comunistas", fabricando contra ellos acusaciones criminales.

Armas entregó a los tribunales a centenares de guatemaltecos acusados de cometer "crímenes comunistas" de diverso género, formulados en forma muy vaga. Anuló la ley de reforma agraria, devolvió a la United Fruit las tierras expropiadas y estableció un sangriento régimen dictatorial, en el que EE.UU. "podían confiar del todo".

La usurpación del poder por el coronel Castillo Armas con ayuda de la CIA —escribe Schlesinger— tuvo inmensas consecuencias de largo alcance para los mismos Estados Unidos. En las mentes de los latinoamericanos, esta operación no dejó huella de la "política de buen vecino", proclamada por Roosevelt, y confirmó inequívocamente que ese país se adjudicó el "derecho" de intervenir en cualquier punto del Hemisferio Occidental.

La historia posterior de Guatemala es una serie de golpes, elecciones falsificadas y asesinatos políticos.

En 1963, la CIA, con el apoyo de empresarios guatemaltecos y la United Fruit, derribó el Gobierno de Y. Fuentes, cuyas acciones contra los guerrilleros, que intensificaron su actividad en el país, fueron consideradas "insuficientes". El coronel Azurdía, que llegó al poder, también fue

destituido porque la CIA estaba descontenta con su "nacionalismo": trató de vencer a los rebeldes sin ayuda de asesores norteamericanos y redujo mucho el número de oficiales guatemaltecos que recibían instrucción militar en EE.UU. Azurdía fue retirado en "elecciones" ordinarias.

En 1978 fue puesto en el poder L. García. Durante su gobierno adquirieron particular notoriedad los "escuadrones de la muerte", integrados por militares y policías y dirigidos por el propio presidente. Las víctimas eran elegidas por el ministro del Interior, un grupo de generales de mayor influencia y el jefe de la policía nacional. Algunos "empresarios privados" ayudaban a financiar a los "escuadrones de la muerte" y a confeccionar listas de personas que debían ser exterminadas.

En enero de 1981, el comité de empresarios, los partidos políticos y el ejército de Guatemala celebraron con mucha pompa la llegada al poder del Presidente Reagan, a quien algunos hombres de negocios guatemaltecos dispensaron apoyo financiero en el curso de la campaña electoral. En aquel tiempo, por una parte, se reforzaban las acciones populares y guerrilleras, y por la otra, se endurecían las represiones y aumentaba el aislamiento del régimen guatemalteco en el ámbito internacional. A pesar de que la prensa de EE.UU. informaba de las atrocidades del régimen de García, la administración Reagan, eludiendo con ayuda de distintos subterfugios el veto del Congreso, continuó suministrando camiones, jeeps y helicópteros civiles a las fuerzas armadas de Guatemala, que los utilizaban en la lucha contra los guerrilleros.

F. Cramer, ex vicepresidente de Guatemala, señaló que sus antiguos colegas recibieron garantías de los funcionarios de Reagan de que ni la Casa Blanca ni el Departamento de Estado pondrían obstáculos a los "escuadrones de la muerte". La revista cubana *Bohemia* escribió sobre el particular que los funcionarios de Reagan "saben que existen los escuadrones de la muerte y de la responsabilidad del régimen en su práctica genocida, pero no harán nada por evitar que continúen masacrando al pueblo y, en cambio, los apoyarán".[5] En Washington no lo ocultaban. Por el contrario, hacían alarde con ello. Un funcionario de la nueva administración dijo francamente: "¿Por qué nos vamos a preocupar de los 'escuadrones de la muerte'? Están eliminando a los comunistas, nuestros enemigos. Yo les daría más poder. Al diablo. Si yo pudiera, me armaría, y el resto así lo haría también. . . ¿Por qué criticarlos? Yo apoyo por completo a los 'escuadrones de la muerte' ".[6]

Mientras tanto, la situación del régimen seguía empeorando. Los militares no podían controlar a los guerrilleros, que en 1981 actuaban en 19 de los 22 departamentos del país.

En marzo de 1982, en Guatemala se celebraron nuevas "elecciones", falsificadas como todas las anteriores. No habían transcurrido tres semanas cuando el palacio presidencial fue rodeado de tanques y entró en él R. Montt, nuevo presidente impostor. Como escribiera la prensa occidental, le lle-

varon al poder los conspiradores respaldados por la CIA. Por una parte, Washington quiso retirar al dictador demasiado odioso, cuyo nombre estaba vinculado con los "escuadrones de la muerte" y las maquinaciones en las elecciones, y por la otra, se necesitaba un hombre con reputación de "anticomunista religioso" que pudiese, sin recordar a menudo el precepto de "¡No matarás!", acabar rápidamente con el movimiento guerrillero, apoyándose en el ejército. Montt, que recibió preparación en EE.UU. para la lucha contra guerrillas, no fue elegido por casualidad. La prensa estadounidense insinuaba que su "padrino" fue el general V. Walters, antiguo subdirector de la CIA, que visitó Guatemala en mayo de 1981.

Varios hechos testimonian que el golpe fue preparado por EE.UU. Los oficiales norteamericanos lo sabían desde enero. En aquel entonces, el director del periódico guatemalteco *La Nación* informó sobre el papel de "una potencia extranjera" que encabezaría toda la operación, y supuso que se efectuaría una irrupción directa de las fuerzas de la "comunidad democrática centroamericana". Pocos días después, el autor de estas declaraciones, a las que casi no se prestó atención, fue muerto por personas no identificadas.

Así pues, el golpe se preparaba durante varios meses, y EE.UU. lo sabía.

En julio de 1982, la prensa estadounidense informaba sobre el recrudecimiento de la masacre en Guatemala. Un grupo de congresistas norteamericanos, que visitaron Guatemala, declaró que en la capital se registraban menos casos de violencia, pero en otras zonas del país continuaban asesinatos en masa de personas civiles por militares.

Según datos de la revista norteamericana *Inquiry,* las tropas punitivas guatemaltecas, bajo la dirección de instructores estadounidenses, intensificaron las "operaciones de ofensiva", en el curso de las cuales se exterminaba cada mes de 400 a 500 habitantes pacíficos. La revista escribió que las infracciones de los derechos humanos se medían por las sangrientas matanzas en las aldeas: muchas decenas de casos cada mes. Un sacerdote guatemalteco dijo al corresponsal que el ejército mataba a todos sin excepción. Esto puede calificarse de genocidio, pues se proponía liquidar a todo ser vivo.

Miles de guatemaltecos, en su mayoría indígenas, salvándose de las tropas punitivas, huyeron a México.

Los refugiados guatemaltecos comunicaron a los corresponsales que los soldados del ejército gubernamental ametrallaban a las personas, las mataban con granadas, quemaban los cultivos y las casas y se ensañaban cruelmente con quienes se consideraban partidarios de los guerrilleros.

En diciembre de 1982, el abogado norteamericano S. Kass y el profesor R. Goldman, especialista en Derecho Internacional, aplicaron una encuesta a muchos de estos desdichados. He aquí un cuadro de la guerra terrorista contra el pueblo guatemalteco, que se esbozaba en el curso de estas terribles entrevistas. "Nos decían una y otra vez —escribían Kass y Goldman— que los soldados vestidos de uniforme, al entrar en una aldea, reunían a los hombres y a las mujeres y los fusi-

laban. No gastaban balas para niños. Los tomaban por los pies y les rompían cabeza contra una pared. O les ponían un dogal al cuello y tiraban hasta que morían. Oímos también que a los niños los lanzaban al aire y los recibían con las bayonetas. Estos fueron los relatos de mujeres, hombres, ancianos y niños en distintos campamentos de refugiados. Es difícil creer que semejante masacre tenga lugar, pero es realidad".[7]

La tragedia de Guatemala es consecuencia directa de la política de EE.UU. en ese país, que los monopolios norteamericanos no quieren perder, por lo cual estimulan a los sanguinarios dictadores a cometer cualesquiera crímenes, incluso los más monstruosos. El Pentágono también tiene sus intereses especiales en Guatemala. La *Inquiry* escribió que, junto con Vietnam, Guatemala fue un polígono para la preparación antirrebelde y para probar las teorías estadounidenses correspondientes. En los años 60, los "boinas verdes" del ejército de EE.UU. actuaban aquí, sin que este hecho fuera conocido por la opinión pública norteamericana. Completaban grandes suministros de armas y programas de la Agencia para el Desarrollo Internacional, orientados a crear la infraestructura de los medios de comunicación y transporte para apoyar a la actividad militar. En Guatemala se preparaba también a los mercenarios de la CIA de entre los "gusanos" cubanos y "contras" nicaragüenses.

La experiencia de Guatemala se utilizó más tarde en Vietnam, Campuchea y Laos. Está extendida prácticamente a todos los países latinoamericanos, cuyos pueblos luchan contra los regímenes tiránicos y contra Estados Unidos que los apoyan.

CHILE, VICTIMA DE UNA CONSPIRACION DE LOS MONOPOLIOS NORTEAMERICANOS Y LA CIA

El fascismo chileno se inició en 1973 al derrocar, mediante un golpe terrorista, al Gobierno de la Unidad Popular legítimamente elegido, encabezado por Salvador Allende. Hoy, continúa gobernando valiéndose del terror, y so pretexto de ... la "lucha contra el terrorismo" utiliza activamente a los terroristas para liquidar a sus adversarios políticos refugiados en el extranjero. 30.000 muertos y 2.000 desaparecidos es el saldo de los 10 años del gobierno de Pinochet.

Por memorias de miembros de administraciones republicanas precedentes, comprendida la de Nixon, se sabe que el golpe fascista en Chile, en el cual tanto la Casa Blanca como el Departamento de Estado afirmaban no haber participado, se preparó minuciosamente y se efectuó con arreglo al proyecto elaborado junto con la CIA y con la participación personal de muchos políticos de EE.UU., comprendido H. Kissinger, a la sazón Secretario de Estado de ese país.

En 1983, en EE.UU. fue publicado el libro de S. Hersch *El precio del poder: Kissinger en la Casa Blanca de Nixon*. En él se dice que Kissinger y Nixon estaban vinculados con el derrocamiento y asesinato de Salvador Allende, Presiden-

te de Chile, en 1973, y figuran numerosos hechos que vierten luz sobre la historia de la injerencia estadounidense en ese país. Hacia mediados de los años 60, la CIA penetró en todos los eslabones de la estructura sociopolítica del país y estimulaba el desarrollo de los acontecimientos internos en una dirección favorable para EE.UU. La actividad de la CIA estaba encaminada, en primer lugar, a la defensa de los intereses de los consorcios trasnacionales estadounidenses. El 80% de la extracción de cobre en Chile, que ocupa el primer lugar en el mundo por las reservas de este metal, se concentraba en manos de grandes consorcios controlados en su mayor parte por firmas norteamericanas, ante todo, por Anaconda y Kennecott Copper. Sus ganancias eran gigantescas: en los años 60, por ejemplo, Anaconda obtuvo un ingreso de 500 millones de dólares, proveniente de sus inversiones en Chile, las cuales equivalían, según la apreciación de esa compañía, a 300 millones de dólares.

El capital monopolista de EE.UU. veía el mayor peligro para sus intereses en la posibilidad del ascenso al poder de S. Allende, líder del Partido Socialista, que abogaba por realizar la reforma agraria, nacionalizar las principales ramas de la industria, redistribuir la renta nacional a favor de los trabajadores y, en la esfera de la política exterior, por desarrollar las relaciones con los países socialistas. Los programas que presentó Allende en el curso de las campañas electorales de 1958 y 1964 preveían transformaciones socioeconómicas para acabar con la pobreza del pueblo

y con la dependencia del país del capital extranjero.

La influencia de EE.UU. sobre el resultado de las elecciones de 1964 fue mayor de lo que se esperaba. Entre 1963 y 1964, transfirió a Chile para apoyar a E. Frei —candidato presidencial que representaba el Partido Demócrata-Cristiano pronorteamericano— no menos de 20 millones de dólares (gran parte fue concedida a través de la Agencia para el Desarrollo Internacional). La victoria de Frei fue comprada gracias a millones de dólares provenientes de los fondos de esta agencia y de la CIA. Además, Frei recibió una ayuda secreta de los consorcios norteamericanos, que constituían el "grupo empresarial para América Latina". Este fue creado a comienzos de 1963 por J. Rockefeller a solicitud especial del Presidente Kennedy con el objeto de luchar contra F. Castro y contra la "propagación del comunismo" en América Latina. El enlace principal de la CIA en Chile fue la organización de A. Edwards, propietario del trust periodístico conservador El Mercurio, quien encabezó la oposición a Allende y luchó contra las fuerzas de izquierda en el país.

Durante el gobierno de Frei, la CIA siguió teniendo las manos libres para actuar en todo el país y se ocupó, en lo fundamental, del aplastamiento de la actividad de las fuerzas políticas que no convenían a EE.UU. Según el informe de la comisión senatorial para el servicio de inteligencia (1975), entre 1964 y 1969, la CIA efectuó en Chile 20 operaciones, como mínimo. La mayoría

BIBLIOTECA-FESSC

de ellas tenía por objetivo coadyuvar a la elección de candidatos moderados y conservadores al Congreso.[8] A fines de los años 60, las relaciones entre la CIA y el gobierno de Frei pasaron a ser bastante tensas. El jefe de la sección de la CIA en Chile, G. Heckshare, consideraba que Frei y su partido se habían inclinado hacia la izquierda en grado peligroso: en 1969, el presidente restableció relaciones comerciales con Cuba. Como respuesta, Nixon dispuso que se redujera la ayuda a Chile. Entonces, el mismo año, Frei anuló la proyectada visita de N. Rockefeller a Chile. Este hecho fue considerado en Estados Unidos como un reto.

Poco tiempo después de que Kissinger entrara a formar parte del Gobierno de Nixon, tomó por completo bajo su control a los órganos de inteligencia. El instrumento que utilizó para ello fue el "comité-40", integrado por los más altos funcionarios de la administración norteamericana. Los datos de una parte de los archivos del "comité-40", entregada por la CIA a los distintos grupos de instrucción, testimonian que las próximas elecciones en Chile se discutieron cuatro veces, como mínimo, entre el abril de 1969 y el septiembre de 1970. En abril de 1969, la agencia advirtió que la amplia campaña para influir sobre las elecciones de 1970 no tendría éxito mientras su sección en Santiago no empezara a reclutar agentes en los distintos partidos políticos. En la primavera y el verano de 1970, el "comité-40" proporcionó muchos millones de dólares para hacer propaganda contra Allende. Kissinger, que fue por entonces el presidente oficial del "comité", proclamó que éste apoyaba los programas orientados contra Allende.

Junto con la CIA actuó enérgicamente contra Allende la firma ITT que aportó subrepticiamente a la campaña electoral de Alessandri, rival de Allende, cerca de 350 mil dólares. Sólo en 1976, la comisión del senado para servicios de inteligencia descubrió este hecho.

Sin embargo, el dinero norteamericano no ayudó. En septiembre, Allende venció en las elecciones en Chile. Ese resultado fue un duro golpe para Nixon y Kissinger.

El 15 de septiembre, en una reunión convocada por Nixon se debatió la "variante doble", como se denominó más tarde en la CIA. La primera variante preveía organizar acciones propagandísticas y políticas contra Allende, mientras que la segunda incluía las medidas que debían incitar a los militares chilenos a organizar el golpe. En ello, la CIA tenía que prestarles apoyo directo. De hecho, se trataba de un golpe norteamericano, encomendado a la reacción chilena.

El 17 de octubre, la sección de la CIA, con sede en Santiago, entregó a sus agentes en Chile, fanáticos de derecha, tres ametralladoras, seis granadas con gas lacrimógeno y 500 cartuchos para secuestrar al general R. Schneider, comandante en jefe del ejército chileno y adepto inquebrantable de la Constitución. El 22 de octubre, Schneider fue gravemente herido y falleció tres días después.

A fines de 1971, los agentes de la CIA entra-

ban en contacto casi a diario con los militares chilenos, informando a Washington sobre la preparación del golpe. Además, la sección de la CIA en Santiago recogía la información que necesitaría la dictadura militar en los primeros días posteriores al golpe: listas de personas que debían ser arrestadas y relación de objetos gubernamentales que tenían que ser ocupados de inmediato. Más tarde, Pinochet utilizó estas "listas negras" para ejercer represalias en masa. Así se confirma la participación directa de EE.UU. en el terrorismo fascista en Chile.

Las razones morales tampoco detuvieron a los terroristas de la CIA en los tiempos de Carter, "defensor de los derechos humanos". Después de 1973, la CIA también estaba mezclada directamente en el asesinato de muchos patriotas chilenos, entre ellos O. Letelier, ex embajador del Gobierno de la Unidad Popular en EE.UU., quien pereció como resultado de la explosión de una bomba, colocada por terroristas de Langley, en pleno día y en el centro mismo de Washington.

Aún menos se ha recordado de la moral durante la administración Reagan. Diarios germanoccidentales escribieron sobre lo que guiaba al jefe de la administración republicana en sus acciones en política exterior, particularmente, en América Latina. Los presidentes estadounidenses Roosevelt, Taft y Coolidge se distinguían por una sensatez verdaderamente asombrosa en sus juicios, al formular la tesis de que la intervención militar se realizaba en casos de que "surja la amenaza para el capital de los aplicados ciudadanos

americanos". En cuanto a Reagan, es portavoz de los intereses de los medios que durante este siglo han recurrido unas 40 veces a la intervención militar en América Latina.

En agosto de 1981 llegó a Chile, en visita oficial, J. Kirkpatrick, emisaria de Reagan. La prensa estadounidense calificó esta visita de primera bendición oficial de la junta chilena por Estados Unidos. Kirkpatrick, mencionando a la ligera "algunos abusos" cometidos en Chile en el pasado, elogió al gobierno por la "democratización" del régimen y por su firme adhesión al anticomunismo.

Huelga decir que la representante estadounidense sabía que en Chile continúan funcionando decenas de campos de concentración, que hasta la fecha la policía secreta chilena tortura a los arrestados y que la gestapo de Pinochet organizó un "escuadrón de la muerte", el cual, conjuntamente con los servicios especiales uruguayos y paraguayos, persigue a los patriotas chilenos en el extranjero. Sin embargo, guiándose por los "intereses nacionales" de su país, se abstuvo de hacer cualquier crítica. Precisamente así, alegándo esos intereses, explica Washington su connivencia con el terrorismo de las juntas latinoamericanas. Valiéndose de esa connivencia, las autoridades chilenas proclamaron que los asesinos de O. Letelier, cuya entrega exigió formalmente EE.UU., habían sido absueltos. Kirkpatrick presentó una "rotunda protesta", pero los cabecillas de la junta chilena y otros regímenes dictatoriales conocen bien el precio de tales protestas, por lo cual si-

guen exterminando sin temor a quienes no son de su agrado.

HERENCIA DE LA "DOCTRINA DE CARACAS"

La realización de la "doctrina de Caracas", promovida por Dulles, ocasionó innumerables tragedias en varios países latinoamericanos: golpes de Estado, arrestos, torturas y asesinatos de patriotas, desapariciones sin dejar huella de personalidades políticas y públicas, adversarias a los regímenes establecidos con ayuda de la CIA. Dichas tragedias pasaron a ser una horrible realidad diaria para los pueblos de estos países.

En Estados Unidos se atribuye una importancia cada vez mayor a la misión de la CIA como conductora de su política exterior encaminada a dominar el mundo.

Son muy significativas las zonas geográficas donde realizan sus acciones los terroristas y conspiradores de Langley y es también significativa la orientación de éstas. Incluso un conocimiento superficial del expediente latinoamericano de la CIA aporta innumerables datos:

— En los años 50, intentó derribar al Gobierno del Presidente J. Figueres en Costa Rica.

— A partir de comienzos de 1961, realizó en el Ecuador operaciones para derrocar al Gobierno de V. Ibarra, cuando éste se negó a romper relaciones diplomáticas con Cuba. Ibarra fue derrocado en noviembre de 1961. Su sucesor, C. Arosemena, al poco tiempo también provocó

el descontento de Washington y su Gobierno cayó en julio de 1963 en virtud de las acciones de la CIA encaminadas a desestabilizar la situación en el país.

— En Guayana, financió huelgas y motines, que condujeron al derrocamiento en 1965 del Gobierno del Partido Progresista Popular, encabezado por Ch. Jagan.

— El golpe militar, inspirado por la CIA en 1964 en Brasil, ocasionó la caída del Presidente J. Goulart, "culpable" ante Washington de la nacionalización de las filiales del consorcio norteamericano ITT y de mantener contactos con Cuba. A consecuencia del golpe se estableció en el país una dictadura militar.

— A mediados de los años 60, la CIA se incorporó del modo más enérgico a las operaciones antiguerrillas en América Latina. Los funcionarios de sección de operaciones especiales preparaban tropas gubernamentales para las expediciones punitivas contra los rebeldes en el Perú. En estas expediciones participaron también unidades de "boinas verdes".

— A comienzos de abril de 1965, envió un grupo de saboteadores a la República Dominicana, donde las fuerzas guerrilleras, encabezadas por el coronel F. Deño, sostenían combates contra el ejército gubernamental, alcanzando algunos éxitos. La tarea de los saboteadores consistía en eliminar a Deño, haciendo explotar la casa, donde se proponía celebrar una reunión con los jefes de los destacamentos guerrilleros. Esta operación de la CIA fracasó y, como se sabe, a fines de

abril, el Presidente Johnson envió a la República Dominicana unidades de la infantería de marina, que derrotaron a los destacamentos de patriotas.

— En Bolivia, la CIA aplicó en los años 60, conjuntamente con el servicio de inteligencia y las unidades especiales del Pentágono, un vasto programa de preparación de unidades punitivas para luchar contra los guerrilleros. En los alrededores de La Paz fue instalado un campamento donde se entrenaron unos 600 bolivianos. A fines de 1967, las unidades de "boinas verdes" del octavo grupo de las fuerzas especiales del Pentágono, emplazado en Panamá, fueron trasladadas a Bolivia para apresar al Che Guevara. Se encontró la pista de su destacamento en las montañas al este de La Paz. Dichas unidades integraban un grupo operativo especial, formado para liquidar el destacamento del Che. A la cabeza del grupo estaba el general de brigada W. Scare, jefe del servicio de inteligencia del mando estadounidense en la zona del Canal de Panamá. La pista del destacamento del Che Guevara fue seguida directamente por Colehan, jefe de los agentes de la CIA en Bolivia, Arana, jefe del servicio de inteligencia de Bolivia, y contrarrevolucionarios cubanos, agentes de la CIA. Shelton, comandante de la CIA, dirigió el destacamento unificado de "boinas verdes" y "rangers" bolivianos, que apresaron al Che Guevara en octubre de 1967 y luego le dieron muerte sin que se le hubiera seguido ningún juicio penal.

Como vemos, la "doctrina de Caracas", que

pasó a ser una de las "fundamentaciones" de estos sangrientos crímenes, no ha sido archivada. Durante la presidencia de Reagan se elaboraron los planes para "desestabilizar", es decir, derrocar a los gobiernos de Granada, Surinam y Nicaragua, sin hablar de las nuevas conspiraciones contra Cuba.

Comentando el discurso pronunciado por Reagan el 24 de febrero de 1982 en la sede de la Organización de Estados Americanos, en el que expuso un nuevo programa de "ayuda" a los países miembros de la OEA, el diario cubano *Granma* dijo: "No hay en ese programa la más leve alusión a la necesidad de un cambio de las degradantes e insoportables estructuras semifeudales que imperan en varios países centroamericanos. No hay siquiera un tímido reconocimiento de las espantosas condiciones de hambre, analfabetismo, insalubridad, atraso y miseria de los pueblos del área. Mucho menos existe una sola palabra de reprobación a las sanguinarias tiranías que siembran el terror en estas tierras, y sí un expreso respaldo a ellas, incluyéndolas en el grupo de 'gobiernos amigos' que deben ser apoyados y ayudados sin reservas. Con espíritu patriotero imperial, lo único que el señor Reagan acierta a decir es que 'la región del Caribe constituye una arteria vital, estratégica y comercial para Estados Unidos'. ¡Vaya filosofía!"[9]

EE.UU., cegado por el afán de hacer retroceder el proceso histórico con ayuda de una "cruzada" contrarrevolucionaria y anticomunista, interviene como aliado de las fuerzas más reaccionarias

en cualquier punto del mundo. No quiere resignarse con que la Revolución cubana es irreversible, ni ver que los cambios en Nicaragua se deben a la aspiración de su pueblo a la verdadera independencia y la justicia social, y esa misma aspiración es fuerza motriz de la insurrección general del pueblo de El Salvador y de la lucha cada vez más enérgica de las fuerzas patrióticas de Guatemala.

La prensa estadounidense informó que, por decisión de la administración Reagan, entre 1981 y 1983 Estados Unidos creó una amplia red para recoger datos de espionaje en América Central. En el marco de este sistema se introducían agentes en Nicaragua y en otros países del área, así como en Cuba. Se utilizaron activamente los medios modernos de espionaje, entre ellos satélites y aviones de reconocimiento dotados con los últimos logros de la técnica. Como escribiera *The New York Times,* con ayuda del sistema de espionaje estadounidense, existente en esta región, la CIA y el Pentágono proporcionan datos valiosos a los estrategas políticos de Washington, en particular, información muy detallada sobre los planes y actividades de los guerrilleros.[10]

Las operaciones punitivas de la casta militar salvadoreña no sólo se preparan minuciosamente con ayuda de los servicios de inteligencia estadounidenses, sino que son coordinadas por ellos en el curso de ataques contra zonas fortificadas de los guerrilleros y poblados pacíficos. Está demostrada irrefutablemente la participación de la CIA y otros servicios de inteligencia estadounidenses en el genocidio que practica la junta salvadoreña.

EL "VALLE DE LA MUERTE" SALVADOREÑO

Una vez que se hicieron públicos los resultados de las elecciones presidenciales en EE.UU., efectuadas en noviembre de 1980, cuando Reagan resultó vencedor, los "ultras" salvadoreños activaron en gran medida la campaña de terror contra las fuerzas de izquierda. Según datos publicados el 15 de diciembre de 1980 por la revista *Newsweek,* el "escuadrón de la muerte" salvadoreño dió muerte cada día, a partir de noviembre, a 30 ó 40 personas, consideradas "rebeldes de izquierda". La revista caracterizó así la situación en el país: "El Salvador es un gran valle de sombras de muerte". Al final de 1981, la prensa norteamericana lo definía como un país cubierto de cadáveres. Los destacamentos punitivos no se limitaban a eliminar a los "rebeldes de izquierda", sino también exterminaban a la población de las regiones donde aparecían los rebeldes. Desde 1980 hasta 1983, las tropas de la junta y los "escuadrones de la muerte" asesinaron entre 30.000 y 40.000 mil personas. Los testigos de semejantes matanzas cuentan que los soldados de la junta "se entretenían" lanzando a los niños al aire y ametrallándolos.

A fines de 1981, bajo un rígido control de la CIA (hecho reconocido por Casey, su director, en la entrevista concedida el 16 de julio de 1982 al diario *The New York Times),* en El Salvador se

celebraron "elecciones", y el régimen salvadoreño fue proclamado "democrático". Sin embargo, el cambio de decoración no interrumpió el sangriento bacanal de los "ultras" salvadoreños. En ese país siguen pereciendo cada mes hasta 500 personas, continúan tan activos como antes los "escuadrones de la muerte" y las cárceles están llenas de reclusos políticos.

A pesar de las declaraciones patéticas de Reagan de que la situación relacionada con los derechos humanos en El Salvador "mejora paulatinamente", las atrocidades que cometen los soldados de la junta continuaron en 1983, provocando protestas de los congresistas de EE.UU. Semejante "incomprensión" obligó a Reagan a pronunciar ante ambas cámaras, el 27 de abril de 1983, un discurso dedicado a América Central. En él trató de persuadir a los congresistas y senadores de la necesidad de conceder de inmediato 600 millones de dólares a las sanguinarias juntas de Honduras, El Salvador y Guatemala y a los contrarrevolucionarios nicaragüenses, para así salvar a EE.UU. de la "amenaza comunista". El Presidente aseveró que "El Salvador no es Vietnam", pero las analogías eran muy evidentes.

Desde el mismo comienzo de la intervención norteamericana en Vietnam, los funcionarios estadounidenses procuraban persuadir a la opinión pública de que las tropas estadounidenses defendían la libertad de Asia. Entre bastidores de la llamada "guerra de guerrillas", decían, se encuentra la China comunista y, si no se pone fin a la guerra en Vietnam, se extenderá a todo el

Sudeste de Asia. "Argumentos" semejantes se aducen en Washington cuando se trata de lucha guerrillera en América Central. Allí, lo mismo que en Vietnam, EE.UU. se colocaron al lado de las fuerzas de reacción.

Los "cruzados" de Washington han procurado olvidar la lección que se les dio en Vietnam. Mientras tanto, esta lección fue verdaderamente histórica: es imposible vencer a un pueblo entero que se levantó para sostener la justa lucha por su libertad.

TERRORISMO AL SERVICIO DE LOS ENEMIGOS DE LA NUEVA NICARAGUA

El Presidente Reagan, al hablar de Nicaragua ante el Congreso, el 27 de abril de 1983, no encontró nada mejor para justificar las acciones subversivas de EE.UU. contra este país que expresar lástima por el dictador Somoza, derrocado por la revolución sandinista, que, como dijera el Presidente, aunque fue dictador, — y, recordemos, dictador sanguinario, pues en 40 años de terror, su dictadura exterminó a 100.000 seres humanos en Nicaragua—, pero no fue comunista. En EE.UU. prefieren olvidar que en julio de 1979, en las últimas semanas de existencia de la dictadura de Somoza, que dio orden de bombardear, ametrallar e incendiar ciudades liberadas por los sandinistas, el representante de Washington en la XVII reunión consultiva de la OEA trató de lograr el

consenso para intervenir en Nicaragua bajo la bandera de las fuerzas interamericanas.

Sin poder salvar al régimen dictatorial, EE.UU. intentaron mantener sus posiciones en el país, enredándolo con empréstitos y "ayuda". Ahora bien, esta "ayuda" se terminó con rapidez cuando el Gobierno sandinista abordó la realización de un programa de transformaciones socioeconómicas que no eran del agrado de los monopolios norteamericanos y la gran burguesía local. Los medios destinados al mini-plan Marshall para Managua fueron transferidos a los somocistas que se salvaron y a quienes la CIA movilizó para sostener una guerra secreta contra Nicaragua.

Después de la victoria de la revolución sandinista, la CIA practicó una activa labor en Nicaragua entre las personas con quienes había establecido contacto por disposición de Carter desde los tiempos de Somoza. En 1979 y 1980 se registraron los primeros intentos de las fuerzas derechistas de Nicaragua de actuar contra el Gobierno sandinista, que adelantó el programa de nacionalización y de otras reformas. Al subir al poder la administración Reagan, las operaciones subversivas contra ese país centroamericano tomaron carácter planificado y masivo, desembocando, al fin y al cabo, en una guerra secreta de gran envergadura. R. Allen, asistente del Presidente para la seguridad nacional, se dedicó de inmediato a elaborar planes para "intimidar a los sandinistas". En varias reuniones celebradas en 1981 en la Casa Blanca, T. Enders, asistente

del Secretario de Estado para los asuntos de América Latina, habló de la necesidad de acabar con los sandinistas.

En diciembre de 1981, Reagan firmó la orden que concedía a la CIA atribuciones para establecer contacto con los nicaragüenses exiliados e iniciar operaciones políticas y semimilitares contra los sandinistas. El segundo documento, titulado *Escala de acciones,* determinaba las operaciones admisibles y su costo aproximado.

En noviembre de 1981, antes de que las acciones de la CIA fuesen sancionadas oficialmente, el mando estadounidense del sur culminó la creación de una red electrónica en torno a Nicaragua para captar, controlar, alterar y amortiguar todas las transmisiones efectuadas desde su territorio. Más o menos, al mismo tiempo, en la prensa estadounidense aparecieron noticias sobre la preparación de los somocistas en el Estado de Florida. Desde octubre de 1981, en los campamentos del sector oriental del Canal de Panamá empezó el entrenamiento de tres compañías de antiguos guardias de Somoza. Los instructores, "boinas verdes" norteamericanos, les enseñaban métodos de desembarco aéreo y uso de explosivos. En noviembre de 1981 visitó estos campamentos el general W. Nutting, jefe del mando del sur. Desde el junio de 1981 hasta el 11 de marzo de 1982, los aviones de las fuerzas aéreas estadounidenses violaron 40 veces el espacio aéreo nicaragüense.

En octubre de 1982, el Ministerio de Defensa de Nicaragua publicó el Libro Blanco, en

el que se describen con detalle 429 casos de ataques de bandas contrarrevolucionarias al país entre 1981 y 1982, incluyendo 60 casos de violación del espacio aéreo y 15 ataques a los buques de la marina.

Como plaza de armas para la operación de la CIA contra Nicaragua fue elegido el territorio de Honduras, donde en 1983 había unos 200 funcionarios de la CIA que se ocupaban directamente de preparar incursiones de los "contras" a Nicaragua. La dirección de toda esa guerra secreta fue encomendada a J. Negroponte, embajador de EE.UU. en Honduras, que estableció estrechos contactos con el comandante en jefe de las fuerzas armadas nacionales. En mayo de 1982, el propio jefe de la CIA, Casey, visitó ese país para inspeccionar las fuerzas de los "contras".

A comienzos de 1983, en el territorio de Honduras, en la zona fronteriza con Nicaragua, estaban reunidos, según datos de la prensa norteamericana, unos 5.000 "contras" que se preparaban y adiestraban bajo la dirección de los funcionarios de la CIA y de ella recibían armas. Para esos fines, se utilizaron los ejercicios militares que anualmente se realizan en la zona de la cuenca del Caribe. En 1982, en las maniobras que tuvieron lugar en Honduras participaron 30, y en 1983, 1.600 militares norteamericanos. El desembarco aéreo se efectuó a 12 millas de la frontera de Nicaragua, precisamente en la zona de acción del ejército secreto de la CIA integrado por los "contras". Durante los ejercicios y después de ellos se distribuyeron armas entre las

fuerzas antisandinistas. Otra parte de armas fue concedida a los somocistas por el ejército hondureño. "Simplemente abrimos las puertas de los depósitos —dijo un funcionario oficial hondureño—, y EE.UU., a su vez, engrosaron las reservas de nuestro ejército".

Desde que Reagan dió la autorización a la CIA, las bandas armadas de contrarrevolucionarios somocistas, que actuaban desde Honduras, irrumpieron reiteradas veces en Nicaragua, devastando las comunidades de Raiti, Alamicamba y Tuscrustara Siqui-Yari, situadas en el departamento de Zelaya; penetraron en El Espino, El Cuadro y Las Brisas en los departamentos de Chinandega y Nueva Segovia. Durante estas incursiones fueron muertos y heridos centenares de habitantes pacíficos.

La CIA y el servicio de inteligencia del Pentágono proporcionaban a los contrarrevolucionarios datos de espionaje acerca de los traslados de soldados, emplazamiento de tanques y artillería nicaragüenses, entrenaban y armaban las formaciones militarizadas de los "contras", incluyendo el transporte aéreo de armas y municiones.

La intervención del Pentágono en los asuntos de Nicaragua no se limitó a suministrar armas a los "contras". En ese país y en El Salvador actuaba también un grupo ISA, utilizado por la agencia de inteligencia del Departamento de Defensa de EE.UU. *The New York Times,* que comunicó estas noticias, precisaba que si en la liberación de rehenes norteamericanos en Irán en 1980, este grupo, convertido en núcleo de una

nueva unidad de terroristas y saboteadores al servicio del Pentágono, había actuado eludiendo el Congreso, "actualmente funciona en el marco de la ley". La nueva unidad está integrada por personal administrativo y auxiliar, así como militares y civiles que realizan operaciones concretas.

En diciembre de 1982, en el Estado Mayor General de las fuerzas armadas de Honduras se celebró una reunión secreta en la que participó Taglioni, oficial de la CIA. Allí se tomó la decisión de desplegar las operaciones agresivas de gran envergadura contra Nicaragua, incluyendo acciones terroristas, en particular, contra los dirigentes nicaragüenses.[11]

Las noticias periodísticas sobre la incorporación cada vez más activa de EE.UU. en la guerra secreta contra Nicaragua provocaron en el Congreso varias sesiones, en el curso de las cuales se aprobó la conocida "enmienda de Bauland" al proyecto de ley sobre el presupuesto para 1983, que prohibía a la CIA apoyar a las formaciones paramilitares de antisandinistas con el objeto de derrocar al Gobierno legítimo del país.

La enmienda fue aprobada por unanimidad de votos en la Cámara de Representantes. La apoyó también el Senado. Ahora bien, la CIA ha eludido con bastante facilidad esta enmienda, dirigiendo las fuerzas de los "contras" a través de intermediarios hondureños y especialistas israelíes, que llegaron a Tegucigalpa. En cuanto a Negroponte, simplemente hizo caso omiso de esta enmienda y ha sostenido reiterados encuentros

con los cabecillas de las bandas contrarrevolucionarias.

No obstante, los representantes de la CIA y del Departamento de Estado y el Presidente Reagan personalmente han declarado reiteradas veces que sus acciones no tenían el objetivo de derribar al Gobierno de Nicaragua, sino que sólo estaban orientadas a "democratizar el régimen sandinista". El comentarista norteamericano T. Wicker contestó con sarcasmo a este argumento que es lo mismo que decir que usted ha golpeado con un martillo a un hombre en la cabeza, pero sin intención de matarlo. Y añadió que los casos de ese género significan... el torpedeo de la confianza.

La CIA y otros servicios de inteligencia estadounidenses, al preparar provocaciones contra Nicaragua, apoyaron desde el mismo comienzo a las fuerzas francamente profascistas y en ningún momento a los "luchadores por la democracia". La "Legión del 15 de septiembre", creada por antiguos oficiales de la guardia nacional de Somoza en 1980, fue tomada el mismo año por la CIA bajo su tutela. En 1981, esta legión se unió con otros grupos contrarrevolucionarios en el marco del denominado "frente democrático nicaragüense". Hacia comienzos de 1982, la CIA formó bajo la égida de este frente todo un ejército llamado "fuerzas democráticas nicaragüenses". Según datos de la revista *Time,* la administración Reagan está vinculada con ambas organizaciones, que agrupan a los enemigos furibundos de la nueva Nicaragua y están dispuestas a emplear cuales-

quiera medios para derrocar al Gobierno legítimo de este país.

Uno de los estados mayores generales, que encabezan las formaciones militares de los contrarrevolucionarios, es por completo un órgano estadounidense, integrado por peritos de la CIA y representantes del mando del sur del ejército norteamericano. Se trata precisamente del centro de dirección de los amotinados. Como averiguó *Time* a través de los representantes de las "fuerzas democráticas nicaragüenses", Negroponte, embajador estadounidense en Honduras, sigue coordinando la actuación de estos mandos.

En 1982, la prensa mundial informó sobre los planes de la CIA de intervenir en Nicaragua. Los cabecillas de los "contras" tampoco ocultaban sus fines. Uno de ellos dijo a un corresponsal de la revista *Newsweek* en diciembre de 1982: "En caso de contrarrevolución, en Nicaragua empezará una carnicería. Tenemos que ajustar muchas cuentas. Todo el territorio desde la frontera (con Honduras. —*V.B.*) hasta Managua se cubrirá de cadáveres".[12] Precisamente para ello los instruía la CIA en la primera fase de preparativos para la intervención, cuando se efectuaron incursiones en el territorio nicaragüense, actos terroristas contra dirigentes sandinistas, transporte de armas a los depósitos secretos ubicados en Nicaragua, entrenamiento, armamento y unificación de los distintos grupos contrarrevolucionarios.

Un tal Vidaure, egresado de la academia militar de la guardia nacional de Somoza, hecho prisionero por las tropas sandinistas, relató en

una conferencia de prensa, celebrada en Managua el 28 de marzo de 1983, sobre la actividad de los mercenarios de la CIA durante esta primera fase. Según el plan elaborado por Estados Unidos, a partir de 1983 empezó una infiltración activa de bandidos a Nicaragua. La banda de Vidaure penetró en el departamento de Jinotega con la misión de atacar las posiciones del ejército popular sandinista y organizar actos terroristas en carreteras, con el objetivo final de tomarse las poblaciones de Vamblán, Vivli, Carmen y Plandegrama. Armas, municiones y víveres eran trasportados por vía aérea desde Honduras. En la primera fase fueron introducidos a Nicaragua cerca de mil somocistas.

La segunda fase empezó el 22 de marzo de 1983, cuando con participación directa de la CIA se trasladaron de Honduras al territorio de Nicaragua nutridas formaciones de somocistas, pertrechadas con modernas armas norteamericanas. En el departamento de Jinotega penetraron 1.200 contrarrevolucionarios, que cometían sangrientos crímenes contra el pueblo nicaragüense. Otro grupo somocista, de casi 200 hombres, intentó abrirse paso hacia el centro del país, pero fue detenido en el departamento de Matagalpa.

La escalada de las acciones agresivas de EE.UU. contra la revolución nicaragüense, declaró el mismo día en una conferencia de prensa Humberto Ortega, miembro de la Dirección Nacional del Frente Sandinista de Liberación Nacional y ministro de Defensa Nacional de Nicaragua, es parte integrante del plan criminal de

la administración Reagan, encaminado a desplegar una cruenta guerra en América Central.

A propósito, en EE.UU. no ocultaban que existía tal plan. En mayo de 1983 se difundió la noticia de que el jefe de la CIA, W. Casey, había confirmado, en las sesiones a puerta cerrada en el Senado, que la CIA realizaba una operación para derrocar al Gobierno sandinista.

La tercera fase empezó el 6 de mayo de 1983 con la irrupción de un nutrido contingente de bandidos somocistas, desde Honduras, en el departamento de Nueva Segovia. En los departamentos meridionales de la república penetraron destacamentos de "contras" desde el territorio de Costa Rica, donde también tienen sus campamentos. Estas incursiones desembocaron en una auténtica guerra contra Nicaragua.

El Congreso estadounidense recordó en aquellos días al Presidente la "enmienda de Bauland" y prohibió que la CIA siguiese ayudando a los "contras". Dejó, sin embargo, una escapatoria permitiendo continuar la ayuda hasta el fin del año fiscal de 1983, es decir, hasta el 30 de septiembre. En la Casa Blanca, esa actitud fue percibida con evidente alivio. En su conferencia de prensa del 6 de mayo, el Presidente Reagan dijo que, si a su administración se le impedía actuar en secreto, "lo hará abiertamente", es decir, "transferirá dinero a otro gobierno (lo más probable es que fuese al hondureño. —*V.B.*) con la intención de que los gobiernos de América Central lo entreguen a los luchadores por la libertad en Nicaragua".

Las cínicas revelaciones de Reagan volvieron a mostrar que EE.UU. se proponía seguir actuando según el conocido documento del "comité de Sante Fe".

En septiembre de 1983, el Congreso de ese país aprobó el programa de subvención abierta a la "guerra no declarada" contra Nicaragua.

Este hecho provocó una considerable intensificación de la actividad de los "contras", que en septiembre de 1983 bombardearon, desde aviones suministrados por la CIA, Managua y otras ciudades. En Nicaragua irrumpían contingentes cada vez más numerosos del "ejército secreto", sembrando el terror y la muerte. En octubre de 1983, la CIA envió un destacamento de paracaidistas que hizo explotar varios objetos en los puertos nicaragüenses de Corinto y Puerto Sandino. En las incursiones efectuadas en 1984 a Nicaragua participaron militares del ejército estadounidense y funcionarios de la CIA. ¡Y todo eso se denominaba "esfuerzos para democratizar a Nicaragua"!

Haciendo uso de la palabra en Managua ante los representantes del capital privado, A. Quainton, embajador de EE.UU. en Nicaragua, aseveró que su Gobierno defendía la democracia allí donde existía y aspiraba a restablecerla en los países donde dejó de existir, cumpliendo así su "función humana". En respuesta, S. Ramírez, miembro de la Junta del Gobierno de Nicaragua, dijo el 25 de marzo de 1983 que el humanitarismo norteamericano era la muerte de más de 400 nicaragüenses, víctimas del

terror desencadenado después del triunfo de la revolución por bandas somocistas alimentadas por la CIA, y que la democracia a la norteamericana era el fusilamiento por los contrarrevolucionarios de técnicos constructores y especialistas que participaban en la realización de la reforma agraria, así como de activistas de la Juventud Sandinista "19 de julio."

S. Ramírez afirmó que la propaganda norteamericana no lograría torpedear las posiciones del Gobierno sandinista y ocultar la verdad sobre los auténticos fines del imperialismo de EE.UU., que con manos de antiguos verdugos del pueblo nicaragüense se proponía recuperar las posiciones perdidas.

Una prueba irrefutable de la culpabilidad directa de Washington por los crímenes cometidos por los grupos contrarrevolucionarios son las armas "made in USA" tomadas a los bandidos por las fuerzas armadas sandinistas y destacamentos de "milicianos". El 28 de marzo de 1983, en una conferencia de prensa celebrada en Managua, los periodistas pudieron ver estas armas: fusiles antitanque M-79, fusiles automáticos M-16, carabinas M-1, morteros, bazookas, minas y hasta granadas con gas neuroparalizante, con que no está armado ningún ejército latinoamericano. EE.UU. probó estas armas, destinadas para los terroristas, empleándolas contra la población pacífica durante la sucia guerra en Vietnam, luego en el Líbano y Afganistán, y después las suministraron a los bandidos somocistas, que siembran el terror en tierra nicaragüense.

A los "contras" se les proporcionaron todos los medios también para hacer la "guerra psicológica": desde potentes radiotransmisoras hasta octavillas propagandísticas.

Procurando restaurar en Nicaragua el dócil régimen pronorteamericano, EE.UU. se vale de la abierta presión militar, de las operaciones secretas efectuadas por la CIA y de las bandidescas formaciones paramilitares de contrarrevolucionarios a quienes hacen pasar por "luchadores por la libertad" y los pertrechan con los últimos modelos de la industria norteamericana del terrorismo. La práctica criminal de injerencia en los asuntos de un Estado soberano, que contradice el Derecho Internacional, así como la Constitución y las leyes de los propios EE.UU., viene apoyada por la propaganda correspondiente.

Reagan y sus ayudantes tratan en vano de presentar a los bandidos somocistas como "luchadores por la democracia". Esa, fue, por ejemplo, la actitud de J. Kirkpatrick en la ONU. Sin embargo, la verdad es que la vía de desarrollo político y social elegida por la nueva Nicaragua cuenta con el apoyo de la abrumadora mayoría de su pueblo, mientras que los "cruzados" de Washington quisieran con la fuerza de las armas volver a imponerle un régimen inhumano, pero, pronorteamericano.

"Si la administración Reagan fuese verdaderamente honesta con el pueblo americano respecto a nuestra política en América Central —escribió el comentarista estadounidense A. Lewis—, debería decir más o menos así: 'Los gobiernos

que apoyamos en Guatemala y El Salvador no corresponden ni siquiera a nuestra idea más modesta de la decencia. Matan a muchísimos de sus ciudadanos. Un puñado de ricachones locales oprime brutalmente a la mayoría de la gente pobre. Es más, prestan poca atención a nuestras tradiciones. Guatemala ni siquiera permitió la entrada de representantes de la Cruz Roja Internacional que deseaban ver a los encarcelados. El Salvador no condenó a ninguno de los funcionarios oficiales culpables de la muerte de miles de personas. Pero ellos son nuestros aliados en la lucha contra el comunismo. Sirven a nuestros intereses estratégicos y precisamente por eso los debemos apoyar' "[13]

La administración Reagan, a pesar de que sus acciones se condenen en la ONU, así como por los estadounidenses y los pueblos del mundo entero, sigue el mismo rumbo criminal. En la sucia guerra contra Nicaragua participa todo el sistema del terrorismo estatal de EE.UU., enfilado contra los movimientos de liberación nacional y los países no alineados, que aplican una política independiente y sostienen posiciones antimperialistas.

LOS DUSHMANES Y LA CIA

En el segundo semestre de 1979, después del misterioso asesinato de Dubbs, embajador norteamericano, en un hotel de Kabul, fue enviado a Afganistán G. Griffin, experto funcionario de la CIA, organizador directo del asesinato en 1975

de Mujibur Rahman, Presidente de Bangladesh. Cuando Hafizullah Amin destituyó del poder al Presidente Nur Mohammed Taraki, Griffin fue ascendido en su cargo y pasó a ser la segunda persona en la embajada norteamericana en Afganistán. Es poco probable que el ascenso fuese casual.

Por aquel entonces, los agentes de la CIA en Afganistán y en los países fronterizos hacían todo lo posible para encauzar la Revolución de abril por la vía proccidental, encontrar las posibilidades para incorporar a este país no alineado en la órbita de los preparativos bélicos de EE.UU. y convertirlo en plaza de armas del Pentágono junto a las fronteras de la URSS. Esto era de extrema necesidad para Washington, que se vió privado de sus bases en Irán ante la bancarrota del régimen del sha. Griffin y otros espías norteamericanos con experiencia de trabajo en los países islámicos, en particular D. Crow y J. Morris, fueron enviados a Kabul para coordinar las acciones de la contrarrevolución interna. EE.UU. trató de influir activamente sobre el Gobierno afgano tanto mediante presión económica, política y militar como reclutando a personas próximas a él.

La conspiración de la CIA fue frustrada a tiempo gracias a las acciones del servicio de contraespionaje de Afganistán y a la introducción de un contingente limitado de tropas soviéticas en la república a petición de su Gobierno legítimo y en correspondencia con la Carta de la ONU. En el curso de la investigación de esta conspira-

ción se demostró, en particular, que después de la Revolución de abril de 1978 la CIA mantuvo estrechos contactos con la "sociedad islámica de Afganistán", sociedad contrarrevolucionaria creada en 1978, que luego pasó a ser uno de los centros dirigentes de las bandas, cuyos miembros se autodenominaban *mujaheddines* (es decir, "combatientes de la guerra sagrada") y en el pueblo se les conocía por *dushmanes,* es decir, bandidos y terroristas.

Griffin, con el apoyo de Crow y Morris, formó en Afganistán una organización de espionaje, utilizando, en primer lugar, a los afganos contratados por la embajada de EE.UU. en Kabul, con cuya ayuda estableció contacto con las bandas de *dushmanes*. Con el mismo fin, se organizó en la embajada la fabricación de pasaportes falsos que usaban los agentes de Griffin para viajar a Pakistán. En la misma sede diplomática, Crow pagaba "honorarios" a sus agentes.

En 1981 y 1982, los órganos de seguridad afganos arrestaron al espía norteamericano M. Daoud, al espía inglés P. Wilson, a varios espías paquistaníes y a un tal Mohammed Isa, conocido por el mote de Isahan. Este trabajó más de siete años en distintas organizaciones estadounidenses en Afganistán, y en 1980 se le admitió a trabajar de guardán en la embajada estadounidense. Antes, había ingresado en la "sociedad islámica de Afganistán", convirtiéndose en miembro activo.

El jefe de los guardianes en la embajada era Ahmadzay, él presentó a Isahan a Crow y

Morris, quienes lo reclutaron. Desde este momento empezó a recibir recompensas mensuales de los norteamericanos. Por encargo de ellos, Isahan reclutaba a sus compatriotas, los hacía participar en la recolección de datos de espionaje y preparaba actos terroristas.

Además de las tareas de espionaje, a comienzos de 1982, Isahan recibió la tarea de seleccionar hombres para volar un importante organismo gubernamental en Kabul. Crow debía entregarle cuatro minas de gran potencia explosiva. Sin embargo, el plan fracasó y los saboteadores fueron arrestados. Los "diplomáticos" norteamericanos Crow y Morris se apresuraron a abandonar el país. Griffin ya había salido de Kabul a comienzos de 1981. El interés de las autoridades afganas por él no era casual. Se comprobó que había sido el principal suministrador de noticias antiafganas difundidas por algunos medios masivos de comunicación paquistaníes y occidentales. Este espía visitaba sistemáticamente Pakistán y la India para dar instrucciones a los cabecillas de los bandidos.

Más tarde, se demostró también su papel en la organización de la red de espionaje en Kabul. La fuga de Griffin de la ciudad coincidió con una brusca intensificación de la actividad subversiva de EE.UU. contra Afganistán; como ya sabemos, ésta había empezado desde antes que Reagan llegara al poder.

En diciembre de 1979, el Gobierno de Carter adoptó la decisión secreta de ampliar, de manera considerable, la ayuda militar a los contrarrevo-

lucionarios afganos. Este programa de ayuda fue dirigido personalmente por el entonces subdirector de la CIA F. Carlucci, quien más tarde, en la administración Reagan, ocupó el cargo de vicesecretario de Defensa. Desde aquel entonces, la CIA coordinó un complejo y extenso programa (por valor de más de 100 millones de dólares) encaminado a suministrar las armas a las bandas de *dushmanes* para librar la guerra moderna de guerrillas.

El 9 de enero de 1980, cumpliendo la decisión de Carter, la CIA informó sobre los planes de esta operación a la comisión correspondiente del Senado. Esta operación incluía, en particular, el suministro a los *dushmanes* de armas modernas: sistemas antiaéreos, cohetes autoguiados por rayo térmico, ametralladoras, pistolas-ametralladoras, etc.

Por aquel entonces, EE.UU. ocultaba con gran sigilo su papel en la preparación de *dushmanes* —de ello se ocupaban centenares de instructores norteamericanos, israelíes y egipcios— y en el transporte de novísimas armas para ellos. Estas armas se compraban en terceros países y eran principalmente soviéticas, comprendidas las que Israel arrebató a Egipto en el curso de las guerras de 1967 y de 1973. Para estos fines, EE.UU. destinó en 1980 cerca de 30 millones de dólares. Arabia Saudita y Egipto se incorporaron al financiamiento de tales compras, coordinadas por la CIA y personalmente por H. Brown, secretario de Defensa de EE.UU. en aquel entonces. Desde 1980 hasta 1983, esta operación de armamento de *dushmanes* tuvo un costo anual de 30 a 50 millones de dólares (EE.UU. corrían con más de la mitad de los gastos).

Pakistán fue elegido base de transbordo para el suministro de armas a los *dushmanes,* que actuaban en el territorio de la República Democrática de Afganistán. Este fue un acuerdo secreto entre EE.UU. y el Presidente de Pakistán, Zia-ul-Haq, que aprobó personalmente toda la operación. En agradecimiento, Washington le concedió una enorme ayuda militar: 3.200 millones de dólares para el período 1980-1985. En Pakistán se ubicaron los principales cuarteles generales de unos 60 grupos de *dushmanes,* que luego (a partir de 1982), por iniciativa de la CIA, se unificaron en un solo frente.

Las armas llegaban a Pakistán cada semana en dos o tres aviones, cuyos signos de identificación cambiaban constantemente. Allí, bajo el control de representantes de la oficina de inteligencia paquistaní y de la CIA, las armas se entregaban a los *dushmanes,* quienes las transportaban en mulos a través de la frontera.

Bajo Reagan, esta operación se amplió de manera considerable. La CIA recibió indicaciones de empezar a suministrar a los *dushmanes,* a partir de diciembre de 1982, bazookas, morteros, lanzagranadas, minas, cañones sin retroceso y cohetes antiaéreos manuales. Simultáneamente aumentó el suministro de instrumentos de terrorismo: granadas con gas neuroparalizante, minas-trampas, venenos, balas envenenadas, etc. Al derrotar a las bandas y descubrir sus depósitos de

armas, los órganos de seguridad afganos encontraron más de una vez, por ejemplo, granadas químicas fabricadas en el Estado de Pensilvania por la firma Federal Laboratories, filial del instituto de investigación de la CIA, minas de fósforo y explosivos camuflados en latas de café, juguetes y encendedores.

El 27 de febrero de 1984, se celebró en Kabul una conferencia de prensa para periodistas afganos y extranjeros, en la que se denunció la sucia provocación de la CIA contra el contingente limitado de tropas soviéticas. Acusándolo de emplear armas químicas, la CIA encomendó a los *dushmanes* preparar las correspondientes "pruebas". En febrero, las fuerzas armadas de la república se apoderaron, en el curso de una operación para liquidar bandas contrarrevolucionarias, de dos cartas. Una de ellas fue enviada del cuartel general de "jamiate islami", que, como se sabe, se encuentra en Peshawar, al grupo que practica la labor subversiva en la República Democrática de Afganistán.

La segunda iba en dirección contraria: del llamado "Mando principal" de la provincia de Kabul, de la organización "Hezbe islami", a cierto comité militar (su ubicación no se indica, pero al parecer, se encuentra en Pakistán).

Los documentos merecen ser reproducidos en su integridad. He aquí el primero de ellos:

"Mi hermano Aziz:

El capitán Faizullah ha sido enviado con una caravana para entregarles las siguientes armas y municiones:

1. 20 cohetes antitanque;
2. 22 pistolas-ametralladoras;
3. 5.000 cartuchos para ellas;
4. 18 minas contra personal;
5. 22 minas antitanque;
6. 40 proyectiles de mortero.

Confirme la recepción de las armas y municiones enumeradas a la mayor brevedad posible. El material restante se lo enviaremos en el futuro próximo.

Hermano Aziz:

En su carta se queja de dificultades. Pero usted se encuentra en la patria, junto a su familia, mientras que nosotros estamos en el extranjero, entre enemigos. Las condiciones de nuestra vida aquí son en extremo difíciles. Nos vemos obligados a actuar bajo el control directo de los asesores norteamericanos.

Hace algunos días, éstos confeccionaron una lista de preguntas sobre el empleo de tóxicos por los rusos contra los *mujahiddines* ("luchadores por la fe") en Afganistán y de respuestas recomendadas a estas preguntas.

Los tóxicos químicos mencionados han sido preparados aquí con el objeto de usarlos para persuadir a la opinión pública mundial de que los rusos los emplean en Afganistán.

Usted comprende que aquí no poseemos ninguna fuerza y lo hacemos todo por indicación de los asesores norteamericanos.

En aras de lograr nuestro objetivo sagrado tenemos que soportar todas las dificultades.

Con mis mejores votos.

Firma.
16 de noviembre de 1982".

"Hezbe islami Afganistán" (segundo documento):

Gracias a Alá recibimos intactas y en su totalidad las armas y municiones enviadas por ustedes al Mando principal de la provincia de Kabul, así como el mencionado cuestionario con respuestas deseables a las preguntas planteadas en el mismo.

A nuestro juicio, contra el enemigo pueden usarse cualesquiera medios, pero cabe señalar que aquí es en extremo difícil obtener tóxicos. Hablando con franqueza, no los hay. Ahora bien, nos gusta mucho lo que preparan nuestros amigos (los norteamericanos. —*N. del corresponsal*). Antes de que empiece la cosa, no estaría de más informarnos para que podamos avisar al pueblo.

Quisiéramos asimismo que ustedes nos informen si han recibido el dinero que les enviamos. Si no ha llegado, investigaremos seriamente las causas.

Con los mejores votos.
Mando principal de la provincia de Kabul.
Sello. Firma".

Los documentos que fueron presentados a los periodistas son convincentes y es imposible refutarlos.

Al inaugurar la conferencia de prensa, Daoud Kavian, vicepresidente de la agencia Bakhtar, subrayó que el auténtico organizador de la guerra no declarada contra la República Democrática de Afganistán es el imperialismo estadounidense y que la contrarrevolución afgana está al servicio de los asesores norteamericanos.

Al contestar a las preguntas de los asistentes, los representantes oficiales señalaron que las afirmaciones de la propaganda occidental sobre "el uso de armas químicas en la República Democrática de Afganistán" no eran nuevas y habían sido desmentidas más de una vez tanto por los mismos espías (declaración del espía francés Philippe Ogaillard en la conferencia de prensa) como por comisiones competentes. Como escribiera la revista norteamericana *Defence Monitor,* los propios funcionarios de la CIA decían que no tenían confirmación sobre el uso de armas químicas en Afganistán, y a pesar de ello, estimaban que se debía continuar la campaña propagandística en este sentido.

Miles de ciudadanos afganos fueron víctimas del terrorismo desplegado por el servicio de inteligencia estadounidense, que actúa a través de los *dushmanes,* engañados a menudo por los contrarrevolucionarios y la reacción islámica. Estas víctimas son, en primer término, miembros del Partido Democrático Nacional de Afganistán, maestros, agrónomos y sacerdotes musulmanes que se negaron a apoyar a los *dushmanes*. Cada día mueren habitantes pacíficos, entre ellos niños, mujeres y ancianos, cuyas aldeas las borran de la faz de la tierra los terroristas adiestrados por la CIA. Este terror, lo mismo que en todas partes donde

comete atrocidades la reacción en su afán de impedir el desarrollo de la nueva vida, desemboca en sadismo, en horrorosas torturas de víctimas indefensas y violencia sobre mujeres y niños. En los años transcurridos desde la Revolución de abril, las bandas de *dushmanes* han destruido más de 1.800 escuelas, centenares de mezquitas, muchas aldeas, empresas industriales y centrales eléctricas.

Tan sólo desde 1981 hasta 1984 fueron destruidos 30 hospitales, 100 policlínicas, 300 camiones y 14.000 kilómetros de líneas telefónicas. El monto de los daños se calcula en 24 mil millones de afganis.

Mientras tanto, la "prensa libre" estadounidense repetía fábulas en las que los terroristas entrenados por la CIA aparecían como "luchadores por la libertad", y el Gobierno legítimo de Afganistán, como usurpador de la democracia. Es más, según el periódico afgano *Hakikate inkilabe saur,* en la organización de actos terroristas participó D. Rather, corresponsal de la compañía de televisión CBS quien, en marzo de 1980, cruzó ilegalmente la frontera de Afganistán. Ordenó a los bandidos que apresaron a tres obreros durante el ataque a la aldea de Fatehabad, donde se construía un canal de riego, que primero los torturaran, luego lanzaran piedras contra ellos y los degollaran. Los *dushmanes* actuaron según el guión sádico de Rather, mientras que él y su camarógrafo filmaron todo, con la misma calma del teniente Calley, verdugo de la aldea vietnamita Mylai (Songmi), quien dió la orden de exterminar a todos sus habitantes, incluyendo a los niños de pecho y ancianos.

EL GAMBITO IRANI DE WASHINGTON

En mayo de 1983, en las pantallas de los televisores en Teherán apareció el rostro pálido y fatigado del dirigente del Partido Popular de Irán ("Tudeh"). Como repitiendo un texto mal aprendido, equivocándose y mirando con temor hacia atrás, a alguien oculto del ojo de la cámara, confesaba que cometía crímenes contra su país y que, supuestamente, por instigación de la Unión Soviética su partido se había ocupado de espionaje en favor del servicio de inteligencia soviético. A estas "confesiones" las sucedió una ruidosa campaña contra la URSS en Irán y la expulsión de varios de sus representantes diplomáticos. En el artículo editorial del diario soviético *Pravda,* titulado *Con motivo de la campaña antisoviética en Irán,* se decía:

"Al método de la denominada confesión, hecha por algunos dirigentes de partidos comunistas y obreros arrestados, de que se ocupaban de 'espionaje' han recurrido siempre muchos gobiernos reaccionarios para desacreditar el carácter patriótico de estos partidos y desplegar una 'cruzada contra el comunismo'. Existen motivos para suponer que, de acuerdo con esta 'cruzada', los agentes extranjeros en Irán fabricaron un material falso para oponer ese país a la Unión Sovié-

tica y disimular así su propia actividad subversiva contra el régimen de Khomeini".[14]

En el periódico que se edita en persa en Berlín Occidental, el comité extranjero del Partido Popular de Irán (PPI) publicó una declaración respecto a esta acción de las autoridades de Teherán, en la que fueron mencionados dichos agentes extranjeros y la reacción iraní que salvaguarda los intereses de éstos.

"El Partido Popular de Irán —dice la declaración— desmiente categóricamente las acusaciones promovidas contra él por los correspondientes órganos de la República Islámica de Irán, que, para obtener 'pruebas', recurrieron a las torturas y luego utilizaron con sus fines las 'confesiones' arrancadas con los mismos métodos. El PPI considera bárbaros, inhumanos e inmorales los viejos métodos policíacos que estos órganos emplean por indicación y con el concurso de agentes de la CIA, el Intelligence Service y el Mossad, 'especialistas' de la SAVAK, así como testaferros de grandes capitalistas y terratenientes...

Es imposible manchar con patrañas, difundidas por agentes de los grandes capitalistas y terratenientes por indicación de las agencias de espionaje imperialistas, la historia de la lucha heroica del Partido Popular de Irán, partido de los trabajadores iraníes, partido de mártires, partido cuyos miembros tienen a sus espaldas sentencias para diez mil años de encarcelamiento. Tampoco es posible hacerlo con ayuda de torturas medievales y otros métodos".[15]

El PPI advertía en su declaración, y no era

la primera vez, que la revolución estaba amenazada de ser destruida, y que los imperialistas y sus agentes en Irán terminaban los preparativos para un golpe de Estado teniendo como modelo los acontecimientos del 19 de agosto de 1953.

Los comunistas iraníes recuerdan estos acontecimientos no por casualidad, pues precisamente el 19 de agosto de 1953 se dio un golpe de Estado, en virtud del cual el Gobierno de Musaddaq fue derrocado por la CIA, volviendo al poder la dinastía de Pahlevi, que con ayuda del servicio de inteligencia estadounidense gobernó el país hasta la revolución islámica que triunfó en febrero de 1979.

Como testimonian numerosas confesiones y denuncias de antiguos agentes de la CIA, el golpe de 1953 en Irán lo preparó personalmente A. Dulles, el entonces jefe de la CIA, quien dirigió la operación desde Ginebra, bajo el código de "AJAX". Esta sucia aventura costó 20 millones de dólares a los contribuyentes estadounidenses y causó al pueblo iraní incontables sufrimientos y la muerte de sus mejores hijos en las horribles mazmorras de la SAVAK, policía secreta del sha.

Durante el gobierno del sha, Iran se convirtió en auténtico vedado de la CIA y del servicio de inteligencia israelí, que actuaron en estrecho contacto con la SAVAK y mantenían contactos directos con el sha. Un investigador norteamericano de aquel período escribió sin ambages que "el sha no hacía nada sin consejo de la CIA". Esto se manifestó con especial evidencia en los

últimos años de su gobierno, cuando antiguo director de la CIA, R. Helms fue designado embajador en Irán.

En noviembre de 1979, los estudiantes iraníes, que se tomaron la embajada de EE.UU., descubrieron varios documentos secretos que demostraron el aspecto oculto de la injerencia de la CIA en los asuntos de Irán: su participación directa en el terror contra los patriotas iraníes. En 1982, en ese país se editaron 13 volúmenes con la documentación de la embajada estadounidense en Teherán, parte de la cual fue reeditada en el diario *The Washington Post* y otros órganos de prensa estadounidenses, euroccidentales, indios y árabes.

Es sintomático que el FBI haya intentado impedir que esos documentos llegasen a EE.UU., confiscando varios volúmenes a periodistas estadounidenses que regresaban después de prestar sus servicios en Irán, en particular, a corresponsales de la telecompañía CBS. La tentativa de ocultar de la opinión pública norteamericana semejantes denuncias es evidente, pues éstas destruyen la imagen de EE.UU. como luchador por la democracia, imagen que cultiva con tanto empeño la propaganda estadounidense.

Los documentos de Teherán evidencian que la CIA y el Departamento de Estado de EE.UU., desde el mismo comienzo de la revolución islámica, intentaron dirigirla por el cauce que convenía a EE.UU. A mediados de 1979, C. Vance, a la sazón Secretario de Estado, envió a la embajada de su país en Teherán un telegrama, señalando la necesidad de estudiar minuciosamente las posibilidades de "convertir" a la fe norteamericana a los líderes de la revolución islámica y a los miembros del Gobierno de la República Islámica de Irán.

Poco tiempo después de la revolución iraní de 1979, la CIA estableció contactos directos con el ejército, integrado por ocho mil hombres, al mando del ex contraalmirante Ahmad Madani, que, según la prensa norteamericana, estaba emplazado en la parte oriental de Turquía y desde allí emprendía ataques contra Irán. Hace ya mucho tiempo que la CIA protege al general Bahram Aryana, jefe del Estado Mayor del ejército iraní en los tiempos del sha, que encabeza su "ejército" de dos mil hombres, compuesto principalmente por oficiales monárquicos de la organización Azadegahn, dirigida también por él. Este grupo, en particular, asumió la responsabilidad por el secuestro, en agosto de 1981, del buque patrulla, construido en Francia, que se dirigía a Irán.

El general Aryana mantenía estrechos contactos con Shahpur Bakhtiar, último primer ministro del sha. Como escribiera *The International Herald Tribune,* los nexos de la CIA con Ahmad Madani y el general Aryana prevén en primer lugar la "ayuda por varios millones de dólares a sus dos unidades".[16] Según algunos datos, EE.UU. les suministra armas, y existen documentos oficiales que lo confirman.

Los dirigentes de la CIA y otros representantes de la administración Reagan no ocultan que

las unidades paramilitares de Madani y Aryana "son necesarias para tener algunas fuerzas capaces de entrar en Irán en caso de guerra civil o sublevación, para proteger y reforzar a los centristas"[17] (por "centristas" se entienden las fuerzas pronorteamericanas en el país).

A comienzos de 1982, la administración Reagan informó a las comisiones para servicios de inteligencia del Senado y de la Cámara de Representantes sobre el programa de ayuda a estas fuerzas paramilitares y sobre otras operaciones secretas contra Irán. Se ocultan con cuidado los detalles de este programa. Ahora bien, se sabe —y esto es muy sintomático con motivo de la campaña antisoviética desplegada en Irán en mayo de 1983— que la CIA instaló varias radioemisoras, comprendida la Irán Libre, para lanzar informaciones enfiladas contra Khomeini. "Sus materiales regulares —escribió *The International Herald Tribune*— incluyen informes sobre largas colas para comprar víveres, sobre focos de oposición y pequeñas sublevaciones contra el clero y los guardianes de la revolución... así como declaraciones de que *los comunistas iraníes y otros agentes de la Unión Soviética toman en sus manos el control sobre Irán* (la cursiva es mía. —*V.B.*)".[18]

La CIA financia asimismo distintos grupos de emigrados iraníes que se encuentran principalmente en Francia y Egipto. Varios datos demuestran que existen estrechos contactos de la CIA con el general Gholam Ali Oveisi, quien fue general de ejército del sha y actualmente encabeza el "movimiento por la salvación de Irán", y con la princesa Ashraf, hermana del sha, quien dirige el movimiento monárquico. Estos grupos apoyan al príncipe Reza Pahlevi, heredero del difunto sha. La CIA gasta millones de dólares en la financiación de estos grupos.[19]

Tal distribución de fuerzas recuerda mucho la que existió en el período de preparación del golpe del 19 de agosto de 1953. De nuevo, la CIA prepara las fuerzas de irrupción y teje la telaraña de la conspiración en el propio Irán. Otra vez, el heredero ordinario del "trono de pavo real" espera mientras el jefe ordinario de la CIA le desbroza el camino hacia el poder. Como vemos, la advertencia de los comunistas iraníes sonó muy a tiempo.

Sin embargo, Washington, con el objetivo de recuperar a Irán, no se confía sólo en la CIA. El 29 de marzo de 1983, la agencia UPI informó sobre la existencia de un plan secreto del Pentágono, que prevé la intervención de las fuerzas armadas de EE.UU. en Irán con el pretexto de la "amenaza soviética". Este plan es un complemento a otro plan secreto del Pentágono, que determina las orientaciones de la política militar, así como contingentes de fuerzas armadas y recursos para los años fiscales 1985-1989. Según el primer plan, para efectuar la operación en Iran se conceden 125 días, y para iniciarla, 10 días, durante los cuales supuestamente los "rusos irrumpirán en Irán, y Estados Unidos asestará golpe de respuesta".

He aquí algunos fragmentos del documento:

"12 días antes del comienzo de la operación:

Estados Unidos concluye que la intervención soviética en Irán es inevitable, declara la movilización parcial, envía unidades de las fuerzas de despliegue rápido a los países del Oriente Próximo, "que permitieron a los americanos emplazar en sus territorios los equipos necesarios", traslada a marines que tienen su base en EE.UU.

6 días antes del comienzo de la operación: las fuerzas soviéticas se desplazan hacia Irán; éste pide ayuda internacional; Estados Unidos despliega sus fuerzas en Irán".

En 30 ó 40 días posteriores, según dicho plan, el conflicto desemboca en la tercera guerra mundial.

La historia demuestra con evidencia que Washington es precisamente el que elabora y procura realizar semejantes planes, que incluyen también actos terroristas.

HACIA LA REVANCHA EN EL SUDESTE DE ASIA

En abril de 1981, en la frontera entre Vietnam y Laos fueron detenidos los agentes de la CIA Vo Dai Ton y Nguen Van Loc. Por sus testimonios y los documentos encontrados en su poder se supo que existía el "plan Z" elaborado por dicha agencia. Su objetivo consistía en realizar una serie de operaciones secretas para desestabilizar la situación y derrocar a los gobiernos legítimos de Vietnam, Laos y Campuchea.

Durante años, la CIA y el Pentágono han procurado fortalecer los regímenes sanguinarios

en esta región, han derrocado a los gobiernos que no les convenían, hundieron en sangre la tierra mártir de Indochina para "impedir la extensión del comunismo".

Desde principios de los años 50, la CIA empezó un ciclo de operaciones en el Extremo Oriente, enfiladas contra los partidos comunistas y obreros y los movimientos de liberación nacional. El personal de la llamada sección de coordinación de la política de la CIA aumentó en 1951, comparativamente con el año anterior, de 584 a 1.531 funcionarios. La mayoría de ellos tomó parte en operaciones paramilitares en el Extremo Oriente. La CIA preparaba e infiltraba unidades paramilitares en el interior de la República Democrática Popular de Corea. En Taiwán, la CIA formó en 1950 una extensa y supersecreta red de agentes. Esta red, conjuntamente con la compañía Civil Air Transport, fue utilizada para entrenar a los nacionalistas chinos y desembarcarlos en China continental. Debían establecer contactos con disidentes y crear de manera paulatina un fuerte movimiento de resistencia para derrocar al Gobierno de la República Popular China.

En 1951, la CIA, con el apoyo del Gobierno de Tailandia, participó en la preparación de las tropas de Chiang Kai-shek para su irrupción en la provincia china de Yunan.

En Filipinas, E. Lancedale, coronel de las fuerzas aéreas norteamericanas, realizó entre 1950 y 1953 una serie de operaciones, encomendadas por la CIA, para derrotar el movimiento rebelde de izquierda Hukbalahap. En 1954, esa agen-

cia envió al coronel a Vietnam del Sur para prestar su concurso en la creación del régimen de Ngo Dinh Diem. Esta ayuda se consideró una de las operaciones más exitosas de la agencia. Simultáneamente, la CIA realizaba acciones de sabotaje contra la República Democrática de Vietnam y lanzaba sobre su territorio grupos de contrarrevolucionarios.

En Vietnam del Sur, al llegar Lancedale, la CIA enseguida emprendió sus operaciones. En el momento culminante de la agresión norteamericana, entre sus colaboradores figuraban más de 700 funcionarios que se encontraban en Saigón y en la provincia. Entrenaban al personal de distintos órganos punitivos de los regímenes de Ngo Dinh Diem y de Thieu y participaban directamente en acciones terroristas.

La CIA, conjuntamente con grupos de especialistas de la Universidad de Michigan, enviados a Vietnam del Sur, formó y entrenó a la "guardia civil" de 50.000 hombres, cuya misión consistía en mantener "la ley y el orden", recolectar datos de espionaje y realizar operaciones contra guerrillas en distintas zonas rurales. Creó el servicio de seguridad (buró vietnamita de investigación), eje del sistema de espionaje y contraespionaje de Diem, que horrorizaba a la población. La CIA financió una amplia campaña de terror, dentro del programa "Cords", en el que participaron activamente distintas entidades norteamericanas que tenían seccionales en Vietnam del Sur. La operación "Fénix", la que ya hemos mencionado, fue el punto central del "Cords". Según datos proporcionados por los patriotas sudvietnamitas en 1975, el número de habitantes pacíficos asesinados como resultado del cumplimiento del "Cords" ascendió a casi 41.000 personas.

A partir de 1959, el régimen de Diem, con el concurso de la CIA, inició el traslado de habitantes de las zonas rurales a campos de concentración sui generis: "aldeas estratégicas". Esto causó la indignación general de los sudvietnamitas, cuyas viviendas se borraban de la faz de la tierra. A quienes se negaban a trasladarse a las nuevas "aldeas" se les liquidaba de inmediato. La CIA financió también la construcción de centros de interrogatorios en todas las provincias de Vietnam del Sur, con el cuartel general en Saigón. De acuerdo al plan de esta agencia, Diem y su hermano fueron asesinados ferozmente, y luego se llevó al poder a otra de sus criaturas.

En Laos, la CIA se ocupó en los años 60 y 70 de realizar los programas de suministro y preparación de unidades paramilitares, lo cual condujo a una guerra a plena escala. Reclutó y entrenó a un ejército de elementos procedentes de algunas tribus de Laos, con el efectivo total de 30.000 hombres, que denominó "ejército secreto". Lo abastecían aviones de la mencionada agencia. El presupuesto para este programa fue, como mínimo, de 300 millones de dólares anuales. Decenas de funcionarios de la CIA dirigían las operaciones ayudados por 17.000 mercenarios tailandeses.

En Tailandia, la CIA participó en los años 60 en las "operaciones de lucha contra los rebeldes" y creó la "policía de patrullaje de las fronteras".

Luego, estas unidades proporcionaban una gran parte de fuerza viva para la guerra secreta en Laos. Como escribe McGehee, la formación de tales fuerzas fue parte del plan elaborado por los asistentes del Presidente para la seguridad nacional, que preveía el despliegue en todo el mundo de unidades paramilitares a fin de aplastar el movimiento de liberación nacional. En Laos, la CIA planteó la tarea de elevar a 100 el número de tales unidades. Ellas literalmente invadieron las regiones norteñas de Tailandia.

En Camboya, la CIA preparó en 1970 una conspiración, cuyo resultado fueron el derrocamiento del Gobierno del príncipe Norodom Sihanouk y la subida al poder del régimen de Lon Nol. Esto despejó el camino para la intervención armada de EE.UU. en dicho país, en la primavera del mismo año.

Pasados 10 años, la CIA promovió una coalición anticomunista que aglutinara a todos sus peones en el juego sucio: al príncipe Sihanouk, a Son San, primer ministro de Lon Nol, y a los seguidores de Pol Pot.

En Indonesia, los bombarderos B-26, pertenecientes a la CIA, apoyaron en 1958 a las unidades de amotinados en Sulawesi, cuyo objeto era derribar al Gobierno del Presidente Sukarno. Lo que no se pudo realizar en aquel tiempo se llevó a cabo en 1965, en el curso de otra operación de dicha agencia, que condujo al derrocamiento de Sukarno y a la liquidación del Partido Comunista de Indonesia (PCI), que no tuvo nada que ver con el intento de golpe, preparado por un grupo de

militares. La CIA participó en la invención de todo género de noticias con el objeto de calumniar al PCI e instigar una sangrienta carnicería organizada por la casta militar. Luego, tratando de ocultar su papel en las matanzas masivas de seres humanos inocentes, elaboró un informe falso sobre lo ocurrido (el libro *Indonesia—1965*). La CIA, subraya Mogehee, se enorgulleció muchísimo de esta operación y la recomendó como modelo de las futuras.

En los países de Indochina, las acciones del imperialismo norteamericano, incluso en las que colaboró la CIA, fracasaron. Los pueblos de Campuchea, Vietnam y Laos, al resultar vencedores en la larga guerra de liberación nacional, acabaron con el dominio del imperialismo de EE.UU. y de la reacción local y emprendieron la edificación de una nueva vida. Esto provocó acciones de revancha de la contrarrevolución. Existen razones para afirmar que las operaciones de la CIA contra los países socialistas de Indochina no se han interrumpido ni un solo día desde que Washington reconociera oficialmente su derrota en esta guerra sucia.

Los agentes de la CIA, reclutados durante años, que se quedaron en estos países, y los contrarrevolucionarios camuflados sirven de base a los organizadores de operaciones secretas de la CIA y el Pentágono para practicar las acciones subversivas en Indochina. Durante largo tiempo, la CIA intentó en vano infiltrar grupos subversivos y agentes en Laos, Campuchea y Vietnam. Según datos de los órganos de seguridad vietnamitas, la mayor actividad en este campo se desarrolló a co-

mienzos de 1980. Mas, por lo general, esos agentes fueron neutralizados a tiempo.

Con el fin de intensificar las acciones subversivas contra los países de Indochina, al final de la presidencia de Carter la CIA elaboró un amplio programa para reclutar antiguos espías y oficiales del ejército del régimen de Saigón. Uno de quienes cumplían directamente esas tareas, incluso antes de ser aprobado dicho programa a fines de 1979, fue el mencionado Vo Dai Ton. Este fue mayor del ejército de Saigón, y después de 1975 se fugó a Malasia, donde la CIA lo reclutó. En la frontera entre Tailandia y Malasia, él y otros agentes del servicio de inteligencia estadounidense empezaron en 1976 la formación de unidades paramilitares de entre los miembros de destacamentos punitivos de Saigón. Ton personalmente les daba instrucciones y los reclutaba no sólo en Tailandia, sino también en Australia, así como en EE.UU., donde poco después de 1975 empezó a actuar el centro de la emigración contrarrevolucionaria de Saigón, con sede en Los Angeles. El 19 de julio de 1980 se celebró, en los suburbios de la ciudad, un encuentro de los dirigentes de este centro con los representantes de la CIA, en el cual también tomó parte Ton. Los funcionarios de la CIA dieron a conocer a sus protegidos el "plan Z", que comprendía tres fases. En la primera fase se proponía movilizar y unificar las fuerzas contrarrevolucionarias de emigrados de Laos, Campuchea y Vietnam para 1983. En la segunda, estas fuerzas debían ocupar distintas zonas de Laos y regiones montañosas de Vietnam y empezar una guerra de guerrillas. En 1985,

en la tercera fase, se proyectaba una amplia intervención en Vietnam del Sur y la toma de la capital de Campuchea. En este período debían acudir en ayuda de los contrarrevolucionarios las fuerzas regulares de EE.UU. y de los regímenes anticomunistas del Sudeste asiático.

Los choques en la frontera campucheano-tailandesa, que coincidieron con la publicación de las primeras noticias sobre el "plan Z", y el activo apoyo prestado por los agentes de la CIA, el Pentágono, así como la diplomacia norteamericana, a las bandas de los seguidores de Pol Pot demuestran que, a partir de 1980, Washington emprendió una vasta operación con el objeto de impedir las transformaciones socialistas en los países del Sudeste asiático.

En octubre de 1981, un grupo de agentes de la CIA se adentró profundamente en el territorio de Laos para establecer contactos con los adeptos —escondidos en la jungla— de los contrarrevolucionarios residentes ahora en EE.UU. El grupo tenía también otra tarea: descubrir el lugar donde se había escondido una banda de saboteadores, enviada anteriormente por la CIA, que debía dejar huellas específicas que luego permitiesen reunir las "pruebas" de que Laos utilizaba armas químicas contra las bandas contrarrevolucionarias que actuaban cerca de su frontera con China. En caso de que se hubiese encontrado esa banda, pero fuese imposible evacuarla, los "salvadores", según confesó su dirigente S. Barnes, debían eliminar a los "salvados". En el proyecto de la incursión del grupo participó no sólo

la CIA, sino también algunas personas oficiales, por ejemplo, R. Dornan, miembro de la Cámara de Representantes, politicastro de extrema derecha. En 1981 y 1982, la incursión de Barnes fue repetida tres veces por un nuevo grupo dirigido por J. Gritz, antiguo coronel de "boinas verdes".

Estas incursiones se efectuaron en correspondencia con la operación "Lazarus". La última de ellas tuvo lugar en diciembre de 1982, después de lo cual el Gobierno de Laos protestó de manera categórica y todo el grupo de Gritz fue retirado de Tailandia, donde funcionó abiertamente durante casi dos años el grupo que preparaba la "Lazarus". La prensa norteamericana intentó presentar esta operación como una aventura emprendida por Gritz sin que hubiese sido aprobada por los organismos gubernamentales de EE.UU. Sin embargo, el diario *Los Angeles Times* informó que la apoyó el Presidente Reagan personalmente. Es más, al regreso de Gritz, la participación del Gobierno en esa misión se hizo objeto de sesiones a puerta cerrada y de investigación oficial, dispuesta por la comisión senatorial para los servicios de inteligencia, que mostró un activo interés por Gritz desde la primavera de 1982. Según documentos examinados por la comisión, fue la agencia de inteligencia del Departamento de Defensa de EE.UU., la que sugirió a Gritz la idea de realizar incursiones en el territorio de Laos.[20]

El propio Gritz declaró, en el curso de la investigación, que, además del servicio de inteligencia del Pentágono, también tenían relación directa con su misión el FBI y la CIA, y agregó: "No me propongo meter en aprieto a la comunidad de inteligencia, ni al Presidente, pero en caso de necesidad puedo llamar a personas del Gobierno para que confirmen que esto no fue idea mía".[21] Se sabe, por ejemplo, que Barnes y Gritz transmitieron a la CIA informes de parte de la clandestinidad contrarrevolucionaria laosiana, destinados a D. Arnold, antiguo emisario de la CIA en Laos (hasta 1975).[22] Se sabe asimismo que el cuartel general del grupo, que preparó la operación "Lazarus" en Bangkok, fue centro de recepción de informes radiotransmitidos por la clandestinidad contrarrevolucionaria y espías de los países de Indochina.

Todos estos hechos encuadran por completo en la primera fase del "plan Z". Existen datos de que la CIA y la agencia de inteligencia del Departamento de Defensa empiezan la segunda fase. Esto se deduce, en particular, de los informes sobre las tentativas de emigrantes contrarrevolucionarios de Saigón de comprar a Filipinas un islote prácticamente deshabitado para entrenar allí bandas terroristas antes de enviarlas a Vietnam. Según la prensa de Australia y de los países miembros de la ASEAN, hacia 1983 se terminó la formación de unidades paramilitares, de la que se ocupaba, en particular, el mayor Ton junto con otros agentes de la CIA.

"Así pues —escribió al respecto el diario *Daily World,* órgano de los comunistas norteamericanos—, ante nuestros ojos se pone a punto

el método de exportación de la contrarrevolución, probado desde hace mucho".[23]

De la misma manera la CIA ha preparado a "luchadores por la libertad" y contra el comunismo de entre la chusma de emigrados cubanos, nicaragüenses y afganos. Ahora se forman según el mismo esquema destacamentos de "luchadores por la libertad" de Indochina.

* * *

Sin embargo, las acciones de la CIA en Asia no se circunscriben al "plan Z".

Según el diario *Patriot,* el Gobierno de la India posee datos sobre la existencia de un plan estratégico de EE.UU. para "balcanizar" (es decir, desintegrar. —*V.B.*) a la India y "eliminar su influencia en el tercer mundo y en todas partes". Este designio es una parte del programa que el Presidente Reagan recomendó a la CIA seguir al efectuar operaciones especiales, sobre todo en el tercer mundo.[24]

El programa prevé "las acciones encaminadas a dividir al tercer mundo y prevenir la creación, por los países en vías de desarrollo, de un frente unido hostil a los intereses de Estados Unidos".

En adición a dichos datos, el Gobierno de la India dispone, según noticias de la prensa, de pruebas sobre la actividad subversiva de la CIA y otras organizaciones extranjeras que actúan conjuntamente con ella. Por ejemplo, de acuerdo al secreto "plan Brahmaputra", elaborado por esa

agencia, los elementos separatistas, que actúan en las zonas orientales del valle de Brahmaputra, reciben ayuda y apoyo con el objeto de crear un "Estado independiente" títere, que debe ser utilizado para la injerencia y la infiltración de elementos subversivos en la India.[25] Tales planes u otros similares han sido elaborados prácticamente para todos los países que Washington considera "no amistosos".

Simultáneamente con las operaciones secretas de la CIA, el Pentágono prepara plazas de armas para su futura intervención en los países de Asia. Con este fin se formó una agrupación básica de las fuerzas estratégicas de EE.UU. en el Asia Oriental y el Océano Pacífico, que está emplazada en el denominado "arco estratégico". En un extremo del arco, que va de norte a sur, se encuentra la isla Diego García, base de apoyo de la séptima flota norteamericana en el corazón del Océano Indico, y en el otro, la isla Guam, base de apoyo en el Océano Pacífico. En el Asia Oriental existe también una cadena de puntos de apoyo terrestres: las bases de las fuerzas aéreas y navales (Misawa, Yokosuka y Okinawa), el contingente militar en Corea del Sur, las bases en Filipinas (Clark Field y Subic Bay) y los objetos en Tailandia. En 1976, las fuerzas terrestres estadounidenses abandonaron Tailandia, pero los aviones tipo "Orion" de sus fuerzas navales siguen aterrizando en el aeropuerto Donmiang de Bangkok y en la base Utapao, realizando de cuatro a doce aterrizajes al mes durante sus vuelos entre Filipinas y la isla Diego García.

Para reforzar su presencia militar, Washington, después de que Reagan subió al poder, intentó, en primer lugar, fortalecer el sistema de acuerdos defensivos con los aliados asiáticos y hacer más activo el bloque ANZUS y, en segundo lugar, aumentar su penetración en esta zona y elevar allí la movilidad de las fuerzas navales y aéreas.

Es grave el peligro que supone semejante política para la seguridad de los países del Sudeste de Asia y, en general, del mundo, sobre todo si se toma en consideración que el Pentágono tiene preparados planes, como el que se elaboró para Irán, también para las demás regiones del mundo.

LA LECCION DE GRANADA

Un comentarista norteamericano llamó sarcásticamente la política exterior de la administración Reagan "rodeo furioso del elefante en una cristalería". La observación tan poco halagadora con un evidente intríngulis (el elefante es símbolo del Partido Republicano), destinada a quien manda ahora en la Casa Blanca, tuvo la máxima actualidad el 25 de octubre de 1983, cuando recorrió el mundo la noticia de que la casta militar norteamericana a sangre y fuego "restablece la democracia" (precisamente ello fue proclamado hipócritamente uno de los fines de la intervención de EE.UU.) en Granada, pequeño Estado del Caribe, que cuenta con tan sólo 110.000 habitantes.

En esta vergonzosa y criminal acción del bandidaje internacional, la agresión contra un Estado soberano, se reflejó como en una gota de agua el credo de política exterior que sigue la actual administración norteamericana. De intimidaciones y amenazas al "terrorismo internacional", por el cual se sobrentienden los movimientos de liberación nacional y revolucionarios, el "equipo de Reagan" pasó a una auténtica guerra, deslizándose de la "teoría" a la práctica ignominiosa de la violencia internacional. En aquellos días de octubre, cuando a la pequeña Granada, prácticamente indefensa, se trasladaban con gran prisa unidades de choque del Pentágono, porque los habitantes de la isla "ofrecieron mayor resistencia de la que se suponía", todo el mundo vio la verdadera faz de los terroristas de la Casa Blanca. Como escribiera en aquellos días la prensa occidental, la "cruzada" por la democracia se tornó en "una masa sangrante en la que convirtieron a Granada". Se hizo evidente que el terrorismo fue elevado, en definitiva, a la categoría de política estatal de EE.UU.

Olvidando las enseñanzas de Vietnam, Washington volvió a emprender la vía de la intervención abierta. Primero, fue en el Líbano, después en Granada. "Justificó" la ocupación de estos Estados soberanos y el fuego contra los habitantes pacíficos aduciendo que a EE.UU. "se le pidió ayuda". ¿Se le pidió matar y hacer fuego contra las ciudades y poblados pacíficos? No, aquí hay algo distinto. Durante el gobierno de Reagan, EE.UU. no consideró las peticiones auténticas de los pueblos de no injerencia en sus asun-

tos. Se hizo público que la Casa Blanca decidió ocupar a Granada antes de haber arrancado de los Estados isleños del Caribe la "invitación" a la agresión. Se pisotearon todas las normas del Derecho Internacional, la Carta de la ONU, los compromisos asumidos por EE.UU. ante la Organización de Estados Americanos y la propia Carta de esta entidad. Hasta los países de la OTAN, aliados de EE.UU., al recibir la invitación a "participar" en la aventura en Granada para dar apariencia de "carácter multinacional" a la intervención estadounidense, contestaron con una negativa e intentaron, como pudieron, disuadir del evidente e inaudito bandidaje a los aventureros internacionales que rebasaron todos los límites. Hasta en el Congreso de EE.UU., cuyos representantes fueron informados de la intervención en Granada sólo después de que empezó, muchos se mostraron perplejos y confundidos como, por ejemplo, el senador P. Moynihan quien declaró: "No sabía que la democracia se restablece con bayonetas".

En Washington ni siquiera ocultaban que contaban precisamente con las bayonetas. En octubre de 1983, en una de sus conferencias de prensa, el Presidente Reagan proclamó el "nuevo principio" del Derecho Internacional. Según este "principio", EE.UU. "tiene derecho" a realizar "operaciones secretas" (en la jerga de la CIA este término abarca todo, incluso el asesinato de estadistas que no son de agrado de EE.UU.) cuando estime que esto "se corresponde del mejor modo con sus intereses".

¡Nunca antes se había registrado nada semejante! Anteriormente, en ese país se trataba de ocultar de cualquier modo que la CIA y otros servicos especiales de EE.UU. eran los principales organizadores de golpes pronorteamericanos y asesinatos políticos y los suministradores número uno de armas y dinero a las bandas contrarrevolucionarias que actuaban contra los gobiernos progresistas que le resultaban "inconvenientes" a Washington. Bajo Reagan se empezó a alardear con ello. La CIA y otros servicios especiales fueron convertidos en destacamento de choque de la "cruzada" proclamada por el Presidente, en la que se recurre a todos los métodos y no se escatiman los medios. "Defenderemos la democracia en todas partes": proclamaron por intermedio del titular actual de la Casa Blanca los "padrinos" del mundo del capital. Está claro de qué democracia se trata. En una de sus conferencias de prensa Reagan declaró que considera modelos de "democracia" a Taiwán y Corea del Sur, esos regímenes represivos que no interrumpen durante años el terror contra las fuerzas democráticas. El diario *L'Humanité* preguntó con justa razón: si EE.UU. en efecto se preocupan tanto de la democracia, ¿por qué no envían sus tropas, por ejemplo, contra la dictadura de Pinochet en Chile? No las envían, ni lo harán luego porque en Chile la CIA restableció la "democracia" del tipo que hoy la Casa Blanca, según sus patrones, impone a Granada y quisiera imponer a Nicaragua y al mundo entero. Por eso la "defensa de la democracia" al

estilo de Reagan se torna en asesinatos de estadistas progresistas por medio de mercenarios de la CIA, en subvención y armamento de las bandas terroristas de *dushmanes* en Afganistán, irrupciones en Nicaragua de bandidos adiestrados por instructores norteamericanos, guerra psicológica, subversión y espionaje contra los países socialistas.

La revista *Afrique-Asie* señaló en marzo de 1983 que los estrategas políticos de la administración Reagan reelaboraron la doctrina Truman ("contención del comunismo") y la doctrina Dulles ("rechazo del comunismo") en conformidad con la "cruzada" proclamada por la Casa Blanca. Redujeron toda la doctrina de la seguridad nacional de EE.UU. a un simple estereotipo: todo lo que no se refiere al "capitalismo ortodoxo" es próximo al comunismo, por lo cual debe ser combatido. El objetivo de esta lucha consiste en impedir que los países en vías de desarrollo pasen a las posiciones antimperialistas, sigan la orientación socialista, y en "hacer volver al seno del mundo libre" a los países "perdidos" para el imperialismo, valiéndose de todos los métodos para desestabilizar el régimen existente en esos países.

LA DIPLOMACIA DE LAS CAÑONERAS

Con el pretexto de lucha "a muerte" contra el marxismo-leninismo, el Presidente Reagan declaró públicamente en los primeros días de su gobierno, que su país no se detendría ante nada

para "poner orden" en primer lugar en el "traspatio", es decir, en los países del Caribe y América Central.

Cuando el 25 de octubre de 1983, los "cruzados" de Washington arrojaron a Granada bajo la bota herrada de los marines, la prensa latinoamericana escribía que esta operación fue un ensayo para la intervención en Nicaragua. En la prensa estadounidense aparecieron noticias de que el "plan para Granada" puede ser empleado contra la revolución sandinista.

En aquellos días, en el Senado de EE.UU. volvieron a sonar llamamientos abiertos a "desestabilizar a Cuba". Era evidente que el documento aprobado en 1982 por el CSN sobre las acciones contra Cuba, Granada y Nicaragua, ahora se ponía en práctica.

El método que Reagan y su equipo emplean respecto al movimiento revolucionario y de liberación nacional es uno solo: si no consiguen su finalidad las "operaciones secretas", conspiraciones, asesinatos políticos, bloqueo económico y guerra psicológica, ellos utilizan sin vacilar el "gran garrote" y la "diplomacia de las cañoneras". Todo ello se encubre con peroratas sobre no se sabe qué "principios morales". ¿Qué "principios morales" tienen los que participan directamente en la "cruzada" de Reagan?

En diciembre de 1983, el periodista mexicano Ramón Jimeno interrogó a unos veinte "héroes de Granada", como los llamó el Presidente Reagan. Quería aclarar qué incentivos tenían para realizar la agresión y cómo la percibieron desde el

punto de vista moral. Las entrevistas son estremecedoras.

"La operación fue brillante —dijo uno— ... Recuerdo que estábamos en una emboscada. Vi a dos hombres y disparé. Ellos rodaron por la pendiente de la montaña..."

"¿Quiénes eran?"

"No sé —contestó—. Por lo visto, comunistas". El otro añadió: "¡Fue magnífico! ¡Cómo atacamos! Y luego nos permitieron tomar de las casas de los comunistas todo lo que quisimos. Lo que no nos pudimos llevar, destruimos. Como si nada... ¡Estas son las reglas de la guerra! ¡Fue bueno!"

El tercero agregó: "Asaltamos la embajada cubana. Allí destruimos todo: puertas, mesas. Y además, les quitamos todo el whisky, ¡qué bueno estaba!... Sí..."

El cuarto: "Hombres de la CIA nos indicaban cuáles eran las casas de los comunistas, allí los matábamos a todos. No quedaban vivos ni los pollos ni los cerdos. Lo limpiamos todo, liberamos al país".

El quinto: "Sí, hay que agradecer con toda el alma a los muchachos de la CIA. Ellos tenían centenares de agentes en la isla. Fueron nuestros guías".

Al advertir un gesto de desaprobación en el rostro del periodista, uno de los soldados exclamó: "¿No te gusta lo que relatamos? Pues recuerda: ¡nos presentaremos en cualquier país y haremos con él lo mismo que con Granada! Nos importa un bledo lo que piense su presidente.

Tampoco nos importa lo que opinan los presidentes latinoamericanos. Lo único que tiene importancia para nosotros es lo que piensa el nuestro, el Presidente de EE.UU. ¿Comprendiste?"

Estas declaraciones no necesitan comentarios, hablan por sí mismas. El mundo del capital prepara para las nuevas agresiones y guerras a sus soldados no sólo en los polígonos, donde se les enseña a manejar los novísimos tipos de armas y los métodos más perfectos de asesinato. Pasan también por centros donde les hacen lavado del cerebro inculcándoles el odio hacia el comunismo, hacia todos los sospechosos de simpatizar con él, y hacia todo lo humano en el hombre. Así se inculcan a los mercenarios del capital los "valores democráticos" y los ideales de la "democracia" en el "mundo libre".

En el curso de los acontecimientos de Granada se manifestaron también, con toda precisión, los objetivos finales de la "cruzada" de Reagan. Una de las primeras acciones de la infantería de marina, desembarcada en la isla, consistió en destruir el poder revolucionario. La prensa estadounidense se alegraba maliciosamente de que los proyectiles de la artillería norteamericana y los cohetes lanzados desde aviones destruyeron el palacio presidencial, como símbolo de que se había aniquilado el "régimen marxista" en Granada. ¡Cómo se parece esto al goce maligno de los ultraderechistas de EE.UU. cuando fue bombardeado el palacio presidencial en Santiago de Chile, donde combatió hasta el último disparo el Presidente Salvador Allende, elegido por el pueblo!

Los objetivos son los mismos. ¡Los símbolos también son los mismos!

No es extraño que tan pronto como llegaron los "cruzados" personificados por las unidades de choque de la infantería de marina de la 82 división de desembarco aéreo, emplazada en Fort Bragg, donde se encuentra el Estado Mayor de "unidades especiales" del Pentágono entrenadas para aplastar los movimientos de liberación nacional, en Granada aparecieron candidatos a primer ministro del futuro "gobierno democrático". Ellos se preparaban para ajustar cuentas, en nombre de la "democracia", con sus adversarios políticos, proclamaron de inmediato que romperían las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, Cuba y otros países socialistas y "pondrían orden" en el país. Claro, el orden conveniente al "equipo de Reagan", tal como el que Pinochet estableció en Chile.

Ya *post factum,* Washington proclamó "luchadores por la democracia" a estos títeres del "gobierno democrático" de Granada, esperando que el mundo olvidaría al poco tiempo que habían sido llevados a esta isla mártir por las bayonetas norteamericanas.

El mundo no olvidará. Granada y los acontecimientos en Nicaragua han traído muchas enseñanzas. Y siempre cuando en Washington se proclama desde altas tribunas el apoyo a los "luchadores por la libertad", cada uno comprende que se trata de la contrarrevolución, de los intentos de Washington de exportarla a los países socialistas y a los de orientación socialista.

PLAZAS DE ARMAS REGIONALES DEL TERRORISMO

Poco tiempo después de que Reagan proclamara el comienzo de la campaña de lucha contra el "terrorismo internacional", en la prensa soviética fue publicada una Declaración de la Agencia Telegráfica de la Unión Soviética, que decía: "El caldo de cultivo para la arbitrariedad, la violencia y el terrorismo en el ámbito internacional son la actividad y la política de quienes pisotean los derechos e intereses legítimos de los Estados y pueblos soberanos, quienes implantan la ideología del odio racial y nacional, quienes apoyan a los regímenes dictatoriales reaccionarios que se mantienen en el poder únicamente con ayuda del terror, quienes aplican la política de aumento de la tensión en el mundo y de espoleo de la carrera armamentista, quienes intensifican la psicosis belicista. Es ampliamente conocido de qué personas se trata".[1] Es precisamente EE.UU. —como señalara Fidel Castro— el que "presta apoyo y provee de armas a las dictaduras más corrompidas y criminales".[2] Ya hablamos sobre algunas de ellas, que gozan del apoyo de los servicios especiales norteamericanos.

En el período posbélico, Estados Unidos concedía a los gendarmes regionales un lugar especial en la estrategia global de la oposición a los movimientos de liberación nacional, utilizando para ello tanto a los bloques militares OTAN,

SEATO, CENTO y ANZUS como a algunos países, en primer término, Israel en el Oriente Próximo, la RSA en Africa, y Pakistán en el Sudoeste asiático. En el último período prepara activamente a Japón y Corea del Sur para realizar acciones de ese género en el Extremo Oriente y el Sudeste de Asia; a Australia y Nueva Zelanda para ejercer funciones de gendarme en la parte meridional de los océanos Pacífico e Indico, así como en Oceanía, donde en los años 70 y 80 han aparecido varios Estados independientes.

En su política respecto a estos países, la administración Reagan se atiene, en lo fundamental, a las doctrinas anteriores de política exterior, comprendidas la "doctrina Eisenhower" para el Oriente Próximo y la "doctrina de Guam" de Nixon, que preveía, en particular, un gran aumento de suministros de armas a los regímenes pronorteamericanos. Este hecho halló su reflejo en el programa de "vietnamización", cuyo objetivo era hacer que los vietnamitas combatiesen contra sus mismos compatriotas en aras de los intereses estrechamente egoístas de los monopolios estadounidenses bajo la bandera de la "lucha contra el comunismo".

La "doctrina de Guam" prácticamente no se suprimió del orden del día ni siquiera en la época de Carter, si bien éste se pronunció públicamente por la "moderación" en la venta de armas. Continuó aumentando a ritmos elevados el volumen de suministros militares norteamericanos a los regímenes reaccionarios. En 1970, la exportación de armas de EE.UU. fue de mil millones de dólares, mientras que en 1977 (al final del gobierno de la administración republicana), ya 11.200 millones de dólares, y durante la presidencia de Carter, hacia 1980, ascendió a casi 14.000 millones de dólares.

Caracterizando la política estadounidense en cuanto a la exportación de armas, la revista *Newsweek* dijo: "Lanzando por la borda los estériles esfuerzos de Carter de limitar el comercio internacional de armas, Reagan se manifestó dispuesto a suministrar armas a los gobiernos amigos en el Oriente Próximo, Africa, Asia y América Latina y prestar otra ayuda militar por valor de 15.000 millones de dólares".[3] Después se anularon las limitaciones impuestas por su antecesor sobre los suministros de armas a Pakistán, Chile y Argentina y se revisaron varias prohibiciones —que de hecho no se observaban— sobre el financiamiento y armamento de las unidades paramilitares integradas por distinta chusma contrarrevolucionaria y apoyadas por la CIA.

El 8 de julio de 1981, el Presidente Reagan firmó la directriz sobre la política de EE.UU. respecto a la exportación de armas. Decía, en particular, que los suministros de los tipos convencionales de armas y otro material de guerra y servicios militares se consideraban un importante elemento del sistema global de defensa y un componente inseparable de la política exterior estadounidense. Hacia 1983, la ayuda militar a los regímenes pronorteamericanos casi se duplicó frente a 1981.

Esta política de la nueva administración se

correspondía por completo con el programa de Reagan de intensificación de la lucha contra los movimientos de liberación nacional so pretexto de "luchar contra el terrorismo".

Entre los países cuya agresividad a escala regional fue directamente proporcional al volumen de la ayuda militar y financiera de Estados Unidos, uno de los primeros lugares le corresponde a Israel.

EL GENDARME DE WASHINGTON EN EL ORIENTE PROXIMO

El terrorismo, elevado por Tel Aviv a la categoría de política estatal, empezó a practicarse por los sionistas antes de que en 1947, en la ONU se decidiese la formación del Estado judío en una parte de la Palestina británica. Otra parte del territorio se destinaba al Estado palestino árabe, que nunca se creó. Buscando su "espacio vital", los sionistas, literalmente en vísperas de la formación de Israel, cometieron monstruosos crímenes contra los árabes.

El 9 de abril de 1948, los destacamentos armados de sionistas del grupo profascista "Irgun Zvei Leumi" asesinaron a cuchillo en la aldea de Deir Yassin a 254 árabes: hombres, mujeres y niños. El jefe de este grupo fue M. Begin, futuro primer ministro de Israel. Esta es la primera aldea mártir palestina de la lista. La siguen Kazaz, Salemah, Saris, Kastal, Biyar Addas y las víctimas de los perseguidores de árabes en las ciu-

dades de Tiberias, Haifa, Safad, Beisán, Jerusalén... Los sionistas han fusilado y torturado a miles de palestinos. En virtud de las agresiones israelíes más de un millón y medio de árabes fueron expulsados de sus tierras natales y se convirtieron en refugiados. "La idea sionista de la solución definitiva del problema árabe en Palestina y la concepción nazi respecto a la solución definitiva del problema judío en Alemania —escribió en 1965 el historiador palestino F. Sayegh— tienen base común: el exterminio de la población indeseable".[4] Desde cuando se escribieron dichas líneas, Israel ha librado tres guerras argesivas contra los árabes: en 1967 contra Siria, Egipto y Jordania (los sionistas ocuparon las tierras a que pretendían); en 1973 contra Egipto y Siria; luego siguió una serie de provocaciones incesantes contra los Estados árabes vecinos, que condujeron en 1982 a la guerra en el Líbano. Las primeras víctimas de estas guerras siempre han sido los palestinos a quienes la soldadesca sionista extermina sin piedad.

A pesar de todos esos crímenes, Washington apoya invariablemente a Tel Aviv.

Después de la Segunda Guerra Mundial, EE.UU. siguió en el Oriente Próximo un rumbo agresivo, guiándose al comienzo por la "doctrina Truman", que preveía oponerse por todos los medios, incluyendo el empleo de la fuerza, a cualesquiera regímenes inconvenientes para Washington, y luego, por la "doctrina Eisenhower", conforme a la cual en 1958 se efectuó la intervención en el Líbano. En el fondo, estas doctrinas cons-

tituyen también la base de la actual política hegemonista estadounidense.

Es lógico que el sionismo internacional se convirtiese en el primer aliado del imperialismo de EE.UU. en la aplicación de su política en el Oriente Próximo. Sin romper lazos con sus viejos patronos y aliados en Europa Occidental, puso sus esperanzas principalmente en EE.UU. y trasladó allí su cuartel general.

Los círculos gobernantes de EE.UU. ayudaron al sionismo a instalarse en el territorio de este país partiendo de sus propios intereses egoístas y no por compasión a la idea de crear el "foco judío nacional en Palestina" (a propósito, al comienzo, los sionistas proyectaban crear tal foco en Uganda o Argentina, y en los años 40 incluso se estudiaba la proposición de los militaristas japoneses de que se establecieran en Manchuria). Con el paso de los años, gracias a EE.UU., el sionismo se convirtió en destacamento de choque del imperialismo, y el Estado de Israel, en puesto de vanguardia de la política imperial de Washington en el Oriente Próximo.

Los sionistas millonarios de EE.UU., en conformidad con sus intereses de clase que contradicen los intereses de las masas trabajadoras hebreas, apoyan el rumbo militarista y expansionista de Israel. Ocupan un importante lugar en el complejo militar-industrial de EE.UU. Controlan, además, varios monopolios contratistas del Pentágono. Por ejemplo, los hermanos Lazarus, miembros de la directiva del "comité hebreo norteamericano", ejercen control sobre la compañía

aérea Lockheed, que destina un 90% de su producción al Pentágono. Los sionistas tienen firmes posiciones en el consorcio General Dynamics, que fabrica cohetes balísticos y de crucero, submarinos atómicos y bombarderos. Huelga decir que éstos y otros contratistas del Pentágono son los principales suministradores de armas a Israel.

Los monopolios petroleros desempeñan un papel muy activo en la formación de la política estadounidense en el Oriente Próximo. Estos monopolios, cuyo interés por proteger sus explotaciones petrolíferas vedadas, en particular en esa región, es de dominio público, desde los primeros días de institución de la CIA procuraron poner en puestos directivos a sus hombres, manteniendo siempre un intenso control sobre esa agencia.

La conversión de Israel en gendarme regional de EE.UU. en el Oriente Próximo fue acompañada no sólo de suministros masivos de armas a Tel Aviv, sino también del efectivo acoplamiento de los servicios de inteligencia de los dos países. "En el marco de los criterios anticomunistas —informó la revista *The Middle East*— fueron importantes las relaciones de la CIA con el Mossad, servicio de inteligencia israelí... El promotor de este acuerdo fue el jefe de la sección de contraespionaje de la CIA, el norteamericano James Angleton, quien ejerció gran influencia sobre las relaciones entre EE.UU. y Israel hasta su despido en 1974... Angleton admiraba a los sionistas, a quienes había conocido durante la Segunda Guerra Mundial; persuadió a sus superiores de las ventajas que obtendría EE.UU. si se le diera

al Mossad amplias atribuciones en la recogida de la información secreta sobre el Oriente Próximo."[5]

En los años 50 empezó también la cooperación entre la CIA y el Mossad en la región africana. En 20 años, esa agencia norteamericana gastó en dicha cooperación 80 millones de dólares.[6] Hacia 1959, la CIA coordinaba con el Mossad, a través de Angleton, todas sus operaciones en el Oriente Próximo. "En la esfera del intercambio de datos secretos —escribió Nath, antiguo encargado de negocios de EE.UU. en el Cairo— la cooperación americana con Israel no tiene precedente".[7] La eficacia de las incursiones aéreas realizadas por Israel el 5 de junio de 1967, en particular del bombardeo de aeródromos egipcios, fue asegurada en medida considerable debido a los datos obtenidos de fuentes estadounidenses sobre el emplazamiento de bases aéreas y aviones egipcios.

Con el servicio de inteligencia de Israel también colabora la Agencia de Seguridad Nacional (ASN), importante departamento de inteligencia estadounidense, que se ocupa del espionaje electrónico, radioescucha y marcación goniométrica de transmisiones y conversaciones radiales. En el curso de la agresión de 1982 contra el Líbano, la ASN y el servicio de inteligencia del Pentágono aseguraron la cobertura radioelectrónica de aviones israelíes que bombardearon Beirut y, anteriormente, avisaban sobre misiones de aviones sirios durante los combates aéreos efectuados en el valle del Bekaa.

Después de la agresión de 1967, la ASN organizó, con ayuda de aviones-espías U-2, el patrullaje de la zona del canal de Suez y proporcionaba a Tel Aviv fotografías aéreas correspondientes. Posteriormente, el espionaje sobre los países árabes y a lo largo de las fronteras de la URSS se encomendó a los aviones de las fuerzas aéreas de EE.UU., aprovisionados con el sistema de detección lejana AWACS.

La cooperación permanente que los servicios de espionaje de Israel mantienen con los servicios de inteligencia norteamericanos está consolidada por varios acuerdos bilaterales cuyo contenido se mantuvo en secreto durante largo tiempo. Los contactos directos para realizar operaciones secretas conjuntas, incluyendo el asesinato de personalidades políticas del mundo árabe, y en primer lugar, de dirigentes de la Organización de la Liberación de Palestina (OLP), no son sino un aspecto de esa cooperación. En 1970, el semanario paquistaní *People* escribió que Tel Aviv cumple misiones encomendadas por el Estado Mayor General del ejército norteamericano y la CIA.

Los "luchadores contra el terrorismo" procedentes de Washington se negaron incluso a condenar como terrorista el ataque aéreo de Israel contra el reactor nuclear iraquí el 8 de junio de 1981, a pesar de que fue un acto de auténtico terrorismo internacional. Y no es extraño que la orden fuese emitida por el superterrorista M. Begin, asesino y verdugo de Deir Yassin.

Cierto tiempo después se conocieron detalles

sobre el ataque de aviones israelíes a Irak. En el fondo, fue un acto doblemente terrorista. Se demostró que a los piratas aéreos les ayudaron los terroristas que actuaron dentro del edificio donde funcionaba el reactor. Los daños no fueron causados por bombas, sino por acciones precisas de saboteadores que estaban dentro de la instalación y sincronizaron su voladura con el bombardeo aéreo, y luego abandonaron el lugar. La comunicación entre este grupo y la base aérea militar israelí, donde despegaron los aviones, se mantenía por radio, y todas las informaciones se daban en clave. En la incursión cooperaron también aviones de las fuerzas aéreas estadounidenses, con bases en la zona del golfo Pérsico, en particular, los equipados con estaciones AWACS. Ahora se comprende el silencio guardado por Washington.

¿Cuál sería el escándalo que se levantaría en Washington, o en otras capitales occidentales, si algún país árabe hubiese realizado un ataque similar a los objetos nucleares israelíes en Dimon, donde, según la prensa extranjera, se produce el arma nuclear y adonde no pueden entrar incluso los representantes de la MAGATE? ¡Cuánta ira y pasiones mostrarían los representantes norteamericanos en la ONU, condenando semejante acto de "terrorismo internacional"! Pero el caso de Israel, el representante de EE.UU. en el Consejo de Seguridad prefirió... abstenerse de condenarlo. Y no es extraño, pues se trata de Israel, que cumple la voluntad del imperialismo norteamericano, y las acciones de los sionistas encuadran en su estrategia global, orientada a luchar contra el socialismo mundial, los regímenes progresistas y los movimientos de liberación nacional en los países en vías de desarrollo. Este factor explica el constante apoyo político, militar y financiero que EE.UU. dispensa a Tel Aviv.

A Israel le corresponde la mayor parte de la ayuda que Estados Unidos presta a otros países. Desde la creación de Israel (1948), le ha concedido asistencia militar por valor de cerca de 15.000 millones de dólares. Según datos aducidos en un memorándum de R. Boschwitz, jefe de la subcomisión para el Oriente Próximo, que forma parte de la comisión del Senado de EE.UU. para los asuntos exteriores, desde 1973 hasta 1982 Israel recibió de Estados Unidos ayuda económica y militar por la suma de 20.600 millones de dólares. En el año fiscal de 1983, la ayuda fue de casi tres mil millones de dólares, de los cuales más de la mitad fue concedida gratuitamente, y el resto es un crédito a largo plazo. Para el año fiscal de 1984, Israel pidió 3.210 millones de dólares, de los cuales 2.000 millones correspondieron a la asistencia militar. Un simple cálculo muestra que el volumen anual de tal ayuda bastó para la guerra que Israel desencadenó en el Líbano en 1982. Es preciso señalar que esta asistencia ha sido dispensada a Israel después de cometer su crimen más horrible contra los pueblos árabes.

...El 6 de junio de 1982, Israel irrumpió en el Líbano soberano. La finalidad de la operación, denominada con cinismo "Paz para Galilea", consistía en "resolver definitivamente" el pro-

blema palestino. Desde los primeros días se comprendió que se trataba de una operación genocida. El 1 de agosto, los agresores tenían en su cuenta sangrienta decenas de miles de palestinos y libaneses muertos y heridos. Cerca de un millón de personas quedaron sin techo, convirtiéndose en refugiados.

Al hacer uso de la palabra el 9 de agosto de 1982 en Beirut, un representante del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) declaró que el 80% de los heridos y damnificados en el curso de la agresión israelí contra los pueblos libanés y palestino eran ciudadanos pacíficos (la inmensa mayoría eran mujeres y niños). Confirmó que en los hospitales de Beirut occidental se encontraban niños quemados por proyectiles de fósforo, paquetes de bombas y bombas de balines. Muchos de ellos padecen perturbaciones psíquicas, así como enfermedades provocadas por desnutrición, falta de agua y asistencia médica elemental.

El representante de la UNICEF subrayó que la situación catastrófica, en que vivía la población pacífica de Beirut occidental en virtud del bloqueo israelí, la cantidad de víctimas y las destrucciones ocasionadas por bombardeos y cañoneos de las fuerzas intervencionistas de Tel Aviv no tenían precedente desde la Segunda Guerra Mundial. La semejanza a las atrocidades fascistas fue tan evidente que hasta algunos líderes del sionismo internacional, en particular N. Goldman, ex presidente del Congreso Judío Mundial, se apresuraron a separarse de la camarilla fascis-

ta de Begin-Sharon, declarando que el sionismo no tenía nada en común con ella. Fue una mentira, un intento de justificar el sionismo, condenado ya en 1975 por la ONU como "forma de racismo y de discriminación racial". El racismo determinó el contenido de la doctrina sionista del Estado, que se expresó en la exigencia de "tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra". Esto significaba que desde el comienzo los sionistas cifraban sus esperanzas en expulsar con violencia a los árabes del territorio de Palestina que hasta su división en 1947 estaba bajo el mandato de Gran Bretaña. A comienzos del siglo, los planes sionistas ya preveían la creación del Estado judío en todo el territorio de Palestina, incluyendo, además, tierras que hoy están dentro de las fronteras —internacionalmente reconocidas— de Egipto, Siria, Jordania y el Líbano.

En diciembre de 1981, A. Sharon, verdugo del Líbano y por entonces ministro de Defensa israelí, declaró que los intereses de su país "no se limitan a los países árabes del Oriente Próximo": los intereses estratégicos de Israel deben "extenderse por razones de seguridad, en los años 80, a países como Turquía, Irán y Pakistán, al golfo Pérsico y Africa, y particularmente a los países de Africa del Norte y Central".[8]

En febrero de 1982, el periódico *Journal of Judaism and Zionism*, órgano de la Organización Sionista Mundial, expuso el plan de los sionistas, que preveía la "balcanización", es decir el fraccionamiento en pequeños Estados nacionales, de Egipto, el Líbano, Libia y Sudán, la división de

Jordania y Arabia Saudita y otros Estados de la península Arabia. En el mismo plan se señalaba: "El fraccionamiento de Siria e Irak en varias regiones sobre la base de criterios étnicos y religiosos debe pasar a ser con el tiempo una tarea prioritaria de Israel; la primera etapa en esta vía es la destrucción militar de tales Estados".[9] Ahora vemos que este plan ya ha comenzado a ponerse en práctica con la operación "Paz para Galilea".

En todo el mundo, incluso en el mismo Israel, la monstruosa crueldad del agresor, que pisoteó decenas de miles de vidas humanas en el Líbano, originó una explosión de indignación. Incluso el diario israelí *The Jerusalem Post* expresó con franqueza su actitud: "Todos nosotros pasamos a ser copartícipes de la carnicería en masa en Beirut".[10] El senador norteamericano J. Abourezk acusó directamente al gobierno de su país de participar en el genocidio practicado por los sionistas en el Líbano: "El Gobierno de EE.UU. no puede eludir la responsabilidad por lo occurrido... Dió dinero, armas y otro apoyo".[11] Los norteamericanos indignados enviaron miles de cartas a las redacciones de los periódicos, exigiendo cesar de inmediato la ayuda de su país a Israel y refrenar a sus gobernantes que rebasaron todos los límites.

El Gobierno de EE.UU. hizo caso omiso de la protesta general. Su actitud hacia lo ocurrido la expresó con cinismo en las planas de *The New York Times* el almirante retirado E. Zumwalt, jefe del Estado Mayor de las fuerzas aéreas de

EE.UU. y miembro del Comité de los jefes de los Estados Mayores desde 1970 hasta 1974, cargos, desde los cuales cooperó con Israel durante la guerra árabe-israelí de 1973. Escribió: "Desde el comienzo de la operación, el Gobierno de EE.UU. reconocía que los objetivos estratégicos de Israel fueron paralelos en gran medida a los intereses americanos. Ahora, se advierte también que el resultado de la impresionante victoria promete ventajas suplementarias más allá de las fronteras del Líbano: en primer lugar, la presión militar de Israel condujo a la expulsión de la OLP del país; en segundo lugar, en Beirut se esbozan los contornos de un régimen prooccidental. Así pues, el Líbano se incorporará a Israel, Egipto y Turquía, formando un bloque seguro de amigos de EE.UU. en la parte oriental del Mediterráneo. Todo ello se logró sin gastos para Estados Unidos".[12]

Zumwalt expuso con detalle las ventajas que EE.UU. obtuvo "sin gastos considerables" por intermedio de su gendarme. El ex almirante y sus jefes no toman en cuenta las vidas humanas. Pero esta cuenta la presentan los pueblos tanto a Israel como a sus protectores washingtonianos.

La operación "Paz para Galilea" batió todos los "records" sionistas anteriores de barbarie y crueldad. Ciudades enteras —Saida y Tyr—, parte considerable de Beirut, 30 aldeas palestinas y 14 campamentos de refugiados desaparecieron de la faz de la tierra. En lugar de ellos, la casta militar israelí creó con gran rapidez, según mode-

los hitlerianos, campos de concentración cercados con alambradas eléctricas, mastines alemanes y centinelas en las torres. El sol abrasador sustituyó las cámaras de gas. Los prisioneros no recibían agua ni la asistencia médica elemental. Centenares de ellos perecieron a causa de la sed, las heridas y las enfermedades. El médico canadiense K. Giannu, que trabajó en la Sociedad palestina de la Media Luna Roja, comunicó que, en el campo de concentración ubicado en los suburbios de Saida, la soldadesca israelí mataba a los prisioneros con palos, porras de goma y cuerdas con tornillos de acero.[13] Cada día aumentaba el número de testimonios semejantes.

En julio de 1982, después de una enérgica intervención de la Cruz Roja Internacional, se logró liberar a algunos niños palestinos de la prisión israelí en el Líbano. "Con un grupo de amigos —relató Omar Sahid, de 15 años, a los periodistas en Damasco— llegué al sur del Líbano para visitar a mis parientes. Avanzábamos por el camino, cuando aviones israelíes empezaron a lanzar bombas. Nos refugiamos en una caverna y allí nos ocultamos durante varios días. De repente aparecieron soldados israelíes, que habían seguido nuestra pista con perros, y nos rodearon. Antes de tomarnos como prisioneros, lanzaron granadas a la cueva. Fuimos heridos y uno de mis amigos murió. Pero los soldados no prestaron atención a nuestras heridas. Nos golpeaban con las culatas de los fusiles y porras. Luego nos ataron, nos envolvieron en una red de pesca y, colgándonos a un helicóptero, nos transportaron a un

campo de concentración, donde había muchos palestinos".

"Los apaleamientos y torturas no se interrumpían ni por un día —continuó el relato de Omar su coetáneo Salah Myrei—. Los verdugos borrachos se convertían en verdaderas fieras y, lanzando toda su cólera sobre nosotros, nos sometían a crueles azotes y mofas. Casi todo el tiempo teníamos las manos atadas con una cuerda fina, que con el menor movimiento penetraba en la piel hasta hacernos sangrar. Nos dejaron varios días sin comer ni beber... Vi morir de hambre y de los constantes azotes a uno de nuestros compatriotas".

Evidentemente, los niños fueron los que más sufrieron a causa del terrorismo israelí, apoyado por EE.UU., en el curso de la agresión sionista al Líbano. Un corresponsal de la revista *The Middle East* contaba: "Rosa, de ocho años, que recogió en el valle del Bekaa una mina-sorpresa en forma de juguete, está hoy en el hospital Jaffa de la Sociedad palestina de la Media Luna Roja, en Damasco. Cuando la vimos, aún estaba bajo los efectos de la anestesia después de la operación. Las partes de su cuerpo que no estaban enyesadas, fueron cubiertas de heridas ocasionadas por metralla. En su mejilla había suturas que, al parecer, marcarán para siempre su rostro".

Los israelíes concentraron sus golpes en los objetivos civiles, y sus principales víctimas fueron los niños. Muchos de ellos recibieron graves heridas, perdieron extremidades y padecen también

enfermedades psíquicas. Una médica de Katar habló con ira y dolor sobre tales crímenes: "Estas matanzas causaron el mayor número de víctimas entre los niños. Hoy atendí a una familia de refugiados. Antes, esta familia constaba de 12 personas. Hoy quedan con vida tan sólo la madre y una hija de 11 años. La niña no es capaz de mantener contacto (como resultado de la conmoción —*V.B.*) con las personas que la rodean". Otro médico habló de una niña de 14 años, que perdió un ojo durante el bombardeo israelí en el sur del Líbano en 1978: "Durante el último ataque, la ola explosiva la lanzó contra el suelo y su ojo de cristal cayó. En estado de conmoción, nerviosa, recogió el cristal roto y lo insertó en la cuenca del ojo, hiriéndose e introduciendo infección".[14]

Cada vez se conocen más datos sobre el uso por los israelíes de armas bárbaras procedentes de EE.UU. "Tratábamos a muchas víctimas de bombas de fósforo lanzadas en el valle del Bekaa —dijo el doctor griego Iraqui—. Los tejidos se separan, una capa tras otra, como si se tratase de una cebolla". Médicos griegos también trataron en Beirut a personas quemadas por napalm.[15]

Como señalaron la Asociación Internacional de Juristas Demócratas y otros organizadores del Tribunal Internacional para investigar los crímenes cometidos por Israel en el Líbano, en junio de 1982 existían todas las razones para acusar a Israel de haber perpetrado crímenes de guerra, condenados por el Derecho Internacional, comprendidas las decisiones del tribunal que juzgó a los criminales nazis en Nuremberg. Se trata de bombardeos premeditados contra la población pacífica, el cese del suministro de víveres y energía eléctrica, el uso de medios bárbaros de exterminio de seres humanos, tales como bombas de balines, de vacío y de fósforo, el bombardeo de hospitales protegidos con emblemas de la Cruz Roja y la Media Luna Roja. ¡Y ésta no es una relación completa!

Huelga decir que Israel no podría cometer todas estas fechorías, si no tuviese un protector tan poderoso como es Estados Unidos de Norteamérica.

El 26 de mayo de 1982, 10 días antes del comienzo de la agresión israelí contra el Líbano, durante la visita de Sharon a EE.UU., la comisión del Senado norteamericano para asuntos exteriores decidió entregar complementariamente a Israel 300 millones de dólares como ayuda militar gratuita y concederle 125 millones en concepto de asistencia económica. Además, llegó al acuerdo con Sharon de suministrar otros 75 aviones F-15 por un valor de 2.500 millones de dólares.

El mundo caracterizó con justa razón como farisáicas las tentativas de la administración estadounidense de hacerse pasar por "parte no interesada". Testimonio de ello fueron los nefastos acontecimientos posteriores ocurridos en Beirut: Después de que los combatientes de la OLP, sin inclinar su bandera y con las armas en la mano abandonaron Beirut para detener el derramamiento de sangre causado por el agresor israelí en

dicha ciudad, los bárbaros sionistas y sus cómplices vengaron en sus familias.

Del 15 al 18 de septiembre, los destacamentos de falangistas fascistoides, apoyados por la soldadesca sionista y con la aprobación de la dirigencia israelí, organizaron una carnicería en los campamentos palestinos de Sabra y Shatila en Beirut occidental, de la cual resultaron víctimas cerca de 7.000 mujeres, ancianos y niños.

He aquí el relato de una mujer palestina, testigo de la tragedia de Shatila en la noche del 15 al 16 de septiembre: "Nada más entrar en el campamento, los soldados liquidaron a una familia palestina: ocho niños, el padre, la madre y dos parientes suyos. Luego cavaron un foso junto a la casa y los arrojaron a él. Los mismos soldados se acercaron a nuestra casa. Uno de ellos tenía un hacha. Le dije: "No mate a mi padre. Tiene 60 años. ¿Qué le hizo a ustedes"? Mataron a mi padre ante mis ojos. Mi hermana salió gritando: "Padre! ¡Padre! ¿Por qué lo mataron, por qué?" Le pegaron un tiro. Mi tía y dos mujeres más suplicaron a los soldados que se apiadaran de los niños. Los soldados entraron en la casa y ante los ojos de mi tío mataron a todos los hombres... Entraron en casa de mi sobrino y lo quemaron vivo con un lanzallamas. Literalmente lo destrozaron... Es imposible describir la agonía de las madres que vieron como mataban a sus hijos. Los soldados ataron los cadáveres de los hombres por los pies y los colgaron de la puerta del complejo deportivo ante los ojos de sus madres y esposas. En las familias de los combatientes palestinos de la resistencia no dejaron vivo a ningún niño.

Esto es sólo parte de lo ocurrido, lo que vi con mis propios ojos. Pero puedo contar centenares de historias sobre esta tragedia de los palestinos. No es una guerra entre dos pueblos. Es una tragedia, cuya esencia consiste en que los sionistas y los falangistas quieren exterminarnos a nosotros, los palestinos".[16]

Una sencilla mujer palestina, sobreviviente de esta horrible tragedia, sacó certera conclusión: toda la operación "Paz para Galilea", y no sólo la carnicería en Sabra y Shatila, estaba orientada al genocidio de los palestinos, a "liquidar el problema palestino" exterminando al pueblo palestino. El método es el mismo que emplearon los hitlerianos para "solucionar definitivamente" el problema hebreo.

La investigación realizada entre octubre y diciembre de 1982 por el tribunal supremo israelí, a pesar de los grandes esfuerzos para influir sobre su resultado, desplegados por los "carniceros" de Tel Aviv y sus cómplices estadounidenses ante las pruebas incuestionables, condujo a la dimisión de Sharon y de varios generales. Se reconoció culpable indirecto a Begin, quien sabía de las matanzas en Sabra y Shatila, y no hizo nada para detenerlas.

Antes de que terminara la investigación, el periódico israelí *Má ariv* informó que EE.UU. también estaba enterado de los sucesos en los campamentos palestinos, pero ni siquiera intentó impedir el asesinato en masa de personas indefensas. "Las personalidades oficiales de EE.UU.

—dijo *Daily World,* periódico de los comunistas norteamericanos—, no insistieron en que emprendieran acciones inmediatas para que cesara la matanza, ni tampoco usaron con estos fines sus posibilidades de presión política sobre Israel."[17] Los cómplices del genocidio de los palestinos callaron precisamente en virtud de las causas, sobre las que escribió con cinismo el almirante Zumwalt.

Todas las acciones de EE.UU. en apoyo a la agresión israelí en el Líbano contradicen tanto las leyes norteamericanas como el Derecho Internacional.

La irrupción armada masiva emprendida por Israel en el Líbano entra en pugna con la legislación estadounidense, así como con las normas del Derecho Internacional. El artículo 6 de la Constitución de EE.UU. dice que "todos los tratados concertados o que se concertarán por Estados Unidos son leyes supremas del país". Las acciones de Israel, a las que favorecía el actual Gobierno, constituyen una infracción de varios tratados en los que Estados Unidos participa como parte contratante. Entre ellos figuran, en primer lugar, las Convenciones de Ginebra sobre la protección de las víctimas de la guerra (1949). Tanto EE.UU. como Israel y los demás Estados participantes en las operaciones bélicas en el Oriente Próximo, son partes contratantes de dichas convenciones. Las acciones de Israel contradicen varias cláusulas de dos convenciones del Derecho Humanitario Internacional: la tercera Convención (sobre el trato de prisioneros de guerra) y la cuarta

Convención (sobre la protección de personas civiles en tiempo de guerra).

El Estado de Israel siempre se niega a aplicar la Convención de Ginebra sobre la protección de personas civiles en los territorios ocupados, aunque en su artículo 2 se prevé su aplicación "en todos los casos de ocupación parcial o total del territorio". Estados Unidos apoya el consenso, existente en la comunidad internacional, de que esta convención es aplicable en todos los casos.

El artículo 33 prohíbe utilizar medios de terror contra la población civil tales como bombardeos concentrados de objetivos civiles. Una violación directa de este principio son los ataques a las aldeas libanesas y a la ciudad de Beirut, durante los cuales fueron muertos o heridos miles de ciudadanos inocentes.

El artículo 18 de la Convención sobre la protección de personas civiles dice, en particular: "Los hospitales civiles... no pueden ser atacados bajo ninguna circunstancia". En su información del 14 de junio de 1982 destinada a *The Washington Post,* J. Randall menciona un ataque prolongado (de cuatro días) al sanatorio en el que desde 1937 trataban a enfermos de tuberculosis y donde se encontraban pacientes de edad provecta (muchos de ellos están inmovilizados en la cama), personas de distintas creencias y comunidades del Líbano. Según el director del hospital, la cruz roja pintada en el tejado y una bandera de la Cruz Roja colocada en el tercer piso eran visibles, cuando los israelíes hicieron fuego.

El 13 de junio de 1982, William Clayborn es-

cribió en *The Washington Post* que los "camiones militares israelíes trasladaban a los prisioneros esposados y con los ojos vendados del Líbano a sitios desconocidos de Israel". Semejante trato constituye una violación tanto de la Convención sobre la protección de personas civiles como de la Convención sobre el trato de prisioneros de guerra.

El artículo 66 de la Convención sobre la protección de personas civiles prevé la vista de las causas de los prisioneros sólo por "tribunales militares no políticos, a condición de que se encuentren en territorio ocupado". Por consiguiente, el traslado de prisioneros del Líbano a Israel es otra violación de la convención.

El artículo 4A (2) de la Convención sobre el trato de prisioneros de guerra estipula las condiciones especiales, según las cuales los miembros de los movimientos de resistencia se consideran prisioneros de guerra sobre las mismas bases que el efectivo de las fuerzas regulares. Entre estas condiciones figura la siguiente: dichos miembros están encabezados por un responsable de los subalternos; tienen un signo distintivo determinado y muy visible; portan armas abiertamente y observan en sus acciones las leyes y normas de la guerra. El Gobierno de Israel se niega a conceder a palestinos el estatuto de prisioneros de guerra.

Apoyado por EE.UU., Israel violó también la IV Convención de la Haya del 18 de octubre de 1907 respecto a las leyes y normas de la guerra en tierra. Actualmente, el derecho consuetudinario reconoce obligatoria esta convención. El artículo 23 (sección II *Sobre las operaciones militares,* capítulo I *Sobre medios para ocasionar daño al adversario, asedios y bombardeos*) prohíbe usar armas "capaces de causar sufrimientos innecesarios". Todos consideran que esta prohibición se extiende a las armas de acción no dirigida. Paquetes de bombas usados por Israel en el Líbano pertenecen, sin duda, a la categoría prohibida. Además, el empleo de armas norteamericanas en las operaciones contra la población civil contradice la legislación de Estados Unidos y su acuerdo con Israel sobre el suministro de armas.

Con la aprobación de EE.UU., Israel infringió el artículo 2/4/ de la Carta de la ONU, que prohíbe usar la fuerza contra la integridad territorial de otro país. Israel afirma que la intervención en el Líbano no está sujeta a esta prohibición, pues constituye un acto de autodefensa. Pero, no se corresponde con los requisitos de autodefensa, el más importante de los cuales es el que exige la proporcionalidad del golpe de respuesta. Como se afirma en Tel Aviv, las operaciones militares fueron emprendidas como acción de venganza por el ataque al embajador israelí en Londres. Pero según datos de la policía inglesa, este ataque no fue realizado por la OLP, sino por el grupo terrorista de Abu Nidal, que en otro tiempo atacó también a líderes de la OLP. Además, los evidentes preparativos para agredir al Líbano empezaron mucho antes del incidente de Londres.

Estados Unidos es culpable de participar en estos actos ilegales. En conformidad con la ley consuetudinaria establecida por la Convención

sobre la prevención y castigo del crimen de genocidio (1948) y los principios proclamados después de la Segunda Guerra Mundial en el proceso de Nuremberg, en el que muchos nazis comparecieron ante el tribunal por cometer crímenes de genocidio, se considera delito internacional todo intento de exterminar grupos de población, como hace Israel respecto a los palestinos.

"Al apoyar la violación por Israel del Derecho Humanitario Internacional, parte considerable del cual fue elaborada para impedir que se repitiera la práctica nazi de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial —escribe la revista *The Middle East*—, el Gobierno de Estados Unidos pasará a la historia como culpable en la misma medida que el régimen sionista, al que apoya, y el régimen nazi".[18]

Otros hechos confirman también estas acusaciones.

Según datos del Banco Internaciónal para la Reconstrucción y Desarrollo, Israel ocupa el primer lugar en el mundo por el nivel de gastos militares por habitante.

Gracias a las inversiones y tecnologías de los monopolios norteamericanos, la industria de guerra israelí produce hoy cerca de 160 modelos de armas, que suministra a los regímenes más reaccionarios del mundo, ante todo, a la RSA. En 1980, el valor del volumen global de exportación de armamentos ascendió a 1.200 millones de dólares. La producción militar pasó a ser en el país la principal fuente de divisas. La sola venta de una escuadrilla de aviones "Kfir", ensamblados

con bloques recibidos del extranjero, le reporta a Israel lo mismo que la exportación de la cosecha anual de cítricos.

Washington pone sus esperanzas en la fuerza brutal, en la creación de la plaza de armas del Pentágono para realizar aventuras bélicas en el Oriente Próximo. En el fondo, también la componenda de Camp David, cuyos participantes, oponiéndose a la comunidad mundial, trataron de imponer una autonomía limitada a los palestinos y perpetuar la ocupación israelí de tierras árabes, constituyó una base para legalizar el incremento de la presencia militar norteamericana en la región y preparar la agresión contra el Líbano.

Tratando de justificar los reveses de la diplomacia de EE.UU. en el Oriente Próximo, en la Casa Blanca se quejan a menudo de que Israel le desobedece. En abril de 1983, *Daily World* dió una buena respuesta a semejantes argumentos: "La ayuda de EE.UU. a Israel, por un valor de muchos miles de millones de dólares, condujo a que su máquina militar haya matado o herido a 75.000 árabes sólo en los últimos 10 meses. Hoy, las fuerzas israelíes en el Líbano preparan una guerra contra Siria. Estados Unidos ha creado al monstruo Frankenstein en el Oriente Próximo... La vida del Frankenstein de las películas se mantenía con enormes cargas de electricidad. Asimismo, EE.UU. mantiene al monstruo militar israelí con enormes suministros militares".[19]

Si EE.UU. hubiese desconectado esta "fuente de alimentación", desde hace mucho la paz en el Oriente Próximo habría sido realidad. Pero desea

la paz sólo bajo las condiciones norteamericanas e israelíes y trata de imponer su voluntad a los árabes como antes, en los tiempos de Eisenhower, cuando la infantería de marina estadounidense irrumpió en el Líbano.

AYUDANTE PROVENIENTE DEL REINO DEL APARTHEID

Con ayuda de los monopolios norteamericanos, la República Sudafricana pasó a ser gendarme regional al igual que Israel. Es sintomático que precisamente en 1960, EE.UU. haya empezado a dar una ayuda tan enorme al régimen del apartheid y a aumentar el volumen de inversiones en la RSA. En ese entonces toda Africa Negra se alzó a la lucha por su independencia. Los racistas de la RSA celebraron a su manera el Año de Africa, con el sádico fusilamiento y los asesinatos en masa de habitantes del ghetto negro en Sharpeville, cerca de Johannesburgo.

Como escribiera M. Naicker, miembro de la dirección del Congreso Nacional Africano (CNA) de la RSA, "Estados Unidos, con su afán de atizar guerras y adquirir capitales, valiéndose de discordias, sacó a la RSA de la crisis financiera que siguió a la masacre de Sharpeville en 1960. Desde aquel año, precisamente, se registra el nefasto crecimiento del apoyo financiero que presta al apartheid".[20] En 1960, las inversiones norteamericanas directas en ese país constituyeron alrededor de 286 millones de dólares, hacia 1963 esta suma casi se duplicó.

Entre los monopolios y bancos estadounidenses que actúan en la RSA, saquean las riquezas nacionales de Namibia y explotan el trabajo barato de las personas "de color", quienes se encuentran en la RSA en condición de ciudadanos de segunda y tercera categorías, figuran el Chase Manhattan Bank, de Rockefeller, que fue el primero en conceder a Pretoria un empréstito por la suma de 10 millones de dólares; el First National City Bank; las compañías Goodyear y Xerox; la compañía minera Tsumeb, norteamericano-inglesa, y otras. El presidente del CNA, Oliver Tambo, afirma que sin las inmensas inversiones que recibe de Occidente, el régimen criminal de Pretoria se desmoronaría bajo el embate de las masas africanas.

Durante la presidencia de Carter empezó la preparación para incorporar a la RSA a la alianza estratégica con EE.UU., para lo cual, en particular, se proyectaba utilizar la base naval de la RSA en Simonstown. Se intensificaron los contactos del Pentágono con los militares de ese país, aunque se mantenían en riguroso secreto. Bajo Reagan se anularon las limitaciones para ayudar a la RSA (en época de Carter, esta ayuda se prestó, por lo común, a través de terceros países). Las delegaciones militares de la RSA empezaron a frecuentar Washington, y se celebraron los primeros contactos políticos a nivel oficial.

La CIA y el servicio de inteligencia del Pentágono son los socios más antiguos de Pretoria. Su colaboración con el régimen del apartheid en la RSA es ocultada con gran cuidado. Hasta la comisión del Congreso, que en 1975 y 1976 investigó

los crímenes de la CIA, procuraba no presionar sobre este "nervio sensible". Este carácter secreto se explica ante todo por la participación de los más importantes monopolios estadounidenses en la economía de la RSA, sus estrechos nexos con el régimen del apartheid y, como consecuencia, la transformación de varias filiales de las firmas norteamericanas en "cobertura" para los agentes de la CIA. Estos agentes empezaron a actuar muy enérgicamente a comienzos de los años 60, en épocas de Kennedy y Johnson. Es en aquel período, cuando la CIA y otros servicios de inteligencia norteamericanos prepararon una serie de golpes de Estado con el objeto de derrocar en Africa gobiernos que le resultaban inconvenientes a EE.UU.

Tal destino corrió, en particular, en Gobierno de Kwame Nkrumah en Ghana en 1966. Pero sólo en 1978, la prensa norteamericana publicó datos que revelaban que "la CIA consultó y apoyó al grupo de ofciales disidentes del ejército, que derrocaron el régimen del Presidente Kwame Nkrumah", quien "enfadó a Estados Unidos por mantener estrechos lazos con la Unión Soviética".[21]

Los agentes de la CIA en Accra, encabezados por un tal Baines, financiaron a manos llenas a los conspiradores y mantuvieron con ellos fuertes contactos durante la preparación del golpe de Estado. Datos sobre el particular se incluyen en el libro *En busca del enemigo,* escrito por J. Stockwell, antiguo agente de la CIA.

Stockwell reveló también no pocos detalles sobre la participación de la CIA en la guerra

secreta contra Angola después de que en noviembre de 1975 había proclamado su independencia, llegando al poder el Gobierno del Movimiento Popular de la Liberación de Angola (MPLA), encabezado por Agostinho Neto.

En 1975, el Presidente Ford asignó más de 30 millones de dólares para la ayuda secreta a las bandas terroristas contrarrevolucionarias del Frente Nacional por la Liberación de Angola (FNLA), encabezado por Roberto Holden, y de la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA), dirigida por Jonas Savimbi. Esa asignación coincidió con el período de sesiones de la comisión para investigar la actividad de la CIA. Su entonces director, W. Colby, indujo a error a los congresistas en lo relativo a la actuación de esa agencia en Angola, proporcionándoles "información patentemente falsa acerca de la operación que la CIA realizaba en Angola".[22]

La enmienda de Clark, aprobada por el Congreso de EE.UU. en 1976, limitó las posibilidades legales de la CIA de dispensar ayuda a la UNITA y al FNLA, pero en 1981 el Senado anuló dicha enmienda. En aquel entonces, la Cámara de Representantes no dio su consentimiento, pero esto no constituyó obstáculo para la CIA. He aquí lo que escribió en mayo de 1982 la revista *Afrique-Asie:* ". . .Los republicanos tienen la mayoría en el Congreso y en la comisión especial del Senado, que se ocupa de controlar los servicios de inteligencia estadounidenses, y, por lo visto, aspiran más bien a estimular, antes

que restringir, las actividades de la CIA. Probablemente senadores como Barry Goldwater aseveraron a la agencia que no ocurriría nada si no respetase dicha enmienda"[23].

Formalmente la CIA no mantuvo contactos con la UNITA y el FNLA, encomendándolos al servicio de inteligencia de la RSA. Al mismo tiempo, Washington prestó apoyo político abierto a Savimbi, que a comienzos de 1982 hizo una visita oficial a EE.UU. En el hotel donde se instaló, se izó la bandera de la UNITA y fue recibido como si fuera presidente de Angola. Se entrevistó con Haig, Secretario de Estado, quien le garantizó la máxima ayuda.

He aquí la cronología de la colaboración de los protectores norteamericanos de la RSA con su ejército racista que empezó en 1975, tres semanas antes de que Angola proclamara su independencia, con una amplia irrupción en su territorio a fin de impedir la instauración de la república inconveniente para EE.UU. Por intermedio de los racistas de la RSA, EE.UU. intentó ahogar en sangre la revolución angoleña.

El 14 de octubre de 1975, tres columnas blindadas cruzaron la frontera de Angola y ocuparon extensos territorios. Portando uniformes portugueses para camuflarse, las tropas de la RSA colocaron en los cargos de poder local, en todo el país, a títeres de la UNITA.

Con ayuda internacionalista de Cuba, así como de varios Estados africanos, el pueblo angoleño repelió la agresión. El 27 de marzo de 1976, expulsó a las tropas de la RSA del territorio de Angola. Según el informe presentado por ese país en la ONU, el daño causado por la agresión se calculó en 6.700 millones de dólares. La república, que todavía no se había afirmado lo suficiente, fue debilitada mucho por la invasión. Las tropas punitivas de la RSA y de la UNITA exterminaron ferozmente a miles de personas.[24]

El 4 de mayo de 1978, las tropas de la RSA atacaron el campamento de refugiados de Namibia, ubicado en el territorio de Angola en Cassinga. En el ataque participaron 200 paracaidistas, aviones de transporte S-130, concedidos por EE.UU., helicópteros, cazas "Mirage" y aviones de exploración F-2, de fabricación norteamericana. En el campamento fueron asesinadas 612 personas, de ellas 167 mujeres y 298 niños. Cerca de 700 personas fueron heridas.

El 26 de febrero de 1979, las tropas de la RSA, en unión de las tropas del régimen racista de Smith, destruyeron en Angola el campamento de refugiados de Rhodesia del Sur (en Boma). El saldo de esta incursión terrorista fue de 200 personas muertas y 600 heridas; los daños materiales ascendieron a 4 millones de dólares. Como resultado de las numerosas provocaciones armadas de la RSA entre 1976 y 1979, Angola resultó terriblemente perjudicada. El objetivo de esa guerra era doblegar a la RPA y restablecer un régimen neocolonialista.

El mismo objetivo lo tenían la operación "Proteo", que continúa desde agosto de 1981, cuando irrumpieron en Angola más de 11.000

soldados y oficiales de la RSA dotados con tanques pesados, artillería y cohetes, y la amplia intervención de 1983. La RSA ocupó 55.000 km² de la provincia angoleña de Cunene. El papel de Washington en estos acontecimientos fue análogo al que desempeñó como copartícipe en la agresión israelí en el Líbano.

En la primavera de 1982 se descubrieron nuevos hechos sobre suministros militares de la CIA a la RSA. La subcomisión para Africa, adjunta a la comisión para los asuntos exteriores de la Cámara de Representantes, el 24 de marzo presentó al Congreso de EE.UU. un informe detallado sobre las operaciones de suministro a la RSA de grandes partidas de armas desde 1976 hasta 1978, es decir, en el período posterior a la aprobación de la enmienda de Clark.[25]

En el curso de la investigación se estableció que, en 1975, un tal John Forst, propietario de empresas en EE.UU. y Bélgica, compró por encargo de la CIA grandes partidas de armas en Tailandia y Taiwán para entregarlas a las fuerzas contrarrevolucionarias en Angola. Un funcionario de la CIA le ayudó a transportar las armas a través de la RSA a Angola. Forst también compraba armas para la RSA directamente a la compañía norteamericana Space Research Corporation of North Troy, con sede en el Estado de Vermont y, que, al parecer, servía de "cobertura" para la CIA. A través de esta firma fueron suministrados cerca de 60.000 proyectiles para obuses de 155 milímetros.

Los amotinados de la UNITA y el FNLA,

aprovisionados de armas por la CIA y la RSA asesinaban a los activistas del MPLA y a los habitantes pacíficos, incendiaban empresas y granjas, destruían cultivos y aldeas enteras. En las reiteradas irrupciones de las tropas de la RSA en el territorio de Angola, esas bandas desempeñaron invariablemente el papel de ayudantes de la casta militar racista, y fueron utilizadas también para luchar contra la SWAPO.

Cabe señalar que los "luchadores contra el terrorismo" procedentes de la RSA —precisamente así describe la prensa racista a la soldadesca que realiza incursiones en Angola y las zonas controladas por la SWAPO en Namibia— mantienen estrechas relaciones con sus correligionarios estadounidenses que "luchan contra el terrorismo". Es evidente que tales contactos tienen una base ideológica común: los círculos gobernantes tanto de EE.UU. como de la RSA consideran "terroristas" todos los movimientos de liberación nacional.

Como en otros numerosos casos, es preciso buscar a los terroristas internacionales en EE.UU. y en la RSA. ¿Por qué EE.UU. no investiga la participación de la CIA y los servicios de inteligencia de la RSA en el intento de golpe en las islas Seychelles en noviembre de 1981? Las pruebas de tal participación son más que suficientes.

Por las noticias de la prensa sudafricana se sabe que Michael Hoare, cabecilla de los mercenarios que irrumpieron en las islas Seychelles, los reclutó con el dinero concedido por la CIA. "Mike el Rabioso" fundó en Johannesburgo el "club

de gansos salvajes", que se convirtió en centro de mercenarios en Africa. Secciones del club, que de hecho son centros de reunión de mercenarios, existen también en EE.UU. —en Boulder, Dallas y Miami— y en varios países euroccidentales.

Desde hacía mucho tiempo, los servicios secretos de la RSA y EE.UU. tienen elaborado el plan para derrocar el Gobierno de F. René. Se propusieron realizarlo en 1979. Sin embargo, el Gobierno de las islas Seychelles previno a tiempo la irrupción que se preparaba. Un nuevo intento de derrocar a ese Gobierno legítimo se emprendió después de la visita efectuada en noviembre de 1981 por R. Ross, alto funcionario del Departamento de Estado de EE.UU., quien trató de presionar al Gobierno de la república para obligarlo a cambiar su política exterior, es decir, hacerla pronorteamericana. Tomando en consideración la creciente importancia estratégica de las islas Seychelles en el Océano Indico, Washington procuraba tener a su disposición una de las islas del archipiélago para convertirla en un nuevo "portaaviones insumergible" de su flota naval. Además, EE.UU. se interesó por las reservas de petróleo descubiertas allí. El Gobierno de la república rechazó las propuestas de Ross, y como respuesta la administración Reagan aprobó la irrupción de mercenarios imperialistas en las Seychelles.

Los senadores estadounidenses podrían interesarse por investigar las operaciones conjuntas de la CIA y del servicio de inteligencia de la RSA en otros países de Africa —Mozambique y la isla

Mauricio— y por las intrigas de la CIA contra Zimbabwe, Etiopía, Benin y Madagascar. Sin embargo, en los "pasillos del poder" norteamericanos no se acepta considerar ilícita esa actividad subversiva de los servicios de inteligencia de EE.UU. y de sus aliados como la RSA.

El terrorismo a la norteamericana, política que tiene como finalidad aplastar a los movimientos de liberación nacional y luchar contra los países en vías de desarrollo, que han elegido el camino de desenvolvimiento independiente y de orientación socialista, contradice los intereses nacionales de EE.UU., a pesar de los insistentes empeños de Reagan por convencer de lo contrario a sus compatriotas. Washington tiene cada día mayores dificultades para ocultar su auténtica fisonomía bajo la máscara de "moralista internacional", son cada vez más vanos sus intentos de justificar ante la opinión pública mundial a sus criminales ayudantes que actúan en Africa, Asia y América Latina.

UNA RED DE ASESINOS

En la red terrorista internacional, controlada por EE.UU., actúan con gran intensidad los servicios especiales de Israel, de la RSA y de las juntas latinoamericanas. En la ONU, muchos países en vías de desarrollo condenan sistemáticamente la política expansionista de Israel, por lo cual Tel Aviv, considerándolos "regímenes no amistosos", concede al Mossad carta blanca para

BIBLIOTECA-FESSC

luchar contra esos países mediante una guerra invisible, pero implacable, librada contra sus líderes.

Los espías israelíes en Africa mantienen una estrecha cooperación con el servicio de inteligencia de la RSA. W. Edmondson, jefe de las secciones de inteligencia de la CIA en Africa Central y del Sur y embajador de EE.UU. en Pretoria, se ha entrevistado más de una vez con agentes del Mossad y líderes del servicio secreto sudafricano para dar un enfoque común a algunos problemas, sobre todo a los relativos a las acciones contrarrevolucionarias efectuadas en Namibia y Zimbabwe.

A partir de 1972 y hasta la fecha, los terroristas sionistas han cometido decenas de asesinatos, han estallado bombas en embajadas de los países árabes y representaciones de la OLP, han ametrallado y hecho explotar representaciones diplomáticas y comerciales de la URSS y otros países socialistas, secuestrado o derribado aviones civiles y capturado a rehenes. Estos crímenes se han cometido en Italia, Francia, Noruega, Uganda, Egipto, Holanda, Inglaterra y, con mayor frecuencia, en EE.UU.

La Liga de Defensa de los Judíos, organización sionista y fascista, creada en 1968 en EE.UU. y encabezada por M. Kahane, sólo en el período comprendido entre 1968 y comienzos de 1982 cometió más de mil delitos. Entre ellos figuran la explosión de artefactos incendiarios en las oficinas de Aeroflot en EE.UU. y el ametrallamiento de edificios donde vivían ciudadanos

soviéticos. La Liga continúa atacando a diplomáticos soviéticos y a miembros de sus familias. Sus destacamentos militarizados reciben instrucción en EE.UU., Brasil y varios países euroccidentales sobre cómo realizar actos terroristas. Después de su traslado a Israel, Kahane abrió allí otra sección de su Liga y empezó a organizar el terror contra la población árabe de los territorios ocupados, explosiones de lugares sagrados para los musulmanes y actos terroristas contra los partidarios de la paz israelíes.

Desde hace mucho los servicios de inteligencia de Tel Aviv y de Pretoria mantienen contactos. Los agentes del Mossad transmitían al servicio de inteligencia sudafricano BOSS* valiosas informaciones sobre la estructura de las fuerzas de defensa y los movimientos revolucionarios en los países africanos y le ayudaban a infiltrar a sus agentes en los movimientos africanos de liberación.

Desde el primer día de existencia, el servicio secreto de la RSA se ocupó de la eliminación física de adversarios políticos del sistema de apartheid. Como escribe G. Winter, antiguo agente de seguridad del Estado, autor del libro *El revés del BOSS,* para eliminar a los adversarios políticon se formó el "destacamento Z". A este "escuadrón de la muerte" se le encomendó asesinar a activistas del Congreso Nacional Africano y a miembros del Partido Comunista. No sólo se les

---

* En la actualidad, Servicio Nacional de Inteligencia (NIS).

espiaba y asesinaba en la RSA, sino también más allá de sus fronteras.

Según el comité ejecutivo del CNA, "tales asesinatos han pasado a ser el principal elemento de la estrategia criminal del régimen de apartheid, enfilada a destruir políticamente el CNA y a eliminar a sus líderes y militantes dentro y fuera del país".[26]

Como escribe el periódico *Star,* de Johannesburgo, en los años 80 los servicios secretos de la RSA, junto con la CIA, organizaron el asesinato de O. Tiro, líder estudiantil en Botswana, J. Moyo y G. Chitepo, dirigentes de la lucha de liberación nacional del pueblo de Zimbabwe, A. Cabral, dirigente del Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde, y E. Mondlane, dirigente del FRELIMO.

En 1979, a causa de la explosión de una bomba resultaron heridos cinco partidarios del CNA. En junio de 1980, se cometió un atentado contra T. Hani, miembro de dicha entidad. En enero de 1981, agentes de los racistas atacaron en el suburbio de Maputu a refugiados provenientes de la RSA. Doce personas fueron muertas y tres secuestradas. En marzo de 1981, en Swaziland fue secuestrado y trasladado por la fuerza a la RSA el joven activista sudafricano D. Pilai. El 31 de julio de 1981, Jos Gqubi, principal representante del CNA en Zimbabwe, fue abatido a tiros, al salir de su residencia en Harare. La policía de Zimbabwe calificó este asesinato de "trabajo profesional". En el lugar del crimen fueron encontrados 18 casquillos.

En agosto de 1982, en la capital de Mozambique fue asesinada la profesora Ruth First, directora del Centro de Estudios Africanos de la Universidad Eduardo Mondlane, en Maputu. Pereció, al explotar un paquete postal que abría en su despacho. Además, resultaron gravemente heridos tres colegas suyos, entre ellos el profesor Aquino de Bragança, asesor del Gobierno de Mozambique.

"El asesinato —escribió la revista *The New African*— fue organizado por el 'departamento de trucos sucios' del servicio de inteligencia de la RSA. Este departamento está entrenado en el uso de sofisticados dispositivos que matan o mutilan a las personas. Parte de los dispositivos se fabrica en Estados Unidos y se proporciona —infringiendo el embargo de la ONU sobre los suministros de equipamiento militar— al Gobierno de Pretoria".[27]

Según antiguos funcionarios de la CIA, las compañías privadas estadounidenses suministran tales artefactos a la RSA a través de Israel. Las transacciones son organizadas por proveedores "libres" de armas y material de guerra de los dos países, con el apoyo y concurso de los funcionarios de la CIA, que actúan en sus secciones en Tel Aviv, Pretoria y Washington. La CIA organizó la enseñanza a los agentes de la RSA del uso de las técnicas asesinas en un emirato del golfo Pérsico.

Entre tales armas figuran tanto sofisticados dispositivos con mecanismos de reloj de acción retardada (hasta de un año) como explosivos de

plástico en forma de láminas para emplearlos en las bombas-correo, como aquella que mató a Ruth First. Suministrando estos materiales a la RSA, la CIA infringe tanto el Dereco Internacional como las leyes de Estados Unidos.

El régimen de Pretoria aplica métodos terroristas en Namibia. La SWAPO se convierte en objeto de campañas de asesinatos que se perpetran en Namibia. Se toman represiones contra la población civil, sobre todo contra los miembros de la SWAPO. Como ejemplo, aducimos la matanza de población civil cometida el 10 de marzo de 1982 en Oshikuku, en el norte de Namibia. Los representantes de la SWAPO, que informaron sobre el crimen a los periodistas, señalaron que crímenes semejantes a los registrados cerca de Oshikuku pasaron a ser fenómeno corriente en Namibia del Norte. A menudo, a los habitantes locales "se les explica", torturando y asesinando ante sus ojos a sus vecinos miembros de la SWAPO, el peligro que encierra apoyar a esta organización.

El servicio nacional de inteligencia de la RSA ayuda a los elementos antigubernamentales a realizar acciones terroristas en el Estado de Lesotho, en particular al "ejército de liberación de Lesotho". El general J. Van den Berg, antiguo jefe de la seguridad nacional de la RSA, supervisaba las acciones de esa banda.

En la noche del 9 al 10 de diciembre de 1982, las tropas sudafricanas atacaron a Maseru, capital de Lesotho. Fueron muertas 42 personas: 30 miembros del CNA y 12 habitantes, entre ellos cinco mujeres y dos niños.

La RSA también ayuda por todos los medios a la agrupación terrorista Movimiento Nacional de Resistencia, utilizada para disimular las acciones militares abiertas de la RSA, así como para presionar sobre Mozambique y Zimbabwe.

El 22 de mayo de 1983, la aviación de la RSA bombardeó bárbaramente a Maputu, capital de Mozambique, supuestamente como venganza por la explosión del Estado Mayor de las fuerzas aéreas de la RSA, efectuada por militantes del CNA. Durante el bombardeo fueron muertas y heridas centenares de personas. EE.UU. expresó su condolencia por lo ocurrido, pero en la discusión realizada en el Consejo de Seguridad de la ONU sobre el ataque aéreo a Maputu reiteró su pronunciamiento —por enésima vez— contra la aplicación de sanciones a los agresores racistas.

LOS GENDARMES SE UNEN

Bajo la égida de EE.UU., las acciones de sus ayudantes contra los movimientos de liberación nacional se coordinan desde hace mucho no sólo en la esfera de la actividad netamente terrorista.

La revista *The African Communist,* órgano del Partido Comunista Sudafricano, escribía: "Los gobernantes sionistas de Israel apoyan a los movimientos separatistas reaccionarios en el continente africano para facilitar la explotación de recursos minerales por los imperialistas. Israel

apoyó a Tschombe en su intento de separar de Congo (Zaire) a la región de Katanga, rica en cobre, a comienzos de los años 60; prestó un activo apoyo a la tentativa de separar de Nigeria a Biafra, rica en petróleo; ayudó de manera directa a los separatistas en Sudán del Sur durante el período de existencia de un gobierno antimperialista entre 1968 y 1971. El gobierno israelí apoyó al régimen feudal de Hailé Selassié en Etiopía. Estimuló y ofreció asistencia a la organización reaccionaria de oficiales franceses en Argelia —la OAS— durante su rebelión contra la decisión del Presidente Ch. de Gaulle de conceder la independencia a Argelia. Teniendo en cuenta el rol del Israel como perro guardián de los intereses imperialistas en Africa, se puede comprender mejor la conexión especial israelí-sudafricana".[28]

La "conexión especial" entre Israel y la RSA se activó después de la visita de Vorster, primer ministro de la RSA, a Tel Aviv en abril de 1976.

Esta conexión incluye la cooperación tanto económico-comercial como militar y la ayuda mutua con el armamento nuclear. A partir de 1976, Washington, después de dar los primeros pasos hacia el desencadenamiento de una guerra secreta contra Angola y Mozambique, utilizó varios países de la OTAN como suministradores de armas a Pretoria. El mismo papel lo desempeñó Israel de una manera muy activa.

En aquel período, la RSA recibió cohetes antitanque de la República Federal de Alemania, cazas "Mirage", cohetes "aire—aire" y submarinos "Agosta" de Francia, aviones de transporte "Hércules" de EE.UU., aviones y torpederos de Israel. Además, se realizaron grandes inversiones en la industria de guerra sudafricana y se adquirieron patentes y licencias para producir armamentos.

En el último año de poder de la administración Ford, Kissinger intentó personalmente estructurar algo semejante al eje "Pretoria — Jerusalén — Teherán".[29] En agosto de 1976, le prometió al sha suministrarle armas norteamericanas por valor de 10.000 millones de dólares en el curso de cuatro años a cambio de suministros de petróleo a Israel. Este país, a su vez, según el plan de Kissinger, debía conceder al sha el plutonio para cumplir su programa nuclear. La RSA consintió en proporcionar el plutonio.

La caída del régimen del sha destruyó los planes de crear el eje de gendarmes "Israel — RSA —Irán", que EE.UU. urdía para realizar sus designios de largo alcance en el Oriente Próximo y en Africa. En esta última, la cooperación de la CIA y del Mossad con los racistas continúa hasta la fecha, y como resultado todos los países del continente, excepto Zaire, rompieron relaciones diplomáticas con Israel. El carácter de esta cooperación se puede apreciar, en parte, en las acciones terroristas conjuntas realizadas por los servicios especiales de Israel y la RSA contra los líderes de los movimientos de liberación nacional. A esas acciones ya nos referimos*.

* Recordemos que el Presidente de Zaire, Mobutu, e Idi Amin, de Uganda, recibieron preparación militar

En los últimos tiempos EE.UU. utiliza a Israel cada vez más en otras regiones. A partir de 1968, Israel empezó a vender grandes partidas de material de guerra a las dictaduras de índole fascista. Lo hacía por petición directa de Washington que a través de terceros países suministra todo lo necesario a sus tutelados.

Al caer el régimen del sha, Israel pasó a ser el suministrador más importante de armas a las juntas latinoamericanas. En este caso, también actúa como ayudante del imperialismo estadounidense. A fines de 1982, Yaakov Meridor, ministro de Economía en el Gobierno de Begin, declaró en una reunión de empresarios no oficial que "Israel quiere actuar en favor de Washington en América Central y en el Caribe, en Africa del Sur y en Taiwán, pues las consideraciones políticas impiden a Estados Unidos prestar toda la asistencia militar necesaria".[30] ¡No se podría decir con mayor claridad!

La junta salvadoreña recibe de Israel el 81% de los suministros militares, que incluyen no sólo metralletas Uzi y fusiles Galil, sino también aviones "Arava" capaces de despegar y aterrizar prácticamente en cualquier terreno, transportar tropas y lanzar bombas desde pequeñas alturas. Estos aviones se usan para bombardear y ametrallar a la población civil en toda América Latina. Israel los vende como aviones civiles, pero sus productores adjuntan instrucciones que explican cómo adaptarlos para misiones militares.

especial en Israel. Milton Obote, antiguo Presidente de Uganda, fue derrocado por Idi Amin con activo concurso y ayuda de la misión militar israelí en Uganda. El coronel Baruch Barlev, que encabezaba en ese tiempo la misión israelí, declaró, según el *Haaretz* del 18 de julio de 1976, que ayudó a realizar el golpe de Estado porque Obote se proponía expulsar de Uganda a la misión militar israelí.

En el período comprendido entre 1979 y 1981, Israel vendió a la junta guatemalteca 50.000 fusiles Galil, 1.000 metralletas, 15 aviones de transporte, cinco helicópteros pesados de transporte y desembarco. Además, suministró grandes partidas de armas a Paraguay y Haití y hasta el último día proveyó al dictador Somoza en Nicaragua.

Las armas no son la única ayuda que Israel presta a los dictadores. En marzo de 1982, el cabecilla de la junta militar de Guatemala declaró a un reportero de la ABC, que el golpe de Estado que le llevó al poder tuvo éxito porque muchos de sus soldados habían sido instruidos por israelíes.

Se sabe que, en los años 60, Israel organizaba cursillos de preparación militar y paramilitar para varios regímenes reaccionarios. El departamento de cooperación y comunicación con otros Estados, del Ministerio de Defensa, impartía a oficiales de alto rango y otros funcionarios de 13 países, comprendidos El Salvador y Guatemala, instrucciones sobre el cumplimiento de los programas paramilitares destinados a la juventud.

Cuando el régimen de Pinochet fue privado de suministros militares como resultado del embargo establecido por Inglaterra sobre la venta de armas (como respuesta a las torturas a las que

se sometió en Chile la médica inglesa Sheila Cassidy), Israel también acudió en ayuda de la junta fascista.

En enero de 1979, durante su visita a Santiago, M. Zippori, viceministro de Defensa israelí, ofreció a Chile asistencia militar general y todos los medios y materiales de guerra necesarios. Hacia 1981, Israel le suministró a ese país grandes partidas de armas, incluyendo 1.500 cohetes modernos Shafrir con autodirector infrarrojo.

En Israel no se hace publicidad a sus relaciones con Chile. Sin embargo, la prensa latinoamericana ha publicado en los últimos años varios datos sobre la cooperación entre Tel Aviv y Santiago en el campo militar. Por ejemplo, la revista *Ercilla* informó que Israel entregó a la junta militar una gran partida de armas antitanque. El periódico uruguayo *El País* publicó la noticia de que en Chile se encontraban asesores israelíes enseñando el uso de cohetes Gabriel de tipo "tierra —tierra" y buque— buque. La revista *Argentina en el mundo* informaba que las fuerzas aéreas chilenas compraron en Tel Aviv, a mitad de precio, 25 aviones "Mirage M-5" (se trata de los aviones "Dugger" o "Kfir", fabricados en Israel sobre la base del "Mirage"). Otra revista argentina —*Tiempo*— escribió sobre la asistencia que el Mossad israelí presta a la tristemente célebre DINA, que tortura y asesina a patriotas chilenos.

El nexo entre el servicio de inteligencia israelí y la DINA se manifiestó también en la preparación del atentado contra Letelier el 21 de septiembre de 1976 en Washington. Fue obra de

agentes chilenos dirigidos por el general Contreras, jefe de la organización del servicio de inteligencia y la policía secreta (DINA). En el curso de la investigación, funcionarios de EE.UU. revelaron estremecedores testimonios de que el asesinado de Letelier fue resultado de la operación internacional "Cóndor", en la que participaban varios servicios de inteligencia de las juntas latinoamericanas, la CIA, el Mossad y organizaciones de emigrados cubanos. En los dos años anteriores, informó la prensa norteamericana en marzo de 1981, los "gusanos" cubanos realizaron, con concurso de los estadounidenses, miles de actos terroristas contra Cuba desde y dentro de EE.UU. Asumieron la responsabilidad por la explosión de cuatro bombas en la misión soviética ante la ONU y en las oficinas de Aeroflot y por el asesinato de diplomáticos cubanos en la ONU. Todo eso sucedió en Nueva York.[31] Los terroristas de la Liga de Defensa de los Judíos, vinculados con la CIA, el FBI y el Mossad israelí, apuntan a los mismos blancos.

Así actúa la red real, y no inventada, del terrorismo internacional organizado por EE.UU.

CONCLUSION

Al desplegar la campaña "de lucha contra el terrorismo", la actual administración republicana estadounidense intentaba dar visos de "legalidad" a sus criminales acciones contra los pueblos de Asia, Africa y América Latina, que luchan por su emancipación social y nacional y por la auténtica independencia, y a la vez desacreditar la desinteresada ayuda internacionalista que les prestan la Unión Soviética y otros países socialistas. Pero estos intentos están condenados al fracaso. Desde el comienzo mismo, la prensa progresista y eminentes presonalidades sociales y políticas de varios países calificaron esta nueva campaña de Washington como una manifestación del resurgimiento de la "guerra fría", como una "variedad del anticomunismo".

Los "cruzados" de Washington no desdeñan ningún medio ni método en su intento de hacer retroceder la historia e impedir las transformaciones políticas y socioeconómicas progresistas en los países en vías de desarrollo. En la fachada principal de la sede de la CIA se lee la siguiente inscripción: "Aquí conocerás la verdad". Pero esta verdad es muy poco atrayente. La CIA ha servido y sirve de instrumento criminal de la política exterior de EE.UU. y comete sus fechorías en decenas de países, con el conocimiento y el

apoyo directo de Washington. Por mucho que se empeñen sus protectores de disculpar a esos misioneros no invitados, que actúan, en particular, en el mundo en vías de desarrollo, los hechos hablan por sí solos. Y cuando se hacen públicos, los "hombres de la CIA" y de otros servicios especiales norteamericanos aparecen ante la opinión pública mundial con su auténtico aspecto de asesinos, terroristas, espías y saboteadores, difamadores y desinformadores, organizadores de conspiraciones y golpes de Estado contra los "regímenes no amistosos".

En los últimos años la prensa mundial ha publicado testimonios estremecedores que ponen al desnudo el mecanismo y los fines de todo el sistema de terrorismo estadounidense, que actúa a escala global contra los países socialistas y las naciones en vías de desarrollo, que aplican una consecuente política antimperialista, y contra los movimientos de liberación nacional.

En el primer año de presidencia de Reagan, además de la actividad contrarrevolucionaria orientada por la CIA en Angola, Afganistán, Nicaragua y El Salvador, se registraron las siguientes conspiraciones de dicha agencia:

—Participación en la preparación de una acción en Teherán, cuando como resultado de la explosión de una bomba fueron muertos 72 representantes del Partido Republicano Islámico (partido gobernante), entre ellos su presidente, ayathollah Mohammed Beheshti.

—Conspiración para asesinar al general Omar Torrijos Herrera, antiguo Presidente de Panamá,

comandante en jefe de la Guardia Nacional, quien fue muerto en una catástrofe aérea.

—Participación en el ataque de mercenarios sudafricanos a la República de las Islas Seychelles con el objeto de derrocar a France Albert René, Presidente del país y del Frente Progresista del Pueblo de las Islas Seychelles.

—Planificación repetida de atentados contra Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del CC del Partido Comunista de Cuba y Presidente del Consejo de Estado y el Consejo de Ministros de la República de Cuba; contra el coronel Muamar Kaddáfi, líder de la Revolución libia; contra Mohammed Ould Khouna Haidalla, Presidente del Comité Militar de Salvación Nacional de Mauritania, y contra ayathollah Khomeini, dirigente de la República Islámica de Irán.

—Atentado contra Kenneth David Kaunda, Presidente de la República de Zambia, contra el comandante en jefe del ejército, contra el jefe de la policía y altos oficiales del servicio de seguridad del país.

—Conspiración con el objeto de asesinar a Machel Samora, Presidente de la República Popular de Mozambique y del Partido FRELIMO, y a otros estadistas del país.

—Conspiración contra Indira Gandhi, primera ministro de la República de la India.[1]

Es evidente que aún no se conocen todas las sucias operaciones secretas que han realizado o preparan los servicios especiales imperialistas. Pero lo que se sabe es suficiente para estigmatizar al sistema de explotación del hombre por el

hombre, que para la autopreservación y el afianzamiento de su dominio comete los más monstruosos crímenes de lesa humanidad.

El terrorismo internacional de EE.UU. se expande en todo el mundo en su vano afán de detener y vencer a las fuerzas de liberación nacional y a las socialistas.

Hoy, el mundo vive bajo la amenaza de la violencia absoluta por parte del capitalismo estadounidense, amenaza del exterminio nuclear. El conflicto nuclear pone en peligro la existencia misma del mundo, y eso sucede porque el capital monopolista norteamericano se niega a tolerar la paridad militar nuclear de la Unión Soviética, porque los medios monopolistas gobernantes no quieren renunciar a sus intentos de dominar el mundo.

Todos los pueblos, que luchan por la libertad y la independencia y por el derecho de determinar ellos mismos su propio destino, ven que el imperialismo norteamericano es su enemigo, quien apoya y orienta a los regímenes reaccionarios y a las bandas contrarrevolucionarias, a los cuales en vano trata de hacer pasar por "luchadores por la democracia".

La lucha de los pueblos por la liberación social y nacional está encaminada no sólo contra los opresores locales, sino también contra el imperialismo estadounidense, principal protector de todos los regímenes atipopulares. Los últimos años han sido marcados por una gran activación de la política de las fuerzas más agresivas del imperialismo norteamericano, política de militarismo decla-

rado, de pretensiones a la dominación mundial, de resistencia al progreso y de violación de los derechos y libertades humanos. El mundo ha visto no pocos ejemplos de aplicación práctica de esta política. Son la irrupción en el Líbano y la ocupación de Granada, la guerra no declarada contra Nicaragua, las amenazas a Siria y, por último, la conversión de Europa Occidental en plataforma de lanzamiento de cohetes nucleares estadounidenses, apuntados a la URSS y a sus aliados.

Esta es, precisamente, la política de terrorismo estatal que aplica Washington.

NOTAS

INTRODUCCION

[1] *The Washington Post,* 1981, 7 Febr.
[2] *Newsday,* 1981, 13 March.
[3] *The Wall Street Journal,* 1979, 26 July.
[4] *Official Record of the General Assemble,* Twenty—Seventh Session, Annexes, agenda item. 92, doc. A/8969.
[5] *El Derecho Internacional en documentos,* ed. en ruso. Moscú. 1982, p. 30.
[6] P. Kropotkin. *La Gran Revolución Francesa (1789-1793),* ed. en ruso, Moscú, 1979, pp. 440-441.
[7] V.I. Lenin. *Obras Completas,* ed. en ruso, t. 37, pp. 59-60.
[8] Ibíd., t. 11, p.193.
[9] Ibíd., t. 12, p.76.
[10] Ibíd., t. 11, p. 193.
[11] Ibíd., t. 11, p.338.
[12] Ibíd., t. 11, pp. 340-342.
[13] Ibíd., t. 11, pp. 337-338.
[14] Ibíd., t. 39, p. 113.
[15] Ibíd., t. 39, p. 187.
[16] Sivachev N., Yakovlev N. *Russia and the United States,* Chi., 1979.
[17] *The New York Times,* 1981, 30 Jan.
[18] *El Derecho Internacional en documentos,* pp.734-802.
[19] Ibíd., p. 803.
[20] Ibíd., p. 735.
[21] Ibíd., pp. 335-338.
[22] Ibíd., pp. 339-403.
[23] Ibíd., pp. 403-406.
[24] Ibíd., pp. 409-415.
[25] Ibíd., pp. 338-349.
[26] Ibíd., pp. 349-355.
[27] Ibíd., pp. 671-675.

EL TERRORISMO ELEVADO A LA CATEGORIA DE POLITICA DE ESTADO

[1] Cabot J. M. *Toward our Common American Destiny. Speeches and Interviews on Latin American Problems, USA*. Cambridge, 1954, p. 202.
[2] Kaplan S. *Force Without War: The United States's Use of Armed Forces as a Political Instrument*. Washington, 1977, p. 2.
[3] Lightfoot C. M. *Human Rights US Style*. International Publishers, New York, 1977, p. 40.
[4] Barnet R. *The Giants*. New York, 1977.
[5] *International Herald Tribune*, 1983, 17 March.
[6] *US News and World Report*, 1981, 4 May.
[7] Ibíd.
[8] Ibíd.
[9] *The New York Times*, 1981, 30 May.
[10] *Europeo*, 18, I. 1979.
[11] Ibíd.
[12] G. Dimitrov. *Obras Escogidas*, ed. en ruso, t. I, pp. 379-380.
[13] *Les Cahier du Communisme*, 1971, N°7.
[14] *Granma*, 1970, 3 de mayo.
[15] *L'Humanité*, 1981, 15 mai.
[16] *Time*, 1965, 14 May.
[17] *Blatter für Deutsche und Internationale Politik*, 1980, N°2.
[18] *Afrique — Asie*, 1981, 16 mars.
[19] *The Washington Post*, 1982, 2 June.
[20] *The New York Times*, 1982, 30 May.
[21] *The New York Times Magazine*, 1983, 16 Jan.
[22] *Afrique — Asie*, 1983, 16 mars.
[23] *The Washington Post*, 1981, 21 Jan.
[24] *The New York Times Magazine*, 1983, 16 Jan.
[25] Ibíd., 1982, 4 July.
[26] TS. 3-16 Employment of Riot Control Agents, Flame, Smoke, Antiplant Agents and Personnel Detectors in Countergurrilla Operations. Dept. of the Army. Washington, D. C., 1969.
[27] Harris R., Paxman J. A. *Higher Form of Killing, The Secret Story of Gas and Germ Warfare*. London, 1982.

[28] *The New York Times*, 1982, 24 July.
[29] Perlo V. *Vietnam Profiteers*. New York, 1966, pp. 29-30.
[30] C. Marx y F. Engels. *Obras*, ed. en ruso, t. 23. p. 770.
[31] McGehee R. *Deadly Deceits. My 25 Years in the CIA*. New York, 1983.

APOYO EN LA REACCION

[1] *Patriot*, 1983, 25 Jan.
[2] Ibíd.
[3] Ibíd.
[4] Ibíd.
[5] *Bohemia*, 1981, 13 de marzo, p. 78.
[6] Ibíd.
[7] *International Herald Tribune*, 1983, 9 Dec.
[8] Final Report of the Select Committee to Study Governmental Operations with Respect to Intelligence Activities. Book 1. US Senate, Washington, 1976.
[9] *Granma*, 1982, 3 de marzo.
[10] *The New York Times*, 1983, 20 March.
[11] *Barricada*, 1983, 28 de marzo.
[12] *Newsweek*, 1982, 8 Dec.
[13] *International Herald Tribune*, 1983, 9 March.
[14] *Pravda*, 1983, 6 de mayo.
[15] Ibíd., 13 de mayo.
[16] *International Herald Tribune*, 1982, 8 March.
[17] Ibíd.
[18] Ibíd.
[19] Ibíd.
[20] *International Herald Tribune*, 1983, 14 March.
[21] Ibíd.
[22] *Daily World*, 1982, 14 Apr.
[23] Ibíd.
[24] *Patriot*, 1983, 25 Jan.
[25] Ibíd.

PLAZAS DE ARMAS REGIONALES DEL TERRORISMO

[1] *Pravda,* 1981, 2 de febrero.
[2] *Pravda,* 1981, 25 de febrero.
[3] *Newsweek,* 1981, 23 March.
[4] Sayegh F. A. *Zionist Colonialism in Palestine.* Beirut, 1965 p. 26.
[5] *The Middle East International,* 1981, Nov.
[6] Ibíd.
[7] *The Times,* 1971, 5 Febr.
[8] *Afrique — Asie,* 1981, 11-25 Oct.
[9] Ibíd.
[10] *Daily World,* 1982, 17 Sept.
[11] Ibíd., 24 Sept.
[12] *The New York Times,* 1982, 20 Oct.
[13] *International Herald Tribune,* 1982, 15 July.
[14] *The Middle East International,* 1982, Sept.
[15] Ibíd.
[16] *Daily World,* 1982, 27 Oct.
[17] Ibíd., 1982, 1 Oct.
[18] *The Middle East International,* 1982, Oct.
[19] *Daily World,* 1983, 22 Apr.
[20] *Daily World,* 1971, 8 May.
[21] *The New York Times,* 1978, 9 May.
[22] Ibíd., 8 May.
[23] *Afrique — Asie,* 1982, 10 Mai.
[24] Holness M. *Apartheid War Against Angola.* New York, 1983.
[25] *International Herald Tribune,* 1982, 26 March.
[26] *The New African,* 1982, Oct.
[27] Ibíd.
[28] *The African Communist,* 1977, Jan. — March.
[29] *The Jerusalem Post,* 1976, 10 May.
[30] *Le Monde diplomatique,* 1982, Oct.
[31] *Newsday,* 1981, 13 March.

CONCLUSION

[1] *CIA in Europa. Wesen und verbrecherisches Wirken des Geheimdienstes der USA.* Berlin, 1982.

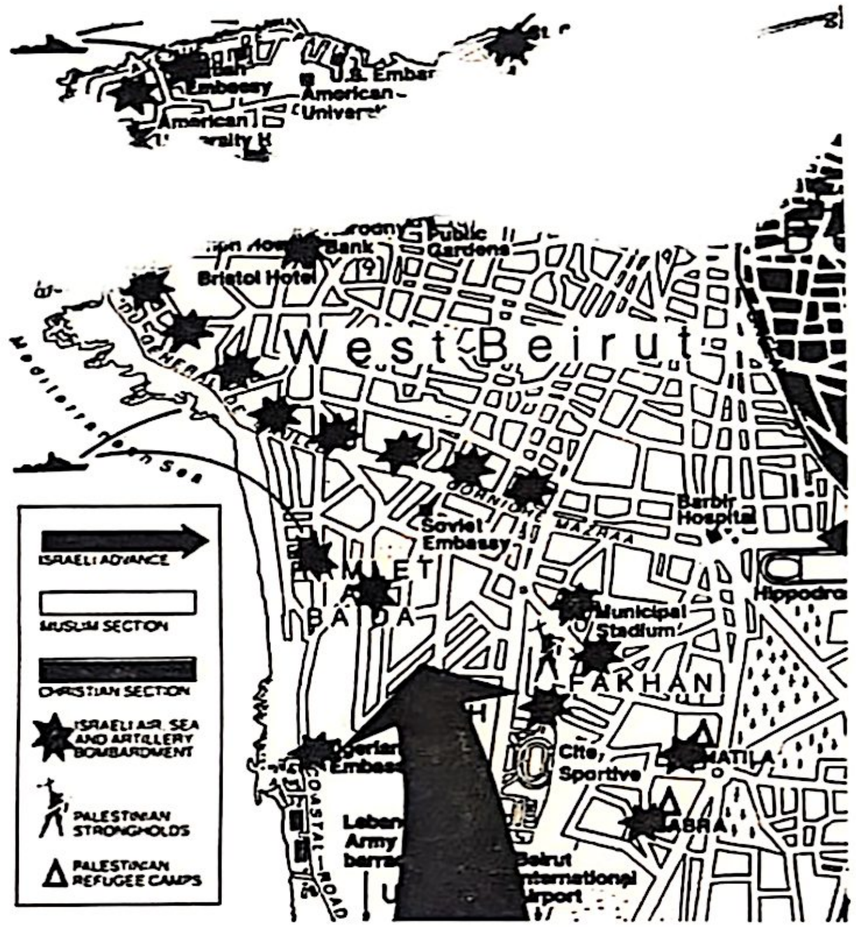
INDICE

INTRODUCCION 5
EL TERRORISMO ELEVADO A LA CATEGORIA DE POLITICA DE ESTADO 25
En nombre del anticomunismo 32
La CIA, foco del terrorismo internacional . . 81
Adiestramiento de fuerzas punitivas 90
La industria del terrorismo 102
APOYO EN LA REACCION 115
Directores de escena de la tragedia de Guatemala 122
Chile, víctima de una conspiración de los monopolios norteamericanos y la CIA 131
Herencia de la "doctrina de Caracas" . . . 138
El "valle de la muerte" salvadoreño 143
Terrorismo al servicio de los enemigos de la nueva Nicaragua 145
Los dushmanes y la CIA 158
El gambito iraní de Washington 169
Hacia la revancha en el Sudeste de Asia . . 176
La lección de Granada 188
La diplomacia de las cañoneras 192
PLAZAS DE ARMAS REGIONALES DEL TERRORISMO 197
El gendarme de Washington en el Oriente Próximo 200
Ayudante proveniente del reino del apartheid 224
Una red de asesinos 233
Los gendarmes se unen 239
CONCLUSION 246
NOTAS 251

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca de la traducción del libro que le ofrecemos, así como de su presentación e impresión. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS



TUBARÃO
Biblioteca Universitária
Sistema Cooperativo Automatizado

N.Cham. 320.533 B67
Autor BOLSHAKOV, Vladimir
Título Terrorismo a la norteamericana
UNISUL - 00051112

El imperialismo: acontecimientos, hechos, documentos

Buscando el superarma, El sionismo al servicio del anticomunismo, En la autopista no hacen paradas, Sobre un abismo en la mentira y El desempleo de muchas caras, así como varios artículos, monografías científicas y recopilaciones publicísticas.

Dentro de la serie "El imperialismo: acontecimientos, hechos, documentos" en la editorial Progreso se publicó en inglés el libro de V. Bolshakov El business especulando con los derechos humanos.

EDITORIAL PROGRESO · MOSCÚ ·